

LITERATURA

UNAMUNO EN FUERTEVENTURA

P O R

SEBASTIAN DE LA NUEZ CABALLERO

Profesor de Literatura en la Universidad de La Laguna.

I.—EL DESTIERRO.

Catorce años después de su primer viaje a las Islas Canarias, don Miguel de Unamuno vuelve a ellas, no por su voluntad, sino forzado por las circunstancias que le llevaron a emprender “la más fuerte de sus aventuras quijotescas”, como él mismo nos dice.

Durante el primer viaje, en 1910, cumplía el “cuadragésimo sexto” aniversario de su nacimiento, y consideraba, en un soneto, que había llegado a un momento culminante de su vida, pues

Ahora que ya por fin gané la cumbre,
a mis ojos la niebla cubre el valle...¹.

Porque acaso él había entrevisto que, por los alrededores de aquella fecha, se había iniciado una nueva etapa de su vida, que se reflejaba en el cambio de su actitud intelectual y en su actividad creadora.

Pero ahora, en 1924, se encuentra ya “al frisar los sesenta”

... tocando ya la cumbre
de la carrera que mi Dios me impuso².

¹ Vid. *Rosario de sonetos líricos*, núm. XLIII, fechado en 29-IX-1910.

² Vid. *De Fuerteventura a París*, núm. LVI, fechado en 18-VI-1924.

Ahora sí que ha realizado la parte más fecunda e importante de su vida. Ya ha dado las obras fundamentales de su pensamiento: *Del sentimiento trágico de la vida* (1913); las novelas más importantes han sido publicadas: *Niebla* (1915), *Abel Sánchez* (1917), y también algunas de sus mejores obras poéticas: el *Rosario de sonetos líricos* (1912), *El Cristo de Velázquez* (1920). Sin embargo, este hombre sexagenario estaba en la cúspide de su talento, de sus facultades creadoras, y su recio espíritu dispuesto a renovarse y a rebrotar en nuevos sentimientos e ideas. Este es el momento en que Canarias, a través de su aislamiento y de su mar, ha de ser una auténtica revelación para su espíritu, y ha de enriquecerle su vida íntima y darle temas para sus poesías y comentarios.

En este momento se inicia, pues, la etapa de su vida que toca los umbrales del final. El destierro ha de representar, sin duda, en el temple de ánimo de Unamuno, sacándole de su angustiado centro y proyectándole a la vorágine de la historia y acercándole a Dios, una transformación honda en su espíritu todavía no bien estudiada.

Hernán Benítez señala también lo que acabamos de decir: "Un acontecimiento de hondas repercusiones en la vida intelectual, política y sobre todo espiritual de Unamuno fué su destierro" (1924-1930). Y añade: "Seis años de confinamiento, lejos de su patria, domaron su coraje y le desencantaron definitivamente de los sucedáneos..."³.

Sólo vamos a intentar exponer aquí lo que fué su vida en el confinamiento obligado, de cuatro meses, en Fuerteventura, sus repercusiones espirituales y creaciones literarias. El resto del destierro fué voluntario: poco más de un año en París, donde, a pesar de la depresión que sufrió en su actividad creadora, escribió aquellas páginas trágicas y angustiadas de *La agonía del cristianismo* (1925). Y, por último, el resto del tiempo, en Hendaya, donde escribió su *Romancero del destierro* (1927) y sus *Comentarios*, repartidos por la prensa española y americana, mientras contemplaba su querido golfo de Vizcaya y oía las campanas de la iglesia de Fuenterrabía. El mismo Unamuno, en la introducción a su Ro-

³ Vid. *El Drama religioso de Unamuno*. B. Aires, 1944.

mancero, resumé su actividad poética en esta época: "Y así como en Fuerteventura y en París me di a hacer sonetos, aquí, en Hendaia, me ha dado, sobre todo, por hacer romances." Mas ya dijimos que ahora nos limitaremos a seguir la crónica de la honda emoción espiritual que recibió don Miguel en la primera fase de su destierro y ver cómo repercutió en su alma y en su obra el tema de Canarias, representado por Fuerteventura y la Mar.

El Decreto del Directorio.

Sabido es que el 13 de septiembre de 1923 el General Primo de Rivera dió un golpe de Estado creando un Directorio Militar que pretendía sacar a España del caos en que la habían metido las pasiones políticas y la desdichada guerra de Africa. Una de las primeras medidas fué poner freno a la libertad de palabra y publicación con que en nuestra patria se discutía y se expresaban la prensa y los intelectuales. Esto, como dice Hernán Benítez, hizo perder los estribos a don Miguel y "despotricó en todos los tonos contra el Rey y el Dictador, los desafió paladinamente, cargando siempre la tinta, como acostumbra" ⁴.

Por algunos testimonios epistolares se sabe que Unamuno tenía mucha confianza en que con él no se atreverían, y "su asombro y rabia no tuvo límites cuando fué desterrado a Fuerteventura". Los motivos concretos de la destitución de la vicerrectoría de la Universidad de Salamanca—pues de rector había cesado desde 1914—y su confinamiento aún no están bien claros, pero los hechos más cercanos que acabaron con la paciencia del General fueron: una carta de Unamuno publicada en la revista "Nosotros", de Buenos Aires (diciembre de 1923), y un discurso pronunciado en Bilbao en la Sociedad "El Sitio". Sobre todo por la carta (al parecer escrita para no ser publicada), que según E. Salcedo "es todo un exabrupto producto de los peores momentos", donde no sólo se enfrenta con Primo de Rivera, sino "con Maeztú, con Gradmontagne y la dirección de "El Sol", periódico que recibía muy de cerca la inspiración de Ortega" ⁵.

⁴ Idem, pág. 87.

⁵ Vid. "Cuadernos de la Cátedra de Unamuno". Salamanca, 1956, pág. 119.

Aunque el mismo don Miguel se mantiene inflexible y no quiere averiguar las causas de su destierro, él tuvo que sospechar que fueron los hechos apuntados, puesto que más tarde, hablando de éstos, dice: "A consecuencia de aquel discurso de "El Sitio", poco después se me presentaron a pedirme declaración, no sé si a procesarme, el juez militar de Salamanca, un señor muy discreto y que se daba buena cuenta de lo suyo; y al poco tiempo vino mi destierro y confinamiento. Precisamente el 21 de febrero de 1924, el mismo día en que hacía 50 años, siendo yo niño, sentí caer en la casa de al lado de la mía la segunda de las bombas que los carlistas echaron sobre Bilbao. A los 50 años de aquella época, los sucesores de aquéllos, me sacaron de mi casa"⁶. Pero desde luego las causas de la pugna entre el profesor de Salamanca y los militares era más antigua, y así lo ve González Ruano cuando dice: "El nombre de aquel discoló ciudadano D. Miguel de Unamuno ya había sonado en el oído de los generales como una injuria que entendían sin comprender... Aquel rum-rum se concretó el día en que se echó a la cara don Miguel Primo de Rivera la famosa carta de Unamuno dirigida al director de "Nosotros", de Buenos Aires, y publicada en aquella revista"⁷.

El Decreto del destierro se firmó el 20 de febrero de 1924, y su texto decía así: "El Excmo. Sr. Jefe del Gobierno, presidente del Directorio militar, me comunica la siguiente Real Orden: "Ilmo. Sr.: Acordado por el Directorio militar el destierro a Fuerteventura (Canarias) de don Miguel de Unamuno y Jugo, Su Majestad "el Rey (q. D. g.) se ha servido disponer: Primero. Que el referido "señor cese en los cargos de Vicerrector de la Universidad de Salamanca, y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la misma. Segundo. Que quede en suspenso de empleo y sueldo en el de "catedrático de la expresada Universidad"..."

Si hemos de creer en un periodista de la época, "la noticia de su destierro la supo Unamuno... por la cartelera de un periódico de Salamanca, donde se hallaba; después de leerla, continuó pa-

⁶ Vid. *Dos Discursos y dos artículos*. Madrid, 1930, pág. 83.

⁷ Vid. *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*. Madrid, 1930, pág. 108.

seando por la Plaza Mayor, sin hacer comentarios”⁸. Más tarde, recordando aquellos días de zozobra y de inquietud; de lo que él llamaría “Mi pleito personal”⁹, afirmará que su destierro fué en parte voluntario, pues él siempre tuvo la sensación de que el Gobierno quería quitárselo de encima, que huyera a cualquier sitio. Acaso deberíamos creer que sus palabras son sinceras cuando nos dice en dicho artículo: “Supe el acuerdo con tiempo suficiente de huir a Portugal antes de que se me detuviera en mi casa (la de la calle Bordadores, pues ya no estaba en la rectoral), y tampoco quise acudir al Gobierno militar de Salamanca a preguntar los motivos del extrañamiento...”¹⁰.

La actitud gallarda y un poco infantil de Unamuno con aquella etapa gubernamental se debió, como él mismo confiesa, a un plan encaminado a demostrar que no temía a los atropellos del Gobierno y al mismo tiempo destinado a crearle un problema con su persona, tomando una posición de rebeldía pasiva. Así lo podemos deducir de sus declaraciones. En un párrafo de su ensayo *Cómo se hace una novela* vemos expuestos con bastante claridad los puntos de su plan: permanecer solo, no preguntar, no dialogar, no hacer gastos, viajar por cuenta del Gobierno.

“Pedí a los míos—dice—, a mi familia, que ninguno de ellos me acompañara, que me dejaran partir solo. Tenía necesidad de soledad y además sabía... que aquel destierro era una manera de confiscación y decidí restringir lo más posible mis gastos y hasta no pagarlos, que es lo que hice. Porque se podía confinarme en una isla desértica, pero no a mis expensas”¹¹.

De pronto el destierro de Unamuno pasó a ser el tema del momento en los ámbitos intelectuales no sólo de España, sino de toda Europa. Protestaron los estudiantes, los periodistas, los políticos, como Fernando de los Ríos, que fué procesado por esta causa... Y como dice Curtius en un ensayo contemporáneo de estos acontecimientos: “Un clamor de indignación resonó en la prensa mundial. Antípodas espirituales como D’Annunzio y Romain Rolland

⁸ Vid. “La Prensa”, de Tenerife, 24-II-1924.

⁹ Vid. art. cit. *Dos Discursos...*

¹⁰ Idem, pág. 11.

¹¹ Vid. *Cómo se hace una novela*. B. Aires, 1927.

se unieron a la protesta. De la noche a la mañana Unamuno se había convertido en una figura europea”¹².

A todas estas protestas el Gobierno se creyó en la necesidad de contestar, extraoficialmente claro está, que era de todo punto intolerable que un catedrático se dedicase a “realizar propagandas disolventes, y a desacreditar al rey y a los representantes del poder”. Naturalmente, hubo polémicas en torno a la figura del ex rector de Salamanca, que tuvieron su repercusión en América, donde se manifestaron algunos españoles en defensa de las medidas tomadas por el Jefe del Directorio, e incluso se publicó un deleznable folleto encaminado a desacreditar la extraordinaria personalidad del desterrado. Le acusa de antipatriota, de no apoyar la labor salvadora de la Dictadura, de “lo intrincado de los conceptos” y de su “versatilidad en las ideas”, de politiquillo de grupo, etc. Nos da un testimonio, aunque sea en tono de pretendida ironía, de que “al ser conocido aquí (Montevideo) el castigo impuesto al revolucionario Unamuno, algún intelectual legítimo y muchos falsificados pusieron el grito en el cielo, rasgaron sus vestiduras...”; para sacar la conclusión de que si “Unamuno se dedicaba con todo su ingenio a insultar, injuriar y provocar a todo el mundo... el Directorio obró muy cuerdamente al desterrarlo, no como intelectual, sino como político desvergonzado...”¹³. Aseveraciones todas que no es necesario discutir aquí, pues son tan poco consistentes como la mayoría de las invectivas contenidas en las publicaciones modernas encaminadas a desacreditar la figura del pensador español en su aspecto más superficial, y cuyos autores no han sabido calar en la enorme personalidad de aquel hombre religioso, paradójico y apasionado.

El mismo Marqués de Estella, Jefe del Directorio, se hizo eco de aquellas manifestaciones, y en una ocasión se lamentaba de que los periódicos de la Península “no publicaran el telegrama de los españoles residentes en Rosario de Santa Fe (Argentina) protestando de las extralimitaciones de Unamuno...”; agregando que es-

¹² Vid. Robert Curtius: *Ensayos críticos (Unamuno, 1926)*. Trad. Barcelona, 1959.

¹³ Vid. Rosende Girirey: *El Destierro de Unamuno*. Montevideo, 1924. (Hay un ejemplar bastante maltratado en la bibl. del Ateneo de Madrid.)

taba enterado de que había dicho que “las autoridades que le deportaron estaban obligadas a sufragarle los gastos, y en caso contrario acudiría al procedimiento de las rifas para solventar sus deudas...”. Y aludiendo al mérito del desterrado dice que estas chabacanerías se le ocurren “amparándose en la aureola de talento de que le rodearon algunos”. Lo cual tampoco necesita comentario.

El viaje del desterrado.

Entre los días 21 y 25 de febrero Unamuno permanece vigilado y arrestado en Salamanca. El día 26 sale, rumbo a Cádiz, con escaso equipaje, entre el que llevaba tres libros solamente: *La Divina Comedia*, las *Poesías* de Leopardi y los *Evangelios*, en sus idiomas originales. Por expreso deseo de él mismo nadie de su familia le acompaña. En Cádiz se encuentra con el escritor y ex diputado don Rodrigo Soriano, que también había sido desterrado a Fuerteventura. Cuando se pueden entrevistar a solas, el político le dice a don Miguel que hay que trazar un plan de acción, para obrar de acuerdo... Pero aquél le contesta, sin dejar lugar a réplicas:

—No, el mío está ya hecho. Ni pregunto por qué me deportan, ni huyo, que es lo que querrían, ni pago¹⁴.

Unos días antes de salir para las Islas, Unamuno recibió un telegrama, firmado por su amigo y paisano don Horacio Echevarría, que decía así: “Giro 10.000 pts. para sus gastos. Tiene cuenta abierta. No se preocupe de la situación de su familia.” Esto emocionó profundamente a nuestro escritor, pero al parecer no quiso aceptar tan generosa oferta, como tampoco aceptaría, más tarde, la del jefe del Gobierno francés, M. Herriot.

El día 28, último de febrero, embarcaba, en el vapor “Atlante”, rumbo, de nuevo, hacia Canarias, cruzando aquel mar que tan hondamente iba a penetrar en su alma ahora, por segunda y definitiva vez. A los dos días y medio volvió a avistar las majestuosas garras petrificadas de los montes de Anaga, espolón gigante de la isla de Tenerife. He aquí cómo los periódicos dan la escueta noticia de la llegada de los deportados:

¹⁴ Vid. art. cit. *Dos Discursos...*, pág. 83.

"3-III-24.—En el vapor "Atlante", que fondeó en nuestro puerto en la noche del sábado último, llegaron a esta capital, de paso para Fuerteventura, el ex rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, y el ex diputado a Cortes, don Rodrigo Soriano.

"En las primeras horas de la mañana del domingo, vinieron a tierra los señores Unamuno y Soriano, recorriendo la población. Al mediodía y acompañados de algunos correligionarios, marcharon a La Laguna, y después de almorzar en el Hotel Ingles, visitaron el Instituto y los lugares más pintorescos de aquella ciudad.

"Por la tarde regresaron a esta capital, comiendo en el Hotel Quisisana, y a las 12 de la noche siguieron viaje para Las Palmas, a bordo del "Atlante"¹⁵.

Volvía de nuevo don Miguel a pasearse por las largas y rectas calles de la vieja ciudad de los Adelantados de Canarias. Poco había variado en catorce años: encontraría el mismo recogido silencio de las hierbas creciendo entre los adoquines desiguales, los extraños "verodes" florecidos, con la próxima primavera, en los tejados y en los aleros de los balcones coloniales; oiría el viento entre las torres de la catedral y las lentas campanadas del reloj del Instituto o de la torre de la Concepción. Los corredores del viejo claustro de los Agustinos crujirían bajo sus pies y meditaría un momento frente al exuberante patizuelo lleno de bugambillas, rosales, naranjos, palmeras y exóticas plantas tropicales... Allí se podía respirar remanso de siglos y anhelos de quietud entre sueños de inmortalidad... Mas el vendaval del tiempo no le deja detenerse: debe cumplir ahora con su destino, que le ofrecerá todavía algo nuevo y sorprendente en el declinante sol de su vida.

En Las Palmas de Gran Canaria.

Aquel mismo día, al sonar las doce en el reloj de la Concepción de Santa Cruz, el barco salió hacia Las Palmas, llegando al amanecer a la vista de Las Isletas. Frente a las tierras de Gran Canaria quizá Rodrigo Soriano recordaría sus frases retóricas de orador

¹⁵ Vid. "El Tribuno", de Las Palmas, 4-III-1924.

político que vino a las Islas en busca de una candidatura: “¡Canarias! ¡Archipiélago afortunado, islas afortunadas para explotadores y caciques! Eres tú, flotante jardín, paraíso cantado por Horacio el dulce y Boccaccio el irónico, por Plinio presentido, y por Viana el poeta evocado, eres centinela de los mares y salvaguardia de España, fortaleza de cultura y suave castillo sin león, con puente levadizo de espumas y cimientto de blandas olas...” Y otras muchas lindezas por el estilo.

Muy por lo contrario, Unamuno recordaría la lección aprendida por primera vez en contacto con aquellas tierras, que aún no había brotado en obras definitivas como él deseara. ¿Se acordaría de aquellas palabras que en 1915 estampó al frente de *El Lino de los sueños?*: “Allí, en Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz a-isla-miento, y no fué Alonso Quesada quien menos me ayudó a conocerla.” Acaso recitaría, en voz baja, algunos de los versos que le dedicó, en aquel libro, su amigo, el aislado:

Tierras de Gran Canaria, sin colores,
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Campos, eriales, soledad eterna;
—honda meditación de toda cosa—
¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!
(*El Lino de los sueños*, pág. 129.)

Al bajar a tierra, el Comisario de Policía que les acompañaba tuvo con los deportados la conversación siguiente, que el mismo Unamuno recoge más tarde ¹⁶:

—Aunque el vapor sale esta tarde para la Isla, ustedes tienen ocho días para descansar, y en estos ocho días ustedes se vigilan a sí mismos.

—Entendido—contesté—, pierda usted cuidado.

Estas palabras fueron interpretadas por el Maestro como una invitación a la fuga; pero conforme a su plan, no quiso ni hablar de ello; al menos por el momento. Incluso un día “pasaron por allí

¹⁶ Vid. art. cit. *Dos Discursos...* Madrid, 1930, pág. 85.

Ricardo Calvo y Enrique Borrás, que iban para Buenos Aires”, y le invitaron:

—Véngase con nosotros...—me dijeron.

Y él les contestó:

—¡Ca! Ahora aquí. Ahora soy una carga, ya veremos cómo se deshacen de ella.

¿Qué haría don Miguel en Las Palmas en estos días de libertad? No hemos encontrado testimonios de ello. Mas podemos suponer lo distinto que encontraría todo después de tantos años. No había pasado el tiempo en vano. En primer lugar, la ciudad ya no era la misma que dejó, pues, tal como él mismo había predicho, la ciudad, que estaba en crisis de crecimiento, se había dilatado y extendido, formándose una gran población mercantil y turística en torno al refugio de Las Isletas, con su magnífica playa y su amplia bahía. Ya no era un camino polvoriento el que unía el puerto con el principal núcleo urbano del Real de Las Palmas, sino una espaciosa avenida circulada por carruajes de todas clases y un moderno servicio de tranvías... En fin, la última guerra la había favorecido económicamente gracias a su enclave vital en las rutas del Atlántico.

Unamuno nunca olvidó su primer viaje a Gran Canaria y siempre añoró volver a Las Palmas, como le dice a su amigo Alonso Quesada en varias cartas. Y así en la fechada el 4 de marzo de 1912: “El pasado verano hubo tarde en que me sorprendí fingiéndome que iba camino de casa de Luis Millares a comulgar con todos ustedes, en aquel patio, al pie de las enredaderas. ¡Se me hace todo tan pronto costumbre, gracias a Dios Todopoderoso! Y así, en esa ciudad de Las Palmas, dejé algo que vale tanto o más que amistades y afectos, dejé costumbres. ¡Pero esto del mar que así nos separa! Cuando debía ser él quien más nos uniera.” Y lo mismo repite en otra del 1 de junio de 1915, expresando su vehemente interés por volver a la Isla: “Deseo volver ahí, deseo mucho volver, a chapuzarme en a-isla-miento, a estar con ustedes, en aquel patio de la casa de Luis Millares, a volver a Teror...”

Sin duda, en los días que permaneció en la ciudad buscaría a los viejos amigos canarios, con los que siempre estuvo en contacto. Pero la tormenta implacable de los años había pasado resquebra-

jando los cimientos de aquel rincón de la casa de Millares, que él llamó "hogar de espíritus", desgajando las mejores vigas que lo sostenían. El mismo don Luis soporta, con estoica resignación, su lenta agonía desde hace dos años, con una grave afección cerebral que le llevará a la tumba. Pronto le acompañará también su joven amigo, el poeta Alonso Quesada, ahora herido de muerte con una tisis fulminante, en el próximo año de 1925. Así parecía presentirlo en un poema escrito diez años antes:

Acabo de llegar al cementerio
y he visto tu pedazo y mi pedazo
de tierra, Luis. Enfrente los ha puesto
esa mano cruel, que ha gobernado
tus horas y las mías...

(*El Lino de los sueños*, pág. 35.)

Tomás Morales, el triunfador de los Juegos Florales de 1910, después de lanzar su canto glorioso al Atlántico, reposa ya ante él y para siempre desde 1921. De los que formaron la presidencia, con Unamuno, en aquellos Juegos quedan ya muy pocos en la brecha. Domingo Doreste, su viejo amigo, es uno de los más activos; en estos momentos está al frente de su Escuela de Luján, cuna de tantos artistas canarios, y fundada por él en 1917. "Fray Lesco" debió volver a reunirse con su maestro de Salamanca y evocar tiempos pasados, y contarle cómo continuaba su lucha y su labor de escritor y periodista en Las Palmas, empeñado en darle—como quiso don Miguel—una conciencia civil y patriótica a este pueblo sumergido en su modorra mercantil y progresista...

Y transcurridos estos días apacibles y amicales, otra vez a embarcarse en un vaporcito, que le conducirá al fin de su destino, veinte días después de haber sido procesado. Un periódico local anuncia lacónicamente la llegada de los viajeros a la isla de Fuerteventura:

"Puerto de Cabras, 12, 11,30.—En el correo interinsular "La Palma" llegaron hoy a esta población los señores Unamuno y Soriano, que vienen a cumplir el destierro impuesto por el Gobierno. Los dos viajeros se hospedan en el hotel "Fuerteventura", donde han sido visitados por algunos amigos."

¿Cómo ve Unamuno, a su llegada, la Isla de su destierro? Al principio se limita a observar, a ir anotando; luego tendremos toda una crónica de su vida: artículos, poemas, cartas, comentarios, testimonios de la profunda huella que la Isla dejó en su ánimo y en su obra. Por lo pronto, sólo dice: "Llegué a Fuerteventura. De mis días de sosiego y semanas de tranquilidad en aquella especie de cacho de Sahara perdido en el Océano, no quiero decir nada por ahora..."¹⁷. Parece que estamos leyendo algunas de las cartas que dirigiría a su familia para comunicarle cómo disfrutaba de paz y buena salud en la Isla, más allá de los mares...

II.—UNAMUNO EN FUERTEVENTURA.

La Isla desértica.

¿Cómo era Fuerteventura en 1924, en la época del destierro de don Miguel de Unamuno? Muy parecida a hoy mismo. Sus tierras áridas, su sol implacable, velado, a veces, por un toldo de nubes fugitivas, y el mar, como ahora y como siempre, batiendo las reseca-
cas costas...

Pero atengámonos a los datos oficiales del momento. He aquí lo que nos dicen en un periódico fechado en mayo de aquel año: "Fuerteventura es grande y pobre, es la segunda isla del Archipiélago en extensión superficial y la menos habitada... Fuerteventura mide 1.722 km² y su población sólo es de 11.305 almas. El pueblo de mayor número de habitantes es La Oliva (2.248), luego sigue Tuineje (2.013), Antigua (1.984), Pájara (1.187), Tetir (1.145), Puerto de Cabras¹⁸, la capital (931, según otros datos tiene 230 edificios y 850 habitantes) y Betancuría (691)..." Hoy ha variado poco esta exigua población majorera¹⁹.

¹⁷ Vid. art. cit. *Dos Discursos...*, pág. 85.

¹⁸ Hoy nuevamente bautizada con el nombre de Puerto del Rosario.

¹⁹ Vid. Leoncio Afonso: *Esquema de Geografía física de las Islas Canarias*, 1953, pág. 78. De las estadísticas de 1950, en que Puerto de Cabras aparece con 4.252 habitantes; pero Antigua sólo con 1.791; Oliva, con 1.694, y Betancuría, con 710.

He aquí cómo Unamuno, en uno de sus primeros artículos escritos en la Isla, por ésta misma fecha, hace una descripción sumaria para los lectores que la desconocen: "Esta infortunada [ya veremos cómo dentro de poco la llamará afortunada], donde entre la apacible calma del cielo y del mar escribimos este comentario..., mide en lo más largo, de punta Norte a punta Sur, cien kilómetros, y en lo más ancho, veinticinco. En su extremo Suroeste forma una península casi deshabitada, por donde vagan, entre soledades desnudas y desnudeces solitarias de la mísera tierra, algunos pastores"²⁰.

Otro cronista contemporáneo habla de las tremendas condiciones de miseria y abandono en que está la Isla y de pasada hace alusiones a las apreciaciones del ilustre deportado. Copiamos a continuación unos párrafos, pues creemos que, dentro de su simplicidad, reflejan objetivamente el estado de la Isla del destierro: "Fuerteventura, la isla desventurada, atraviesa actualmente por una de las crisis angustiosas frecuentes en su historia de tierra sedienta. Rodeada de agua, ceñida por el mar y sedienta. Así la ven en su destierro los ojos escrutadores, la mirada sagaz de D. Miguel de Unamuno." Efectivamente, a este momento debe referirse nuestro escritor cuando, el 22 de mayo, escribe en un soneto, donde plasma poéticamente la angustia de los majoreros:

¡Agua, agua, agua! Tal es la magua
que oprime el pecho de esta gente pobre;
agua, Señor, aunque sea salobre:
¿para qué tierra, si les falta el agua?

.....
Y les ciñe la mar, ¡pesada broma
del Supremo Poder! Agua a la vista,

.....
¿hay quien la sed junto a la mar resista?

(De *Fuerteventura a París*, s. XXII.)

"Cada día que pasa—sigue el articulista—empeora la situación de Fuerteventura. La desbandada se ha iniciado ya. En ca-

²⁰ Vid. art. *Los reinos de Fuerteventura*, en "Nuevo Mundo". Madrid, 2-V-1924.

ravanas emigran, en busca de trabajo, los pobres hijos de la isla azotada por pertinaz sequía... En las nubes ponen su esperanza los habitantes de Fuerteventura: si hay lluvias hay cosechas, esto es, bienestar. Si el agua falta, todo se pierde, la tierra no produce y hay que abandonarla... La tierra estéril, con las entrañas secas, está improductiva ahora... Los animales enflaquecen, el ganado muere sin remedio y en su impotencia los mayoreros se resignan a su desgracia... El problema de la Isla de las grandes sequías es la escasez de agua para la agricultura y el absentismo. Los grandes propietarios de terrenos viven fuera de Fuerteventura”²¹.

“Mas, aun así—dice Unamuno en uno de sus comentarios, haciendo notar la tenacidad de esta tierra desafortunada—, visten a estas desnudeces óseas, y hasta en este año de singular sequía, en este año en que la mitad del ganado se muere de hambre—¡qué triste espectáculo el del embarque de reses en busca de pasto, a otra isla!—, visten a estas desnudeces el verdor esparcido acá y allá, de las higueras y tal cual gabia de alfalfa”²².

Esta es la Isla semidesierta, la Isla sedienta de los latifundios, la Isla desolada del tedio y de la galbana, la Isla más aislada entre un mar todo cielo y un cielo todo mar inalterable, la Isla de las tierras calcinadas, reseca, esqueléticas, que hasta este momento había permanecido fuera de la historia política o literaria, pero desde marzo de 1924 iba a ser descubierta por una de las más grandes y recias personalidades hispánicas de nuestro tiempo, entrando, con ello, en la categoría de leyenda, de historia, o sea en el sueño de Dios, en la conciencia de lo eterno, como hubiera dicho el propio visitante. Ya en aquel momento un anónimo periodista se encarga de proclamar la fama que la Isla y la capital de ella habían adquirido después del destierro de aquellas ilustres figuras: “Hoy el nombre de Puerto de Cabras no es desconocido en ambos mundos, y hasta lo repiten millones de labios y lo escriben, entre galas retóricas, las más prestigiosas plumas de la literatura contemporánea...” O como añade más adelante: “Isla afortunada,

²¹ Vid. el “Diario de Las Palmas”, 24-V-1924.

²² Vid. art. “Leche de Tabaiba”, en *En el destierro*. Madrid, 1957, página 27. “Gabia”, dice en otro sitio, son “cuadrados con rebordes, para que el agua de riego se endique en ellos”.

más que las restantes del Archipiélago así denominado, llama Unamuno a la de Fuerteventura, porque carece de cine y no hay en ella ni corridas de toros ni equipos de foot-ball; para nosotros la fortuna de ese pedacito de Africa, de ese despojo de sedienta tierra africana, arrojado al mar, consiste en haber acogido en sus cálidos brazos a dos hombres de talento”²³.

Sentido y sentimiento del desterrado.

Intentemos ahora, ya conocido el medio donde va a desarrollarse su vida durante cuatro largos meses, estudiar al hombre en su circunstancia, que es lo mismo que penetrar en su interior, convivir con él. Pero en vez de desmenuzarlo en anécdotas, dichos o en narraciones de sucesos más o menos reales, vayamos a buscarle en sus hábitos, en su vida cotidiana, en sus paseos solitarios, en sus meditaciones, en sus lecturas y en sus escritos, y también, un poco, a través de los que compartieron con él cada día del destierro. Pues Unamuno mismo dijo: “No hay modo de conocer a un hombre por anécdotas, y lo único que debe importarle a un hombre es conocer a otro hombre, conocer a los demás hombres.” Y esto no por puro deporte o curiosidad, sino “porque los demás hombres son espejos nuestros y sólo conociéndolos llegaremos a conocernos”²⁴.

En primer lugar se nos ocurre preguntar: ¿qué significó para don Miguel su destierro de Fuerteventura?; ¿qué pensaba él de su confinamiento en la Isla más desolada y sahárica de las Canarias? Quizá, intentando dar una respuesta a esta incógnita, podamos penetrar en el íntimo sentido que para él tuvo el destierro y ponernos en condiciones de explicar su vida y su obra posterior a este episodio.

Casi todos los críticos están de acuerdo en considerar este confinamiento como un fracaso en la intentona política de Unamuno, o bien como una burda comedia que no tenía ni dignidad ni novedad

²³ Vid. “El Tribuno”, de Las Palmas: *Puerto de Cabras, playa de moda*, número del 4-V-1924.

²⁴ Vid. “Noches del destierro”, en *En el destierro*. Madrid, 1947, pág. 146.

(C. Barja, Criado de Val, etc.). Mas, sin profundizar mucho en esta cuestión, creemos que Unamuno no intentó deliberadamente acometer seriamente una aventura política, ni, como dice Criado de Val, "un último esfuerzo de Unamuno en esta conquista de la personalidad que le lleva al campo político"²⁵. Creemos más bien que todo esto es el resultado de un impulso que surge de su sentido de lo justo y quizá también de su soberbia ofendida, manifestada, con brutal sinceridad, en una serie de improperios que no conducían a nada, sino a desahogar su personalidad herida en lo más vivo de su concepción de la España eterna e histórica con que soñaba.

Otros piensan, un poco ligeramente a mi juicio, que Unamuno hizo de su destierro una comedia, una farsa. Nada más lejos de la realidad. En esta circunstancia, como en otras de su vida, don Miguel obró movido por su irritable temperamento, por su más radical sinceridad. Su vida y su obra, y en esto están conforme todos, son la lucha por la expresión o la realización de su personalidad. Y esto no se consigue sino siendo sincero consigo mismo y con los demás. Si hay algo que una su criterio, sus paradojas, sus ensayos, sus comentarios, sus poemas y sus obras de ficción, es la sinceridad de una personalidad irreductible buscándose, autoinspeccionándose, inquietándose e imponiéndose siempre en todo.

Desde este punto de vista podríamos explicarnos su empeño en considerar como una fuerte aventura quijotesca la que el destierro le deparaba, y que no estaba dispuesto a que se la escamotearan ni el Dictador, ni los partidos extremistas, en beneficio de los propósitos de aquél o la propaganda de las banderías de éstos. Muy bien lo vió don Miguel cuando los liberales pedían su indulto, que rechazó violentamente:

Los que clamáis "¡indulto!" id a la porra
que a vuestra triste España no me amoldo...
(*De Fuerteventura...*, s. III, vrs. 1-2.)

Pensamos que el fracaso de esta aparente comedia política del destierro es, en realidad, una zancadilla del ángel de Jacob, que luchó en apretado abrazo con Unamuno, al que salvó de caer en

²⁵ Vid. M. Criado de Val: *Atlántico*. Madrid (s. a.), pág. 232.

un más hondo ridículo si hubiera tenido que representar su papel en el drama o comedia política de su tiempo. En este caso, don Miguel se hubiera convertido en un energúmeno de un solo partido, el de sí mismo.

Mas de alguna manera Dios nos hace cumplir con nuestro destino. Y si todo no sucedió como quiso el Directorio o como deseó don Miguel, que veía un poco exageradamente—como hemos indicado—en todo esto “la más fuerte de mis aventuras quijotescas”, era necesario el paso cómico-dramático del confinamiento y la fuga para entrar en el drama serio del aislamiento y la mar. No puede hablarse de farsa en quien sintió, como pocos, la auténtica nostalgia del desterrado que languidece fuera del centro de su cotidianidad, que para él es garantía de permanencia y de creación. Desde el principio al fin de su destierro vemos una constante añoranza de la patria, que le lleva, como un peregrino hambriento, al pie mismo del santuario, a cuyos umbrales cae rendido, sin poder penetrar en él. Esto es Hendaya, donde, todos los días, dice: “Veo desde la cama nacer el alba, el alba del Occidente, el alba del ocaso, sobre las colinas de España. Y pienso en la otra aurora, en el alba que rompa la pesadilla de su historia”²⁶.

Sabemos que Unamuno repasó, en su confinamiento, la vida de algunos grandes desterrados que se encontraron en circunstancias semejantes a la suya. Así tenemos al Dante, cuyo libro le acompañó constantemente en esta aventura, y asimismo encontramos algunas citas en que demuestra conocer aquellas vidas, como la que recuerda el confinamiento de Víctor Hugo a la isla de Guernsey “de donde lanzó sus rayos contra la podredumbre del Segundo Imperio...”, y luego añade: “Sólo que Hugo tuvo que estarse años en esa isla, que vi al pasar, de lejos, acercándonos a Cherburgo”, cuando volvía de Fuerteventura.

Interesado Marañón²⁷ por la influencia que, en la historia de España, han ejercido sus hijos exilados, estudia la personalidad de algunos de los más preclaros que vivieron lejos de la patria rumiando, en soledad, el amargor de la injusticia, y almacenando fuerzas y energías por si llegaba el momento de poder actuar con liber-

²⁶ Vid. “Las noches del destierro”, en *En el destierro*, pág. 145.

²⁷ Vid. *Españoles fuera de España*. Col. Austral, núm. 710. Madrid, 1947.

tad. La figura simbólica del desterrado la ve nuestro gran ensayista en Séneca, confinado, durante ocho años, en la isla de Córcega en el 41 de nuestra era. Le evoca allí, magistralmente, en las horas que preceden a la honda crisis del alma solitaria y desesperada antes de la reacción viril que al fin ha de producirse, y que es muy semejante a los momentos de cualquier gran exilado, llámese Séneca, Dante, Hugo o Unamuno.

"Aquella tarde, junto al mar, estaba el español hundido en uno de esos pozos en que cae el ánimo del emigrado y de los que parece que no podrá salir..." "No se puede vivir lejos de la patria", murmuraba. Así también Unamuno, sumido en la tristeza, siente

... la fatiga de un día más, la mella
que sume al alma en la mortal desgana...

(Idem, s. LV.)

"Se tendió en la playa y cerró los ojos para tratar de soñar. Con los ojos del alma miró hacia atrás y vió el mundo de los bienes perdidos... Miró hacia el porvenir y se vió olvidado de los suyos, acomodado ya a esa muerte anticipada que parece el exilio. Se miró a sí mismo y tuvo la impresión terrible que se tiene en la prisión y en el destierro de "verse vivir". Y así nuestro desterrado, presa de la misma angustia, confiesa

Ya sé lo que es el porvenir: la espera
tupida de ansias, devorar las horas
sin paladearlas, confundir auroras
con ocasos, sentir la senda huera...

(Idem, s. XXI, vrs. 1-4.)

"Lleno de angustia—sigue imaginando Marañón—abrió los párpados y se encontró frente a frente con el cielo azul... Sus ojos atravesaron el azul infinito, surcado por los ampos intactos de las nubes, y vieron, detrás, el mundo insondable de los astros y de las almas hechas como los astros, de eternidad..." Mas la serenidad termina por invadir poco a poco el alma del hombre fuerte y estoico y "Entonces se alzó, y con paso alegre volvió a su casa... Y, como si una voz que nadie oía le dictase en silencio, escribió, sin pausa, una larga carta a su madre." He aquí un párrafo de esa cé-

lebre carta: “¿A qué atormentarnos por la ausencia de la tierra vernácula, si toda la tierra es patria para el varón digno de este nombre; y éste, en cualquier parte de ella, se sentirá por igual desterrado del mundo, que empieza tras la bóveda azul?”

Un proceso semejante, aunque alterado por la pasión política y la saña antidictatorial, concurre en el pensar y en el sentimiento de Unamuno. ¿Cuántas veces se paseó por las solitarias playas de la isla fuerteventurosa interrogando el arcano, el porvenir de su patria y el suyo propio, tratando de leerlo más allá del horizonte y de los mares?:

... Dime, Señor de España, te lo ruego
por la mar de mi tierra, ¿es que merece
tanto baldón que así la entenebrece
y que a su corazón ha puesto ciego?...

(Idem, s. XLI, vrs. 5-8.)

Pero, a igual que Séneca, la patria ideal, no la material, acompaña al desterrado que de veras la ama, y que de veras es hombre. Por eso les contesta a los liberales que convivían con el Directorio y que le aconsejaban “que era forzoso atemperarse a la realidad”: “los que, como yo, creemos, en sentimiento histórico de la historia, que son las personas, los hombres, los que hacen las cosas y las llevan, no debemos plegarnos a esa realidad material y que conmigo llevé a la Isla la *personalidad* de España”²⁸. Y más tarde, cuando llevaba dos años de exilio, y a los pies mismos de la patria esquiva, una noche, lleno de profunda emoción, exclama serenamente, comenzando como el doctor iluminado y místico: “De noche, a solas y a oscuras, es como puede uno llegar a darse cuenta de cómo la vida es sueño, la historia, pesadilla, y el mundo, destierro”²⁹.

Y prosigue Séneca sus reflexiones: “La patria no son los hombres que la pueblan ni los vanos afanes de cada día, sino la unión del pasado y del futuro que se hace en cada hombre vivo, y, por lo tanto, en ti y en mí; la tradición y la esperanza que se funden en la

²⁸ Vid. *De Fuerteventura a París*, comentario al soneto XLII, pág. 73.

²⁹ Vid. “Las noches del destierro”. Idem, op. cit., pág. 146.

breve inquietud de nuestra existencia mortal. Esto es la patria y no lo que quiere la violencia del destino, que se disfraza de tiranía; y eso, que es, en verdad, la patria, ¿quién nos lo puede quitar, estamos donde estamos?" Por eso Unamuno se siente identificado con el pasado, elaborando la historia patria del futuro con sus sueños cuando dice en *Fuerteventura*: "¡Esta es mi Insula Barataria! Aquí me visitan, en larga estantigua, en procesión de ánimas doloridas, todos los que en los largos siglos sufrieron la pasión trágica de mi España..."³⁰

Y después Marañón, para terminar su introducción, conociéndose y conociendo a sus compatriotas—pues él mismo experimentó el regusto doloroso del exilio—, saca en consecuencia que el español es "en contra de lo que se ha dicho, poco inclinado a viajar", y esto porque en la "Península nuestra hay algo que nos tiene en permanente vilo, algo que bordea, cada día, el drama, sin dejar de ser inefable, como un permanente auto sacramental...". "Y esta tendencia mística—añade—basta para que el español se sienta atado a su tierra y no apetezca el dejarla, a no ser en busca de aventuras..."³¹

Piénsese ahora en don Miguel, y comprobemos lo incómodo que siempre se sintió fuera de España, en sus cortos viajes a París, Italia o Suiza; siendo Portugal el único país por el que le gustaba viajar, pues para él no era el extranjero... Cuando salió hacia el destierro fué en busca de una aventura quijotesca, casi planeada con premeditación, aunque toda ella no saliera a medida de sus deseos. En este sentido, pues, Marañón puede considerar a Unamuno como un español auténtico y prototípico.

Pero, sin duda, es leyendo la "Comedia divina" que hizo el Dante (un exilado ejemplar) cómo Unamuno comenzó a aprender la gran lección de la resignación y a comprender la gran vanidad de las cosas de este mundo. Lecciones que, por otra parte, hay que aprender a nuestra propia costa. Así, un buen día, al releer el pasaje del Purgatorio en que el Dante, acompañado de Virgilio, encuentra a Estancio, y éste, al ir a abrazar las piernas del gran mantuano, es rechazado por él diciéndole: "Frate, / non far; che tu se ombra

³⁰ Vid. "La Atlántida", op. cit., pág. 37.

³¹ Vid. op. cit. Col. Austral, núm. 710. Prólogo y págs. 18 y 19.

ed ombra vedi" (cap. XXI, v. 133), le sugiere a nuestro autor un soneto, donde sentimos aletear la duda:

... Y ¿no estaré luchando, sombra adusta,
contra pálida sombra de molino?...

Y a continuación, refiriéndose a la escena española del momento, vemos cómo monologa, preguntándose si vale la pena emplear todas sus energías en una lucha estéril con unos trágicos peleles, que son sólo sombras de una pesadilla:

... Sombras chinescas son esos pelelés
que toman por acción el mero gesto
de sus muecas; ¿por qué tanto te dueles?

Guarda, sí, es tu deber, siempre tú puesto;
mas no vale, Miguel, que te desveles,
ni que en duelos así echés el resto.

(Idem, s. XXVIII, vrs. 9-14.)

También al Dante quisieron escamotearle su vida, su vida civil, haciendo comedia su destierro y queriendo obligarle a humillarse si deseaba volver a la patria. Mas él venció representando la máxima Comedia, la divina, la eterna, donde confundió a sus enemigos, enviándolos a representar la tragedia de su inmortal condenación. Por eso Unamuno llega a identificarse con el Dante, como se puede comprobar en un hermoso artículo, hasta hace poco inédito³², donde, comentando una frase, en la que Armando Donoso llama al gran florentino "alma de monje", nuestro escritor añade:

"Dante, el monje seglar, el solitario en el mundo, buscaba a Dios en la soledad de su alma de desterrado de su reino, del Reino de Dios, y le buscaba a través de las luchas civiles de su pueblo. El ciudadano florentino, errando fuera de su Florencia—fuera de ella murió—, pero en Italia, en su Italia universal y eterna, no podía desprenderse del siglo, del mundo." Igualmente Unamuno errante, como pocos en nuestro tiempo, en busca anhelosa de Dios, del Dios de su España inmortal, en busca de un reino que no es de este

³² Vid. "Monje seglar" (Hendaya, 12-XII-1925), incluido en *En el destierro*, op. cit., pág. 189 y ss.

mundo, aparece como un monje seglar en muchos de sus tremendos sonetos del destierro.

“Yo soy la senda, la verdad, la vida.”
 ¡Y qué duro, Señor, otro destino!
 ¡De otra verdad como es terrible el sino!
 ¡Cuán pronto de otra vida uno se olvida!

Bilis y tinta encima de la herida
 abierta al polvo negro del camino,
 sin tu sangre, Señor, celeste vino
 que la embalsame al fin de la partida.

“No es mi reino—dijiste—de este mundo”,
 pero ve que, sin patria, triste muero
 en el desierto y en error profundo;
 raíz dame en la tierra, aquí, primero;
 sin raíz con el polvo me confundo:
 sólo con ella he de irte todo entero.

(Idem, s. XCVI.)

Pero Unamuno se fija sobre todo en la acción civil, en el sentido patriótico del Dante, que dijo: “¡Ay sierva Italia—hostería del dolor—nave sin piloto en gran tormenta,—no dueña de las gentes, sino burdel!”, cuyos improprios son semejantes a los de nuestro desterrado:

... Me canta la pasión, y así conjuro
 con ese encanto la feroz mentira
 que arrastra a España en su destino oscuro...

(Idem, s. LXXXII, vrs. 9-11.)

Y aunque Unamuno no trataba de justificarse—sino encontrar en sus lecturas el eco de sus propias pasiones sentidas por otra personalidad—, vemos cómo se acerca a Dante ansioso de encontrar un alma capaz de reaccionar ante la injusticia con su misma ansia frenética. Y por eso exclama: “¡Y hay que oír las terribles palabras de política seglar que puso en boca de San Pedro en el canto 27 del “Paraíso”! Lleno de pasiones civiles, aquel monje seglar, aquel solitario en el siglo, más allá del siglo, más allá del mundo”³³. Y con esto basta para comprender que si Unamuno

³³ Idem, art. cit., pág. 192.

—alma con bastantes resonancias medievales, y viviendo en un siglo de más desatadas polémicas—traspasó los límites de la corrección ortodoxa, arrastrado por su “ánima sdegnosa”, siempre fué impulsado por un profundo y verdadero amor a la España ideal que soñaba, al borde también de la quiebra, como la Italia presentida por el Dante Alighieri en el siglo XIII.

Vida y aventura del confinado.

Casi podríamos reconstruir, día a día, la vida cotidiana e íntima de don Miguel en la desértica Isla canaria recogiendo sus propias confesiones, ya en prosa, ya en verso—más en verso que en prosa—, en ese desconcertante diario de los primeros meses de destierro, que lleva por título *De Fuerteventura a París* (1925). Y si a esto añadimos los artículos escritos en la Isla y publicados en “Nuevo Mundo” de Madrid, en “Caras y Caretas” de Buenos Aires y en “El Tribuno” de Las Palmas, recogidos en parte por la “Biblioteca Canaria” (s. a.) y casi todos por García Blanco en un libro, ya citado, que lleva por título *En el destierro* (1947), todavía tendremos algunos datos interesantes más, a los que pueden unirse cartas, declaraciones y testimonios de personas que convivieron con el desterrado.

Las horas y los días.—Según uno de los testigos, Unamuno se instaló, “junto con el ex diputado Rodrigo Soriano, en la pensión de D. Francisco Medina Berriel”, llamada pomposamente “Hotel Fuerteventura”, aunque era una “humilde casita que está enclavada entre la cárcel y la iglesia”. Pronto empezó a salir de paseo, pero al principio “parecía cansado”. “Más tarde comenzó a formarse una tertulia a su alrededor.” El primer testimonio contemporáneo de esta tertulia nos lo da el articulista de “El Tribuno”, citado más arriba, que nos dice: “A la puerta de la casa del Sr. Castañeyra—simpática personalidad del país—tienen el sabio catedrático y el escritor artista su tertulia. Allí se hacen los honores a los forasteros que acaban de desembarcar, se toma el aperitivo y el refresco, se comenta la actualidad que el telégrafo transmite,

se comenta el culto a la radio-telefonía, se leen las cartas—los montones de cartas—de los amigos y los periódicos provincianos y madrileños, y se habla, en una charla que no decae, de lo humano sólo”³⁴. A esta tertulia “asistían, aparte del dueño de la casa, don Aquilino Fernández (al que Unamuno llama en sus cartas “el fantástico Aquilino, conejero”, es decir de Lanzarote), don Lorenzo Castañeyra, don Juan Pérez Medina—mi padre—, Soriano, su inseparable compañero de viaje, y algunos otros...”, según recuerda el joven José Pérez Naranjo³⁵.

Mas fué con don Ramón Castañeyra Schaman, acaudalado comerciante y hombre autodidacta, que había formado su pequeña biblioteca privada y recibía los periódicos de Las Palmas y de Madrid, con quien tuvo mayor trato y amistad nuestro escritor. Bien clara se refleja esta amistad en la carta-prólogo que tuvo el honor de presidir el libro *De Fuerteventura a París*, porque como el autor decía: “es justo que sea el nombre de usted el que primero vaya en cabeza de este libro doloroso, ya que usted fué el verdadero padrino de esos sonetos, el primero que los conoció, el que los recibió todavía lívidos del parto cuando lloraban el trágico primer llanto y hasta asistió usted a la gestación de algunos de ellos”. Por esto y el propio testimonio de don Ramón—que guarda celosamente aún muchos recuerdos del maestro—sabemos que en muchas ocasiones fué el confidente de don Miguel, tan dado a comunicar sus proyectos, sus problemas y dudas que se le presentaban en la génesis y el desarrollo de un poema o de una obra; acaso no tanto para pedir opinión como para escuchar el eco de su pensamiento a través de otro, y ver reencarnadas sus ideas en alguien que no fuera él mismo³⁶.

Se acuerda también de don José Castañeyra, el venerable patriarca de la casa; del “buen párroco de Puerto de Cabras, don Víc-

³⁴ Vid. “El Tribuno”, art. cit., 4-V-1924.

³⁵ Vid. Vicente Borges, art. *Unamuno, en zapatillas por Fuerteventura*, en “El Día”, de Santa Cruz de Tenerife, 8-IV-1956.

³⁶ A Castañeyra van dirigidas las tres únicas cartas de Unamuno que hemos podido recoger, gracias a unas fotocopias existentes en el Museo Canario de Las Palmas, puesto que las originales han desaparecido. Así es lástima que se hayan perdido también las destinadas a don Francisco Medina, que no conocemos.

tor San Martín”, con el que hablaba “con frecuencia de lo divino —según el citado articulista— en el paseo que con éste dan diariamente”. Y aún añade más detalles: “Se entienden bien. Hasta se comprenden y se estiman. No es raro ver al sacerdote apoyado en el brazo de don Miguel, que le explica un tema filosófico, ni a don Rodrigo del brazo del presbítero mientras éste le consulta el plan de los sermones que prepara para los días santos de la Semana de Pasión...”³⁷. También cita a “mi posadero don Paco Medina”, al “excelente don Pancho López, espíritu zumbón y crítico...”. Una y otra vez vuelve a recordarles, como testifican las cartas dirigidas a Castañeyra. Así dice: “Bien quisiera ir dedicando un recuerdo a cada uno de ustedes, a su padre, a sus hermanos, a D. Víctor—le escribiré en cuanto me sienta en ánimo de confesión—, a D. Paco Medina, a D. Pancho, al juez, a todos los de la tertulia inolvidable, al patriarca de Tetir... Dn. Matías López...” (Carta, 29-XII-1924).

Don Francisco Medina, el dueño del hotel, nos habla de varios rasgos de la vida y carácter de don Miguel en la Isla. Dice que era hombre violento e intransigente. Cuando le fué a llamar la atención por las quejas de los vecinos de que se daba baños de sol enteramente desnudo en la azotea del hotel, contestó: “Yo no los miro. Que no me miren ellos a mí.” Solía llevarse a su pequeña hija, de la mano, en sus paseos por los muelles del puerto o por las afueras del pueblo. También José Naranjo opina “que don Miguel poseía un genio temible y, en ciertas ocasiones, se manifestaba como un soberbio gigantesco. Pero nunca observó que le quitara la palabra a nadie y, mucho menos, se constituyera en centro de tertulia. El centro, como es lógico, se lo ofrecían los demás”. Esto está de acuerdo con la delicadeza que presidió los actos de la vida cotidiana de don Miguel, contrariamente a lo que pudiera creerse por sus arrebatos temperamentales que le llevaban a proferir improperios y acres censuras cuando le ofendían en sus sentimientos personales o en su sentido patriótico.

Una de las mayores distracciones de don Miguel, en la Isla, fueron sus paseos, a camello, por las cercanías de Puerto de Cabras. He aquí cómo nos lo describe, en uno de ellos, el cronista de “El

³⁷ Vid. “El Tribuno”, ídem.

Tribuno”, y cómo lo vemos en una fotografía obtenida por el joven Naranjo. “Se coloca en lo alto de la joroba, como en un trono, y con Castañeyra a la derecha y Rodrigo a la izquierda, cruza el caserío de Las Rozas, serio, grave, solemne, igual que un gran señor de Oriente, y sigue adelante, mecidos sus sueños por la dolorosa oscilación del eterno caminar a través del desierto”³⁸.

Otras veces organizaban verdaderas excursiones al interior de la Isla, que Unamuno llegó a conocer casi palmo a palmo. Muchos de estos lugares dejaron una huella permanente en su espíritu, como lo demuestra el que, todavía en el último año de su vida (1936), diga a Castañeyra: “Cuántas veces pienso que estaría mejor ahí, en Puerto Cabras, o en La Oliva, o en Pájara, o en Betancuria... ¿Cuándo podré volver a reever eso y a darle un abrazo ahí?” (Carta, 22-IV-36). Además tenemos testimonios abundantes, en poemas y en artículos, de sus visitas a los pueblos de Fuerteventura. Uno de los que más le impresionó fué Betancuria, antigua capital de la Isla, al que fué en compañía de don Ramón y de su amigo y traductor al inglés, Mr. Grawford Fritch... También le acompañaban a estas excursiones los jóvenes Juan Medina, hermano del posadero, y José Naranjo. Gracias a ellos conservamos algunas fotografías de la época. Este último nos testifica que le oyó decir a don Miguel: “Me llevo a Betancuria bien grabado dentro del magín” (sic). Del templo de Santa María dijo que era una de las cosas más valiosas y pintorescas del pueblo y de más solera canaria. Pero también otros lugares y pueblos le sugirieron temas para sus meditaciones. Así la muralla de Punta Jandía, que separaba los antiguos reinos de Fuerteventura, le transporta a la prehistoria de la Isla, y le parece “haber visto a las huestes del Norte, de la porción enormemente mayor, acudir desde Tuineje y Tesejeraque, y Tiscamanita, y Ampuyenta, y Chamotistafe, y Triquibijate..”³⁹. En su excursión a Pájara, en compañía de un Ayudante de Obras Públicas, al oír las quejas de un labriego, que no podía pasar con su camello cargado de leña bajo los ojos del puente de la carretera, se acuerda de la famosa metáfora evangélica... Mas ya trataremos, con más detenimiento, de las impre-

³⁸ Idem.

³⁹ Vid. “Los reinos de Fuerteventura”, art. incluido en *En el destierro*.

siones y sentimientos que dejaron estos lugares, pueblos y paisajes en los escritos de Unamuno, en el apartado sobre los temas de Fuerteventura.

Aparte de esta tertulia fija o de esas excursiones ocasionales, ¿en qué empleaba el día este hombre acostumbrado a una permanente actividad física y espiritual? Por los testimonios conservados bien podemos imaginar en lo que invertía el tiempo en los días tranquilos y normales de su destierro fuerteventuroso. Al despertarse, aún en la cama, lo primero que hacía, siguiendo una antigua costumbre, era leer un pasaje del Evangelio, cuyo ejemplar en griego siempre estaba a la cabecera de su lecho. El nos lo dice expresamente: "En estas mañanas, cuando el sol, al salir de la mar, me da, recién salido, un beso en la frente, tomo mi Nuevo Testamento griego, lo abro al azar y leo"⁴⁰. Se levantaría tarde, y algunos días de sol se iría a pasear a la azotea, releyendo algún poema de Leopardi o algún pasaje del Dante. Ya sabemos cómo, alguna vez, se dió algunos baños de sol completamente desnudo, mientras escribía un soneto, como el que comienza: "Al sol de la verdad pongo desnuda / mi alma..." (s. XV), acaso por asociación espiritual a la circunstancia física. Después bajaría a arreglarse o a trabajar un rato en su cuarto. El día que tocaba correo, leería los diarios que llegaban de la isla vecina ("El Tribuno", "El Diario de Las Palmas", etc.) con las noticias de lo que ocurría por el mundo, sobre todo, las que más le interesaban, las de Madrid. He aquí cómo describe—desde París—añorando estas horas de lenta meditación de las novedades que venían de la patria lejana: "Cuando allí, en la isla, me llegaban las noticias de la metrópoli, con ocho, con diez, alguna vez hasta con quince días de retraso, mi estómago mental estaba ya preparado para recibirlas y digerirlas. Y luego la larga rumia de ellas. Por lo cual aquí, en París, me entero acaso de más sucesos, pero allí, en la Isla, me enteraba de los hechos." (Para Unamuno el suceso es lo que pasa, mientras que el hecho es lo que queda; y en esto, según él, no le supera París a Fuerteventura, "en riqueza de hechos permanentes")⁴¹.

La correspondencia que debió recibir Unamuno, en la Isla, fué,

⁴⁰ Vid. "Este nuestro clima", art. de *En el destierro*, op. cit., pág. 21.

⁴¹ Vid. "De Fuerteventura a París", art. de id., pág. 56.

sin duda, muy copiosa, y ya sabemos cómo le gustaba contestar, él mismo, a la mayoría de las cartas que le enviaban de los más diferentes puntos de Europa y América. Desgraciadamente no tenemos a mano, aquí, el rico archivo epistolar de don Miguel (que por otra parte está elaborando y recogiendo pacientemente el doctor García Blanco), donde podríamos encontrar tanto las impresiones del desterrado como el reflejo e influencia del hecho del destierro y los comentarios que suscitó en todo el mundo. Conocemos, sin embargo, las ya citadas cartas de Unamuno dirigidas a don Ramón Castañeyra, que tan ricos testimonios nos dan de su estancia en la isla fuerteventurosa, y algunos fragmentos de cartas dirigidas a él, donde se nota una notable influencia de su temperamento en el corresponsal, como la que le dirige, después de su partida, el ya conocido Mr. Fritch.

Honda nostalgia sentirá don Miguel cuando, ya lejos de la Isla, pensaba siempre volver a ella. He aquí cómo se dirige a su amigo Castañeyra cuando atravesaba una honda desgana espiritual en París: "Cuándo pasado todo esto vuelva yo a ésa—porque le repito que volveré—, ¡qué de cosas les podré contar a la vista de esa mar admirable a la que tanto debo!" Y a continuación: "¡Fuerteventura! ¡Mi Fuerteventura! ¡Cuánto he hablado de ella con mi querido M. Fritch! Que también volverá a ésa, se lo aseguro..." (Carta del 29-XII-24).

Después de atender su correspondencia suponemos que saldría a dar un paseo hasta la hora del almuerzo, que debía ser la del medio día. Por cierto que a todos llamaba la atención lo sobrio de su comida, sin ninguna clase de bebidas, sin café ni cigarrillos de sobremesa. En cuanto a su indumentaria, José Naranjo nos cuenta que impuso el sin-sombrerismo entre la juventud majorera. "Todos nosotros—dice—, al verle siempre destocado, con el pelo entero y el aspecto saludable, resistiendo a pie firme, sobre la cabeza, el rigor de los rayos solares, nos avergonzamos un poco pensando en su edad, ya avanzada. Entonces decidimos no usar sombrero... Por lo visto, las insolaciones no podían con él." También recuerda, el mismo testigo, que Unamuno "usaba unas alpargatas del país, con base de esparto. Las encontraba más cómodas y frescas. En cuanto al resto del atuendo, era todo un gran caballero. Pulcro, limpio,

de manos finas y blancas, y de cuidada barba, que contrastaba con el color de la piel, parecida a la de un indio comanche (sic). Tampoco usaba corbata”⁴².

Después de la comida charlaría un rato con su compañero de exilio, don Rodrigo Soriano, que alguien ha llamado su sancho-pancesco amigo. Y es que D. Quijote en Fuerteventura necesitaba su escudero, que, como ya vimos, cambiaron sus cabalgaduras por el descarnado camello, símbolo de la Isla acamellada; así como “Rocinante” lo fué de la España hambrienta y enflaquecida que ya no estaba para conquistas. Por las cartas a Castañeyra vemos que, una vez terminado el confinamiento de Fuerteventura, ambos amigos riñeron hasta el punto que don Miguel no quiso saber nada de él. Sólo ya, en la época de la República, lo considera, por su labor españolista en Chile, redimido de sus antiguas ingratitudes y errores fuerteventurosos. “Aleccionado—y escarmentado—dice—por la vida, ha sabido conducirse con gran tacto y discreción. Me alegro ¡claro está!... Hayan sido cuales fueran sus faltas, merece ya unos últimos años de sosiego. Por mi parte, quiero olvidar cuanto nos distanció” (Carta, 22-IV-36).

Tras la charla dormiría la apacible siesta cuando en Puerto de Cabras todo sería sueño: sueño en las calles desiertas, sueño en las blancas casas, sueño en los malecones del puerto y sueño en la mar bajo el sol, que bosteza en el cielo eternamente inmóvil.

Horas de lectura y meditación.—Unamuno nos confiesa, en diversos lugares: “No me traje conmigo a este confinamiento de Fuerteventura más que tres libros que caben en un mediano bolsillo: un ejemplar del *Nuevo Testamento* en su original griego, edición Nestle, de Stuttgart, en papel como tela de cebolla, y dos ediciones microscópicas, vademecum, de la *Divina Comedia* y de las *Poesías* de Leopardi, hechas por Barbera, en Florencia”⁴³. Libros que, por otra parte, leyó y releyó constantemente, no sólo en Fuerteventura, sino durante toda su vida. Pero acaso fuera aquí donde digiriera, con más calma y reposo, algunos de sus más famosos pasajes, como se refleja en varios artículos y poemas escritos en

⁴² Vid. V. Borges, art. cit.

⁴³ Vid. “La Aulaga mayorera”, art. de *En el destierro*, op. cit., pág. 31.

el destierro. Ya hemos tenido ocasión de comentar algunas de esas citas y aún veremos, más adelante, otros comentarios relacionados con su circunstancia o con los temas de la Isla.

Si era el *Nuevo Testamento* y lo abría por los "Hechos de los Apóstoles", y el pasaje que leía le evocaba algo en relación con su acaecer íntimo y personal, entonces es posible que surgiera la idea generatriz de un nuevo ensayo o un nuevo soneto. Tomaba la pluma y remitía al lector al libro sagrado diciendo: "Tampoco quiero exponer lo que el libro de los "Hechos de los Apóstoles" cuenta en ese pasaje para que los lectores tengan que acudir a él." Así en el soneto XVII, se supone conocido el cap. 28, vers. 20 de los "Hechos", donde se relata cómo San Pablo, por acusaciones de sus propios hermanos, "sin haber hecho nada contra el pueblo, ni contra las tradiciones de nuestros padres", es entregado a manos de los gentiles, y después conducido a Roma, y concluye diciendo: "Por este motivo, pues, he procurado veros y hablaros, para que sepáis que por la esperanza de Israel me veo atado con esta cadena." Del mismo modo Unamuno, defendiendo el "evangelio de mi Señor Don Quijote", se siente acusado por el pueblo que "sigue lamiendo el mango de su azote":

... Y pues que en él no hay de tu seso un brote,
me vuelvo a los gentiles y les hablo
tus hazañas, haciendo de San Pablo
de tu fe, ya que así me toca en lote.

(s. XVII, vrs. 5-8.)

Y empeñado en una noble lucha, haciendo, como dice, de apóstol de la nueva fe, se lanza a su cruzada quijotesca, por la cual padece ahora cárcel y destierro. Mas confía en que, al fin, ha de salir victorioso en la misión que Dios le ha encomendado:

... He de salvar el alma de mi España,
empeñada en hundirse en el abismo
con su barca, pues toma por cucaña
lo que es maste, y llevando tu bautismo
de burlas de pasión a gente extraña
forjaré universal el quijotismo.

(Idem, vrs. 9-14.)

Releyendo al Dante y con la pluma en la mano le sorprendemos —por su propio testimonio— en un momento de inspiración: “Ahora mismo, mientras estoy escribiendo esto, con el librito de la *Divina Comedia* a la mano y el Libro (*El Quijote*) en el corazón, la mar me está cantando la eterna cantinela...”⁴⁴, el rumor eterno de las olas que llegan suavemente, como invitando al sueño, hasta su cuarto de pensión de exilado.

Naturalmente, éstas no eran sus únicas lecturas. Por lógica curiosidad se interesó por obras más o menos científicas sobre Canarias, como nos dice: “En esas horas lentas y preñadas en mi confinamiento, en mi aislamiento en esta venturosa Fuerteventura, me doy a ratos a leer libros que me han procurado y en los que se habla de casos y cosas de estas Islas Canarias.” Y añade, sin especificar cuáles: “Los mejores, ingleses”⁴⁵. En otro lugar habla del ornitólogo David A. Bannerman, “cuya obra sobre las Islas Canarias tengo a la vista”, mientras escribía su artículo “A pesca de metáforas”⁴⁶. Cita también el *Timeo* y *Critias*, donde Platón relata la historia de la fabulosa Atlántida, y la voluminosa obra del doctor don Gregorio Chil y Naranjo titulada *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias*, de la cual habla irónicamente, pero de la que sacó material para dos de sus artículos: “Los reinos de Fuerteventura” y “La sepultura de Mahan”, donde relata los pormenores sobre este extraño sepulcro, en cuya existencia creía el “ingenuo doctor”. Otro libro que debió orientar a don Miguel en el conocimiento de las Islas es la excelente obra de don José de Viera y Clavijo *Noticias de la Historia general de las Islas Canarias* (ed. 1859), que sirve de fuente a su artículo sobre “Don Pedro Fernández de Saavedra, primer señor de Fuerteventura”.

Además, Unamuno recibía “libros enviados por sus autores, desde todos los puntos del extranjero y de nuestra patria. La dedicatoria de cada uno, con ligeras variantes, decían casi lo mismo: “A mi querido maestro”...”. Alguna vez los hojeaba y “ponía unas anotaciones, precedidas de una cifra, en la última página de cada

⁴⁴ Vid. “La risa quijotesca”, art. de *En el destierro*, pág. 49.

⁴⁵ Vid. “La Atlántida”, art. de *En el destierro*, pág. 34.

⁴⁶ Vid. ídem, pág. 43 y ss.

libro... Casi siempre señalaba los defectos gramaticales”, según nos dice José Naranjo en sus preciosas declaraciones. A este repertorio de lecturas habría que añadir los libros prestados, procedentes de las escasas bibliotecas de la Isla, como la de don Ramón Castañeyra. En ella encontró un día las cinco series de los *Episodios Nacionales* de Galdós y muchas de sus famosas *Novelas contemporáneas*. Efectivamente, en una de las cartas que dirigió a su amigo dice: “nunca podré olvidar que fué ahí, y gracias a usted y su librería, como releí a Galdós y aprendí a conocerlo. Pues le debo declarar que aun cuando yo conocí y traté a don Benito, mi verdadero conocimiento de su obra data de mi estancia en esa. En la quietud y en el sosiego de esa isla es donde pude darme cuenta de todo el enorme trabajo de aquel hombre recogido. Mi Galdós de hoy es el que aprendí a conocer ahí... Así que los héroes—cómicos y trágicos—de don Benito vienen en mi memoria trabados con el sol desnudo de Fuerteventura” (Carta, 12-IV-32). Con lo que tenemos un interesantísimo testimonio de cómo un hombre de la generación del 98, que rechazó el estilo de Galdós, se adelanta a la revalorización de la gran obra novelística del escritor canario. También en uno de sus sonetos le dedica un recuerdo cuando vuelve a leer, “después de más de cuarenta años, *Doña Perfecta*”, cuya lectura le devuelve a su edad juvenil:

Remonto entre tus páginas pajizas
el curso de mi vida, ya no escaso,
y en sueños bebo el agua de aquel vaso
que se rompió en mi mocedad...

(s. XXXIX, vrs. 1-4.)

Es decir, bebe, como sus compañeros de generación (Ganivet, Azorín, Maeztu), sus primeros barruntos liberales, pero también el gran amor a España de don Benito, como Unamuno confiesa finalmente:

... Días en que ignorante de tus males
nací, España, a la historia oyendo el grito
de mi Bilbao, que en las marinas sales
de su ría recibe el don bendito
de la mar libre, días liberales
que me llenó de ensueños Don Benito.

(Idem, vrs. 9-14.)

Muy revelador para conocer el carácter de Unamuno es la noticia que nos da Naranjo al recordar que vió "varias veces en la mesa de noche de su alcoba" un ejemplar de su obra *Recuerdos de niñez y mocedad*. ¿Estaría allí casualmente, o realmente se complacía en releer, al acostarse, algunos párrafos de su propia obra? Nos parece que, dada la predilección que tenía por este libro, al cual consideraba injustamente preterido por el público y la crítica, y conociendo las constantes evocaciones de la niñez, no es raro pensar que buscara, de vez en cuando, consuelo a sus angustias entre sus páginas. En uno de los sonetos del destierro, abrumado por la soledad y las eternas interrogaciones, encuentra paz y sosiego en los recuerdos de la infancia, pues "sólo la niñez tierna guarda aplomo" (s. XCVI). En busca de este aplomo, que le era necesario para guardar la dignidad de hombre en aquellas circunstancias, iría a releerse y a recrearse, buscándose a sí mismo, en sus *Recuerdos de niñez y mocedad*. ¡Qué ternura emocionada hay en este hombre, casi anciano, que vuelve conscientemente a la infancia para recobrar en ella la hombría! Con sus propias palabras diríamos que quería acunarse, desnacerse, dormirse en el seno materno en busca de las raíces primitivas de su ser.

Las horas vacías.—Mas todos los días el desterrado no estaría en condiciones de escribir o leer, y comentar lo meditado o lo leído. Estas serían acaso las horas vacías de la tarde, las horas en que le iría ganando un tremendo sentimiento de tedio, de desgana por las cosas todas. Sentimiento que, a veces, se convertía en nostalgia del hogar lejano, o en una congoja, que viniendo del corazón, le llenaría poco a poco el alma de una angustia indefinible y cruel.

Generalmente estos sentimientos le apresan después de recibir cartas o fotografías de su familia, que espera anhelante en Salamanca el término de su exilio. Por eso, frente al retrato de su esposa exclama:

... Siento de la misión la pesadumbre,
grave carga deber decir: "¡Acuso!",
y en esta lucha contra el mal intruso
eres tú, Concha mía, mi costumbre...

(s. XXVI, vrs. 5-8.)

En el oscuro cuarto de la pensión, donde a veces se encerraba para meditar sin ser visto de nadie, evocaba dulcemente los

Tranquilos ecos del hogar lejano,
grises recuerdos del fugaz sosiego,
suaves rescoldos de apacible fuego:
cansada, ante ellos, tiéblame la mano...

(s. XXVII, vrs. 1-4.)

El interroga, angustiado y nostálgico, al cielo por el día en que ha de regresar al apacible seno de su vieja casa de la amada Salamanca:

... Y ¿cuándo harás, Señor, compadecido,
que en el silencio vivo de mi casa
me dé en sus brazos al más santo olvido?

(Idem, vrs. 12-14.)

Para calmar el tedio y la morriña, y esta desgana de la vida, aparte de las horas de lectura y las tertulias interminables, don Miguel encontró dos entretenimientos solitarios. Uno era el ya viejo hábito de hacer pajaritas de papel. Extenso testimonio contemporáneo de este inofensivo entretenimiento nos lo da el citado artículo de "El Tribuno":

"Mientras Rodrigo se dedica a la caza o la pesca, o se baña en el mar, en que todos los días hace ejercicios de natación durante una hora, don Miguel se consagra al culto de la "cocotología", la ciencia exacta de la pajarita de papel. Las frágiles pajaritas de Unamuno han invadido la Isla; ellas han de ser en lo sucesivo los verdaderos canarios..." (Con lo que alude el articulista a los famosos pájaros de Canarias.) "Todos, todos los rapaces de Puerto de Cabras conservan y quieren a estas pajaritas de Unamuno..."⁴⁷. Había llegado a una rara perfección en este arte menor, como atestigua José Naranjo que dice haberle visto "... en su habitación confeccionando animales de papel, por medio de sabrosos e ingeniosos dobleces. De aquellas manos salían los leones, los elefantes, los camellos y todo un jardín zoológico, como por arte de magia". Como

⁴⁷ Vid. art. cit. de "El Tribuno", de Las Palmas.

prueba de que esto le entretenía, añade: "Así pasaba horas y horas encerrado en su habitación. Llegó a llenar una mesa con aquellas caricaturas del reino animal. A mi hermano le dedicó un camello que, por mucho que lo intentemos, nunca saldrá tan perfecto como aquella graciosa obrita del arte de los dobleces"⁴⁸.

Del otro entretenimiento nos proporciona don Miguel su testimonio: "Mi amigo Flitch, que conocía mi afición a matar tiempo perdido y a adormecer la imaginación sobreexcitada haciendo solitarios con la baraja—juego de paciencia, que dicen aquí—, me ofreció una baraja francesa para que lo hiciese." Podemos, pues, imaginarnos a nuestro escritor, bien sentado ante una mesa cualquiera, rumiando a solas sus tristezas, dedicado al azar de los naipes caprichosos, que terminaron por inspirarle uno de sus sonetos, donde se revela el sentido piadoso y consolador que tenía para él ese juego. Y obsérvese cómo encuentra, en la trivialidad de éste, un sentido trascendente, donde se barajan las olas del mar y el destino histórico como símbolos fundamentales de la imagen poética:

¡Solitarios sin fin a la baraja!
 Al viento del azar, blando tirano
 como las olas de la mar, mi mano
 tiende los naipes. Este que no encaja
 y el otro que del juego se desgaja...
 Y van las horas, mas no van en vano;
 que ese azar, de la historia soberano,
 así, piadoso, mis pesares maja...
 (s. XXXVIII, vrs. 1-8.)

Horas de nostalgia frente al mar. — Mas cuando, hastiado de todo, no hallaba lenitivo a sus pesares o a sus pensamientos atormentados, huía del hotel, amasando acaso una bolita de pan entre los dedos, a pasearse por las afueras de la población. Estas caminatas terminaban, casi siempre, frente al mar, en busca de sosiego en el eterno ir y venir de las olas; sosiego a su ansiedad que a veces le inspiraron algunos poemas, que reflejan admirablemente su estado de ánimo. Siempre se acordará con deleite de esos ratos de

⁴⁸ Vid. art. cit. V. Borges en "El Día", de Tenerife.

paseo y meditación, como se lo dice a Castañeyra, pues desea volver “al lado de esa mar, junto a aquel peñasco a que solía ir a soñar” (Carta, 29-XII-24).

He aquí uno de los sonetos que sintetizan, mejor que ninguna descripción, esas horas de nostalgia frente al infinito mar, escrito, según dice en los comentarios de su diario poético, “después de varios días de acudir en vano, por la noche, de diez y media a doce, a la costa, a ver si llegaba señal del barco francés que había de sacarme del confinamiento:

Ya sé lo que es el porvenir: la espera
tupida de ansias, devorar las horas
sin paladearlas, confundir auroras
con ocasos, sentir la senda huera.

Matar el tiempo de cualquier manera
forzando al sueño con abrumadoras
pesadillas de hiel y en las sonoras
oraciones oír rumor de quera.

Siempre aguardando la suprema cita,
la de la libertad, santa palabra,
pero no más; soñar en la garita
mientras el tedio en nuestro pecho labra
y cuando al fin el fin se precipita
se abre del mar de la oquedad el abra.

(s. XXI.)

Pero, poco a poco, el mar mismo va adentrándose en su alma—como ya estudiaremos en los próximos capítulos—; y es que la presencia del continuo vaivén de las olas le habla de sentimientos de perennidad, lo que le irá proporcionando motivos de meditación y de inspiración poéticas. Así, por ejemplo, le vemos hacer juegos metafóricos entre los sonetos y las olas o entre los sonetos y las generaciones, que pasan sin cesar:

Cuando el cansancio de esperar me abruma
y me vuelvo al afán de cada día
contemplo ansioso vuestra teoría,
sonetos de la mar, olas de espuma...

(s. XXXI, vrs. 1-4.)

Otras veces las olas de la mar le sirven de confidentes, en su soledad, y establece con ellas un diálogo lleno de nostalgias de la lejana tierra vasca. He aquí cómo las interroga acongojado:

¿Cuál de vosotras, olas de consuelo
que rodando venís desde la raya
celestial y surcando con la laya
espumosa a la mar el leve suelo;
cuál de vosotras que aviváis mi anhelo
viene del fiero golfo de Vizcaya?
¿Cuál de vosotras con su lengua ensaya
cantos que fueron mi primer desvelo?...
(s. XL, vrs. 1-8.)

Y si en este soneto predomina un sentimiento de lírica saudade, nostálgica del rincón de la tierra natal donde transcurrió su infancia, en el siguiente aparece una contestación a sus preguntas, que dan origen a nuevas interrogaciones, ya no dirigidas a las olas, sino a Dios mismo. La meditación frente al mar gira ahora en torno del porvenir de la patria y de su pueblo, y el poeta vibra lleno de angustia por el momento presente:

"Del fiero golfo de Vizcaya llego",
me canta una ola y a mis pies parece
y con su canto de agonía mece,
Dios mío, esta zozobra en que me anego.
Dime, Señor de España, te lo ruego
por la mar de mi tierra, ¿es que merece
tanto baldón que así la entenebrece
y que a su corazón ha puesto ciego?...
(s. XLI, vrs. 1-8.)

Otro día, desde las riberas de Playa Blanca, cerca de Puerto de Cabras, vuelve a surgir el señuelo de la tierra vasca unido a las olas que vienen a morir a sus pies:

Olas gigantes de la mar bravía
que canta el sueño férreo de Vizcaya,
cunada en el sosiego de esta playa,
os sueña con morriña el alma mía...
(s. XLIX, vrs. 1-4.)

Cosa que le lleva e evocar—por lógica asociación—una de las más grandes hazañas de un navegante de la patria: “Ciñó a la tierra por la mar Elcano.” Otras veces la soledad, la tristeza, el paso monótono de las horas bastan para impregnar sus versos de una profunda y fina melancolía: he aquí cómo expresa el tedio y la tristeza de un día perdido, encerrándolo entre la última estrella de la noche que se “derrite en la luz” cuando “Te da en la frente el sol de la mañana” y

... de la que nace cuando la campana
tocando a la oración doliente sella
la fatiga de un día más, la mella
que sume al alma en la mortal desgana...
(s. LV, vrs. 5-8.)

Pero la mar termina por oír la súplica anhelante del desterrado, y la constante visión de las olas apaciguan sus ansias de retorno, le dan ejemplo de paciencia y de humildad, y le procuran sosiego a su corazón arrebatado por la pasión, como él les rogaba sin pretender penetrar en el insondable misterio de las aguas:

... Olas que sois ensueños del Oceano,
y en cuya vista mi morriña anego;
lavad meciendo mi pasión, os ruego,
mas sin abrirme el misterioso arcano...
(s. XXVII, vrs. 5-8.)

Y sin duda lo consiguió, porque, más tarde, en el tráfago de aquel París, donde comprendió al fin todo lo que la isla de Fuerteventura había sido y sería, de allí en adelante, para él, nos dice recordando aquellos paseos: “¡Oh, aquellas noches plácidas, junto a la mar compasiva y consoladora, viendo rielar la luna sobre las olas brillantes!... La mar eterna, la que adormece nuestros ensueños”⁴⁹.

Los comentarios del Diario poético.

En los cuatro meses de estancia en Fuerteventura no fueron muchos los acontecimientos que conmovieron hondamente a don

⁴⁹ Vid. art. “De Fuerteventura a París”, de op. cit. *En el destierro*.

Miguel, aunque él vivía, conmovido y apasionado, la historia del momento, y lo que llamaba su aventura quijotesca y fuerteventurosa.

Ya hemos apuntado que para conocer lo que aconteció verdadera y profundamente en el alma de Unamuno en este destierro isleño sería acaso bastante hacer un estudio detallado y profundo de ese diario íntimo y apasionado que forma el discordante libro "De Fuerteventura a París". Mas, en vez de hacer este examen siguiendo el mismo orden de la aventura, hemos preferido hacerlo por etapas y por temas, porque así tendremos una visión más amplia, que abarca su sentido artístico y biográfico. No obstante, daremos ahora un breve esquema de la relación que existe entre vida y obra—siguiendo poemas y comentarios—en cuanto se refiere al acaecer exterior e interior, tan estrechamente unidos en nuestro autor.

Hemos de pensar que hacia el 20 de abril (1924), cuando llevaba unos cuarenta días en el destierro, empezó a preocuparse Unamuno por los temas de la Isla y a escribir sus artículos y composiciones poéticas, pues ya el 23 de este mes publica en "El Tribuno", de Las Palmas, *La sepultura de Mahan*, que lleva por epígrafe "La última aventura de D. Quijote". Después, de una manera ininterrumpida, siguen las colaboraciones en el "Nuevo Mundo", que comienza con *Los Reinos de Fuerteventura* (2-V-24), en "Caras y Caretas" con *El camello y el ojo de la aguja* (29-V-24), etc. Pero el primer soneto en que aparece el tema de Fuerteventura sólo lo compone el 11 de mayo, aunque hay aún en él contaminaciones políticas. El poeta intuye certeramente que desde ahora ha de brotar de la Isla una rica vena para enriquecer el alma permanente de su "España celestial y pura":

... Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza,
Dios te guarde por siempre de la hartura,
pues del limpio caudal de tu pobreza
para su España celestial y pura
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

(s. VIII, vrs. 9-14.)

Comentando este soneto, el autor, consciente de que al fin ha logrado distraer su pasión política y librarse de la inercia de un rencor estéril, dice: "Ya con este soneto entré en otro campo. Fuerteventura es una isla hoy pobre, muy pobre, que puede enriquecerse si logra alumbrar agua; pero rica, riquísima en la nobleza de sus habitantes, los majoreros..." Y al final anuncia el propósito de dedicar toda una obra a este tema: "Mas de ella he de escribir largamente en otro libro."

Después sigue todo un proceso donde aparecen alternadamente: las preocupaciones políticas y patrióticas, los recuerdos de la tierra natal y del hogar, sus esperanzas de liberación y sus sueños, etc., motivos que van tejiendo los días y dando temas a sus artículos y sonetos. Al mismo tiempo que sus efemérides, como al cumplir los sesenta, dice:

Voy ya, Señor, a los sesenta, historia
larga mi vida de tenaz empeño...
(s. X, vrs. 1-2.)

o, como la del bombardeo de Bilbao por los carlistas—en tantos lugares repetido—, a cuyo recuerdo dedica el soneto XI, recuerda las efemérides nacionales, como la muerte de Riego:

Un siglo ya que al turbulento Riego
hizo ahorcar el abyecto rey Fernando...
(s. XII, vrs. 1-2.)

Otro día, lleno de entusiasmo por el sol puro de la Isla, escribe un soneto "mientras enteramente desnudo tomaba baños de sol en la azotea del Hotel Fuerteventura". Acordándose de la parábola evangélica de los talentos (Mat. XXV-14-30), pretende dar una lección de moral con su ejemplo, pues él no guarda sus bienes éticos avaramente, sino que los emplea para protestar contra la injusticia:

... El me enseñó a cantar con mi voz ruda
lo que otros callan y al perverso enjuicia;
y me enseñó a escapar de la avaricia
de dones del Espíritu; El me escuda...
(s. XV, vrs. 5-8.)

Ya desde mediados del mes de mayo don Miguel debió recibir noticias de que había salido de Marsella el director del diario "Le Quotidien", M. H. Dumay, en un barco de recreo, para venir a preparar un plan de evasión, pues el día 22 de este mes escribe un emocionado soneto (que hemos reproducido más arriba), al que añade un comentario aclarador, pues dice que lo escribe "después de varios días de acudir en vano... a la costa, a ver si llegaba señal del barco francés". Y después añade, un poco ingenuamente, tratando de dar mayor fuerza dramática a su aventura: "La historia de aquella larga y emocionante espera, que duró más de dos meses, he de contarla algún día."

Mas pasan los días de este apacible mes de mayo, y mientras tanto Unamuno ha ido conociendo la Isla y sus habitantes, ha ido echando raíces que le atarán a su recuerdo para siempre. Sobre todo su espíritu se ha enriquecido, se ha adensado, en esta tierra reseca por el sol y bañada de un mar infinito. Los sonetos surgen casi a diario, y asisten a sus primeras lecturas su amigo el fuerteventuroso don Ramón y el inglés "amigo del alma J. E. Crawford Flitch", a quien le leyó el soneto XXXV, donde hay una simbólica comparación de la "raya celeste de la mar serena" con el derecho, a lo que contestó el inglés "señalándole al cielo, en que por un resquicio de nubes se colaba una raza de lumbre del sol poniente: Y el rayo del sol".

Otro día, el 13 de junio, nos habla de la partida de su amigo: "se nos fué, conmovidísimo, y con lágrimas en los ojos, Mr. Flitch. Comimos con él, a bordo del "Tordera", cuyo capitán era un vasco, un bermeano". Mientras, su acaecer intelectual seguía con sus eternas preocupaciones. Al recobrar la vena lírica y al dedicarse a la composición casi exclusiva de los sonetos, piensa en lo que llama sus "yos ex futuros", que son las personas "que pude haber sido y dejé de ser, las posibilidades que he ido dejando en el camino de mi vida", que poéticamente explica en un cuarteto:

... Vuelve el que pudo ser y que el destino
 sofocó en una cátedra en Castilla,
 me llega por la mar hasta la orilla
 trayendo nueva rueca y nuevo lino...

(s. LVI, vrs. 5-8.)

Que nos revela, como un sueño de juventud, su inclinación por la poesía, pues como dice: "Hacerme, al fin, el que soñé, poeta." Pero a fines de junio, justamente el día 25, esta "vena poética estaba seca o congelada". Han comenzado los febriles días que precedieron a la fuga.

Ya desde primeros de julio los días se suceden fatalmente vertiginosos, y los últimos acontecimientos los reseña el exilado sólo para recordarlos "cuando haga el relato objetivo de la cautividad y la liberación", como sigue prometiéndonos hasta el final: "El día 1 de julio supe que mi hijo mayor, con su mujer, habían llegado a Las Palmas, donde se vieron con los de "L'Aiglon" que venían a libertarnos, y esperaron allí el resultado, creyendo que nos evadiríamos a la isla de Madera y de allí a Lisboa para ir a Francia."

Después anota escuetamente: "El 2 llegó Delfina Molina Vedia de Bastiani, mi amigo argentino, con su hija, y se fué el 6." Tras esta fría noticia se oculta uno de los malos humores del confinado, pues recordando aún esa visita—acaso inoportuna, en aquel momento—todavía le guarda rencor en 1927, puesto que en su ensayo *Cómo se escribe una novela*, sin nombrarla dice de ella: "Y entonces, al final de mi confinamiento en la Isla, después que mi hijo mayor hubo venido, con su mujer, a juntárame, presentóseme una dama—a la que acompañaba, para guardarla acaso, su hija—que me había puesto casi fuera de mí con su persecución epistolar. Acaso quería darme a entender que llegaba a hacer conmigo lo que los míos, mi mujer y mis hijos, no habían hecho." Este exabrupto no puede explicarse sino por la tensión impuesta por las condiciones en que se encontraba nuestro hipersensible confinado.

Aquí interrumpimos nuestra crónica para concluirla en nuestro último capítulo, donde Unamuno se despide definitivamente de Canarias, aunque siempre pensó volver a ellas, como dijo en sus *Discursos* (1928): "Pienso volver todavía a aquellas tierras desoladas, donde me instalé tranquilamente." Y pasamos—en los próximos capítulos—a estudiar los elementos del paisaje y el mar de Fuerteventura, que dejaron honda huella en su obra y en su espíritu.

III.—CREACIÓN Y DESCUBRIMIENTO DE FUERTEVENTURA.

Introducción bibliográfica.

Intentaremos en este capítulo y los sucesivos reconstruir la visión unamunesca de Fuerteventura, lo que él llama la creación de la Isla quijotesca, su Insula Barataria. Creación que ha sido, sin duda, uno de los más bellos mitos de la historia literaria española contemporánea. Para nuestro estudio seguiremos un método ordenado: desde la expresión de la Isla, a través de su intimidad y de los temas, hasta la síntesis final del estilo y del paisaje elevados a la categoría de símbolos.

Afortunadamente—aunque no tengamos la obra definitiva que Unamuno nos prometiera sobre Fuerteventura—poseemos suficiente bibliografía—prosa y verso—para reconstruir los contornos de esta visión ideal y literaria. Ahora vamos a señalar las principales características de las fuentes de información que poseemos. La base de éstas es el libro—ya varias veces citado—, mezcla de palpitante trozo autobiográfico y de altísima poesía, titulado *De Fuerteventura a París*, publicado en la capital de Francia en 1925. Es, como dice Luis F. Vivanco, “un apasionado y apasionante diario de su vida pública y política durante los días agitados del destierro, primero en la isla de Fuerteventura, rodeado por la soledad del mar, después en París, rodeado por la soledad de la muchedumbre boulevardesa”⁵⁰. Por otra parte, tenemos una preciosa declaración del autor sobre los sonetos que componen este libro, al frente de su *Romancero del destierro* (1928), donde, hablando de la poesía pura y de la poesía inspirada en la actualidad pública e histórica, dice: “Tampoco todos aquellos sonetos son de circunstancias políticas, aunque todos ellos, hasta los que se podrían llamar religiosos, y aun místicos, están inspirados por la actualidad política de mi España.” Y para convencer a aquellos que piensan que aquí no hay poesía, añade: “La actualidad política es eternidad histórica y por lo tanto poesía. Y nada más actual que lo circunstancial cuando se siente en eternidad.”

⁵⁰ Vid. L. F. Vivanco: *Poesía de Unamuno*. Madrid.

Quizá *De Fuerteventura a París* es el libro de Unamuno menos concebido conforme a un plan determinado. A él se le puede aplicar, más que a otros, lo que dice J. Marías de sus obras en general: "Ni sistema, pues, ni aforismos, sino reiteración de momentos dispersos"⁵¹. Participa, por partes más o menos iguales, de la naturaleza de la obra de arte, del comentario de actualidad, de violenta diatriba satírica y de impresionista visión autobiográfica en relación con su circunstancia personal y el paisaje que le rodea. ¿Cómo clasificar a un libro tan fuera de toda preceptiva clásica? Pero es que cabe preguntarse también si los libros de Unamuno pueden encajar en los géneros literarios tradicionales. No es lugar éste para resolver tal cuestión, pero cualquiera puede observar que *La vida de D. Quijote y Sancho*, *Niebla* o el *Cristo de Velázquez* poseen, desde el punto de vista literario, un carácter híbrido que las hacen participar de lo específicamente poético, de lo dramático y del ensayo filosófico. Por otra parte, los géneros literarios eran también un asunto problemático para el propio autor. Por eso no debe extrañarnos—si en tiempos normales Unamuno producía obras inclasificables—que de la primera etapa de su destierro saliera ese libro desconcertante, lleno de altas cimas de intuición lírica y extraordinarios logros poéticos, y al mismo tiempo con profundos baches, donde un alma fustigada y herida se desata en prosaicos insultos y en retorcidas alusiones de la más vulgar coetaneidad, hoy, para nosotros, a treinta y cinco años de distancia, deleznable y anacrónica.

Los sonetos *De Fuerteventura a París* se hacen cada día, están fechados y fijados en el tiempo y en el espacio, circunscritos a un momento histórico determinado. Son historia ellos mismos, son historia hecha carne del espíritu, trozos de vida del propio sentir y pensar. Muchos se refieren a hechos, a sucesos de la época pasada y presente, y esto les da, rotundamente, un carácter histórico y autobiográfico. Sin duda pensaba, como dice J. Marías, que "sin la reflexión sobre los acontecimientos temporales, no hay historia", y ésta es esencialmente la trabazón que da unidad a este libro: "reflexiones sobre acontecimientos". Pero también de acaeci-

⁵¹ Vid. J. Marías: *Miguel de Unamuno*. Ed. Austral, núm. 991. Buenos Aires, 1950, pág. 16.

mientos interiores, que es también la historia particular—con categorías de prototipo—de un ser único que se llamó Miguel de Unamuno, y no en cualquier momento de su vida, sino en los primeros meses de su destierro. Pero también hemos dicho que estos poemas surgen en un lugar concreto geográfico y que se forman envueltos en una circunstancia y en un ambiente determinado. Esto hemos de tenerlo muy en cuenta, pues es lo que va a darles su carácter y su valor estético permanente. Es decir, lo que para nosotros tiene un valor literario y poético es precisamente la sublimación, la adivinación de un estilo y de un sentido propios, surgidos del ambiente y del paisaje de la Isla canaria a través del quijotesco espíritu del escritor exilado.

Mas no se crea, por todo lo dicho, que este libro, desconcertante a primera vista, se separa demasiado de sus otras producciones, sean en prosa o en verso. A su texto se puede aplicar lo que Marías ha dicho para su obra en general: “En Unamuno nada aparece como concluso y acabado, sino, a la inversa, como esencialmente fragmentario y problemático; y lejos de mostrar lo *dicho* en su aislamiento rotundo... hace hincapié en la fuente vital y apasionada de donde brotan sus palabras todas. La referencia a la preocupación personal es constante y explícita...” Y más abajo: “por otra parte, se descubre una profunda unidad en toda la obra... Una unidad que llega a ser—así lo dice él mismo—monotonía”⁵². Tanto como sus otras obras, el concepto, el fondo marca su predominio sobre la puramente formal, sobre lo estético, o, como dice J. Marías, “de lo que se trata siempre es de crear circunstancia espiritual o llevarnos” a la misma situación en que estuvo el poeta cuando lo escribió⁵³. Efectivamente, al leer estos sonetos nos dejan, al mismo tiempo que un amargor en el alma—acaso de la misma hiel con que muchos fueron escritos—, una angustia indefinible que se filtra en nuestro corazón reflejando la circunstancia especial en que fueron creados.

Es difícil, sin embargo, encontrar antecedentes, próximos o remotos, a esta obra, tanto en las de Unamuno como en las de los escritores españoles o extranjeros. Podrían citarse, acaso, como

⁵² Vid. op. cit., pág. 15.

⁵³ Vid. ídem, pág. 134.

antecedentes clásicos, las *Tristes* o las *Pónticas* de Ovidio; pero esto no deja de ser una mera coincidencia de situaciones. Ya hemos señalado cómo el Dante pudo influir en su actitud, directamente, por sus lecturas, pero acaso más en los artículos que en el verso, donde no hallamos nada en común, si no es su implacable actitud frente a sus ofensores. A veces—no como influencia directa—encontramos algunos antecedentes curiosos, como los *Regrets* (1558) de Joachim du Bellay, que es presentado, por su autor, como un “journal intime” escrito en sonetos. En esta obra—desarrollada también siguiendo una lógica íntima especial y bajo un clima moral semejante al de Unamuno—expone las tristezas y las nostalgias de su exilio voluntario en la corte de Roma, lamentándose de la mediocridad y prosaísmo de sus funciones, que poco a poco se convierten en una implacable sátira contra la sociedad romana, que viene a terminar también en París, relatando sus impresiones de viaje y más que nunca desencantado de sus ilusiones.

En su aspecto apasionado, de confesión íntima, podríamos pensar en el *Diario* de Amiel, más cercano, y donde se muestra un corazón al desnudo como en este diario de Unamuno: poético y prosaico, violento y nostálgico, insultando y orando, odiando y amando. Piénsese, por último, que todo esto se produce en unas circunstancias determinadas que le asemejan a todos los grandes hombres que han sabido expresar sus sentimientos de desterrados, no sólo de su patria, sino del mundo y de sí mismos—errantes en busca de un ideal que sólo puede tener un término en Dios—, desde Séneca a Ovidio, desde el Dante a Unamuno, que también se desata, como el gran florentino, contra sus enemigos, señalando sus faltas y caracterizándolos por alusiones de la más estricta coetaneidad, que necesitan de aclaraciones como las que, a veces, hace nuestro autor en sus comentarios.

Estas breves referencias a las fuentes intelectuales de este libro no tienen la pretensión de ser un estudio de los antecedentes, pues para ello habría que analizar detenidamente cada soneto y señalar los orígenes originales o literarios de cada uno de ellos. Lo cual sería muy sugestivo, pero esto nos llevaría fuera del terreno de este ensayo, pues plantearía el problema general de las fuentes literarias y naturales de la poesía de Unamuno. En conjunto se puede

decir que hay huellas de los místicos, de Quevedo, de Fray Luis, de Antero de Quental, de Guerra Junqueiro, de Alonso Quesada, etc.

Esta obra comprende un total de ciento tres sonetos—encadenados casi todos por una serie de comentarios en prosa—que, por orden cronológico, van desde poco antes de salir de Salamanca (día 25 ó 26 de febrero de 1924) hasta la redacción de los prólogos—cartas, una al frente de los escritos en Fuerteventura dirigida a don Ramón Castañeyra (8-I-25) y otra frente a los escritos en París dirigida a Jean Casou (10-I-25), aunque el último de los sonetos está fechado en la capital de Francia el 21 de diciembre de 1924.

Dentro del desorden intelectual y el tono apasionado en que están redactados estos sonetos y comentarios—como surgidos de una dolorosa e inmediata vivencia no carente, a veces, de violencia iconoclasta—, corresponden a un proceso espiritual y emocional evidente, que podemos dividir en tres etapas: I) Desde el soneto primero hasta el séptimo sólo encontramos al Unamuno como político, apasionado contra el Dictador y el Rey, tema que aquí no nos interesa, pero que reaparecerá casi constantemente a lo largo de toda la obra, contaminando algunos momentos de mayor lirismo. II) Desde el soneto octavo (11-V-24), del que él mismo dice: “entré en otro campo”, o sea en el tema de la Isla fuerteventurera, cuya creación y descubrimiento de estilo y paisaje invaden gradualmente al poeta, hasta el soneto sesenta y seis (fechado a bordo del “Zeelandia”, rumbo a Lisboa, 22-VII-24), ocupando unos cincuenta y nueve (de los que hay que descontar unos once que se refieren a acontecimientos históricos y políticos del momento), que comprenden también los sonetos que le dan carácter de diario íntimo, y que aparecen, como dice García Blanco, “entre ambos temas, como sopesándolos, como interfiriéndose con ellos, el biográfico, como casi una docena de sonetos que van revelándonos los estados sucesivos y contradictorios del ánimo del confinado: la esperanza, el desaliento, la vejez que le cerca...”⁵⁴. La III) y última etapa está marcada fuera de la Isla africana, y la componen los treinta y seis sonetos últimos, escritos en París entre el 10 de noviembre y el

⁵⁴ Vid. *Miguel de Unamuno y sus poesías*. Salamanca, 1954, pág. 287.

21 de diciembre de 1924, donde se nota una gradual disminución de energía y voluntad poéticas, pero en los que todavía surge fulgurante el recuerdo de Fuerteventura, a la que dedica unos cinco sonetos, contraponiéndola paradójicamente a la Ciudad de la luz, a cuyos temas le dedica igual número de sonetos. En el resto vuelve a su preocupación política y nacional y a sus meditaciones e impresiones relacionados con su propio acaecer personal.

El tema poético del confinamiento y de la Isla no se agotan en esta obra. El *Romancero del destierro*, publicado en Buenos Aires en 1928, y escrito en Hendaya en el año anterior, nos ofrece algunas muestras de la honda conmoción que produjo en el espíritu de don Miguel la Isla canaria y sus temas, sobre todo el mar, cuya visión quedó desde ahora grabada para siempre en su ser y en su obra; como podremos comprobar también en algunas composiciones del *Cancionero* o diario poético de Unamuno (escrito entre 1928 y 1936, desde el destierro hasta su muerte), editado en Buenos Aires en 1953 con prólogo de J. Montesinos; obra póstuma pues, donde aparecen recuerdos de la Isla ya lejana y perdida, y recordada, ya inmortal, para la poesía.

En prosa escribió Unamuno una serie de comentarios y artículos de actualidad histórica, o de eternidad paisajística, de los elementos isleños, siempre en torno a su experiencia íntima de circunstancias, lecturas o meditaciones personales. Muchos de ellos son, en realidad, formas prosaicas de los mismos temas de los sonetos y composiciones comentadas, según su costumbre de verter, en distintas formas, los mismos pensamientos y las mismas experiencias.

Estos artículos, escritos sin duda para atender la demanda de las revistas y periódicos que solicitaban su colaboración y sus declaraciones sobre la Isla y el destierro, no tienen, naturalmente, el valor lírico o autobiográfico que poseen sus composiciones poéticas, pero sí nos sirven para completar la visión y los temas que nos ocupan. Los que aquí nos interesan fueron publicados, en su mayoría, en el "Nuevo Mundo" de Madrid y en "Caras y Caretas" de Buenos Aires, apareciendo también alguno en la prensa de Las Palmas. Hoy se encuentran reunidos en algunas colecciones que enumeramos a continuación: La primera es la realizada por la

“Biblioteca Canaria” de Santa Cruz de Tenerife bajo el título de *Impresiones de Viaje. Fuerteventura, un oasis en el desierto (Crónicas de D. Miguel de Unamuno)* (s. a., hacia 1940-42). Otra es la titulada *Paisajes del alma* (1954), reunida por García Blanco, que, entre otros, recoge algunos artículos dedicados al paisaje de Fuerteventura, incluidos, más tarde, en el volumen I de las *Obras Completas* de Unamuno (ed. A. Aguado). Y, por último, el mismo García Blanco ha publicado un volumen donde están casi todos los artículos referentes al confinamiento, que lleva por título *En el destierro (Recuerdos y Esperanzas)* (1957), dividido en tres partes, que el recopilador denomina: 1) “Fuerteventura. Divagaciones de un confinado” (1924); 2) “Aspectos de París” (1924-1925), y 3) “Desde Hendaya” (1925-1927). Al primero, la parte más breve, corresponden nueve artículos dedicados a relatarnos las impresiones de la Isla, que es lo que nos interesa, aunque los demás también son útiles por los datos que nos dan sobre la peculiar actitud de Unamuno frente a su confinamiento, y no pocas notas y recuerdos de Fuerteventura, huellas de su experiencia en la Isla canaria.

Sin embargo, ninguna de estas colecciones y libros agotan todos los artículos dedicados a la Isla y al destierro, pues el volumen V de las *Obras Completas* recoge “La última aventura de D. Quijote”, publicada antes en “El Tribuno” de Las Palmas (23 y 24 de abril de 1924) y en la “Biblioteca Canaria” (s. a., de hacia 1940). A ello hay que añadir otros pasajes referentes al mismo tema que se encuentran en los ensayos *Cómo se hace una novela* (Buenos Aires, 1927), *Alrededor del estilo* (1924) y los artículos *Dos artículos y dos discursos (Recuerdos del destierro)* (Madrid, 1930).

Impresión y contorno de la Isla.

La primera visión, ya casi definitiva, que Unamuno tiene de la Isla es la de su áspera y descarnada estructura, que él califica, certeramente, de esquelética. Por eso desde los primeros versos, que brotan sinceros y caldeados aún por la pasión que le agobia el ánimo, como el soneto VIII (11-V-24), nos ofrece unos trazos completos:

¡Oh, fuerteventurosa isla africana,
sufrida y descarnada cual camello...

(vrs. 1-2.)

Esta visión de la Isla descarnada ha de ser un leiv-motiv de todo el tema de Fuerteventura, y en ello le veremos insistir una y otra vez, en verso y en prosa: "Tierra desnuda, esquelética, enjuta, toda ella huesos, tierra que retempla el ánimo"⁵⁵; o bien exclama, lleno de admiración por las cualidades de este paisaje, que lo siente fundido ya en su espíritu: "¡Estas soledades desnudas, esqueléticas, de esta descarnada isla de Fuerteventura! ¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed!"⁵⁶.

Pero la visión de la Isla en esqueleto tiene una explicación, que no tarda en descubrirnos el poeta en el soneto XVI (17-V-24), escrito, seis días más tarde que el anterior, contemplando una montaña de fuego, volcán ya apagado: "por la sed descarnada y tan desnuda" (vr. 2). Y es que el hambre y la sed han producido esta Isla esquelética y desamparada, a la que hay que añadir la tremenda y ascética pobreza, de la que, sin embargo, espera sacar riqueza perdurable para la patria lejana y grande. Por eso termina así el soneto comentado:

... Roca sedienta al sol, Fuerteventura,
tesoro de salud y de nobleza:
Dios te guarde por siempre de la hartura,
pues del limpio caudal de tu pobreza
para su España celestial y pura
te ha de sacar mi espíritu riqueza.

(s. VIII, vrs. 9-14.)

Insiste siempre en esta radical indigencia de la Isla, porque ella es, para Unamuno, categoría trascendente, evangélica. Por ello, describiendo la Isla canaria, basa paradójicamente, en esa cualidad, negativa aparentemente, su hermosura y su gran valor espiritual y moral. Así dice: "Desierto es esta solemne y querida tie-

⁵⁵ Vid. art. "La aulaga mayorera", de *En el destierro*, op. cit., pág. 31.

⁵⁶ Vid. art. "Leche de Tabaiba", idem pág. 27.

rra aislada de Fuerteventura, una de las islas llamadas antaño Afortunadas y que tiene la fortuna y la hermosura a la vez en su noble y robusta pobreza”⁵⁷. Y contemplando lo que él llama “paisaje evangélico”, porque en el mismo se funden en metáforas y palabras las enseñanzas de la Buena Nueva, exclama: “¡Ah! ¡Pobre Fuerteventura! ¡Qué lección la de tu noble y resignada pobreza!”⁵⁸.

Pero quizá sea el soneto XVI el que nos dé la visión más honda y sintética de este momento, pues en ella no sólo contemplamos a la Isla desde su esqueleto volcánico, sino formando unidad con los elementos mismos de la tierra y el mar, junto con sus productos típicos: la aulaga, el camello y el “gofio”:

Ruina de volcán esta montaña
por la sed descarnada y tan desnuda,
que la desolación contempla muda
de esta isla sufrida y ermitaña.

La mar piadosa con su espuma baña
las uñas de sus pies y la esquinuda
camella rumia allí la aulaga ruda,
con cuatro patas colosal araña.

Pellas de gofio, pan en esqueleto,
forma a estos hombres—lo demás conduto—
y en este suelo de escorial, escueto,
arraigado en las piedras, gris y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto
sin hojas, dando sólo flor y fruto.

Y en el comentario en prosa a este soneto, todavía más sintético y exacto, conocido hoy casi como un tópico literario de la Isla, dice: “La aulaga es un esqueleto de planta; la camella es casi esquelética, y Fuerteventura es casi un esqueleto de isla”⁵⁹. Obsérvese que en todas estas impresiones, y especialmente en este último poema, lo que llena los períodos sintácticos son los sinónimos de descarnada y esquelética: *ruina, esquinuda, escorial, escueto, enjuto,*

⁵⁷ Vid. nota 55.

⁵⁸ Vid. “Este nuestro clima”, art. de *En el destierro*, pág. 21.

⁵⁹ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 40.

etcétera. Ya en París, como se lee en el soneto LXVII, tiene, en el recuerdo, la misma visión de Fuerteventura, pues desde la lejanía

Te alzas enjuta sobre el cielo pardo...

(vr. 1.)

o bien

... Te alzas enjuta como flor de cardo...

(vr. 5.)

Y todavía veremos cómo, partiendo de la visión escueta, la Isla cobra un sentido trascendente, porque el esqueleto es el armazón fundamental del hombre y de las cosas, y por lo tanto símbolo de lo permanente y eterno, que nos da una íntima lección con el estilo supremo de su paisaje. Y así exclamará: “¡Y qué hermosura! ¡Sí, hermosura! Claro está que para el que sabe buscar el íntimo secreto de la forma, la esencia del estilo, en la línea desnuda del esqueleto...”⁶⁰. Unamuno, pues, supo descubrir la verdadera belleza de la Isla esquelética y darle una categoría estética entre los mitos de nuestra literatura; mas este tema lo dejamos para la síntesis final del descubrimiento del paisaje y su estilo.

Los elementos del paisaje fuerteventuroso.

Antes de decidarnos a dar una teoría del paisaje de la Isla, que naturalmente depende de la categoría que Unamuno le ha asignado dentro de su obra total, conviene analizar los elementos que integran ese paisaje. Según esto, podemos distinguir dos clases de elementos generales, que podríamos llamar: a) elementos externos o plásticos (como la visión de una montaña o de un camello), y b) los elementos internos o evocadores (como las nubes o las olas que se transforman en ideas-sentimientos). Es decir, que si los primeros corresponden al significado natural mismo, directo, aunque se eleven al plano de imagen metafórica o de símbolos, los segundos afectan al plano visionario, evocador de una realidad espiritual, lo cual es un verdadero estado de conciencia que ha emanado del paisaje.

⁶⁰ Vid. “Leche de Tabaiba”, art. de *En el destierro*, pág. 27.

De los elementos primeros podemos hacer una división, bien clara, que corresponde a los elementos naturales de cualquier paisaje: α) los elementos geofísicos; β) la flora y la fauna; γ) los pueblos, y δ) el mar. En este capítulo estudiaremos los tres primeros apartados, dejando para otro el mar, por la importancia que para Unamuno tiene este elemento en la concepción del paisaje exterior e interior de Fuerteventura, y de su obra en general.

a) Elementos geofísicos.

Unamuno, acostumbrado al páramo castellano, penetrado de su elemental visión, supo extraer de él esa esencial estética de lo desnudo y escueto, que concibe a la tierra madre en su más pura y esquemática sencillez. Por esto no es extraño que en la Isla canaria fije su atención, directamente, en la tierra; en sus dunas arenosas y onduladas, donde asoman, de vez en cuando, las rocas desnudas; o se fije en los secos pedregales calcinados, que anuncian el desierto; o también en las montañas que, desde lejos, semejan gibas gigantes de camellos...

Las rocas aparecen como uno de los elementos primordiales del paisaje, desde la primera impresión hasta la última evocación de la Isla fuerteventurosa. Ya hemos visto cómo desde el primer momento la llama:

Roca sedienta al sol, Fuerteventura...

(s. VIII, vr. 1.)

Y cuando llega a comprender plenamente la esencia del paisaje, el elemento real y físico que le sugiere su ya célebre visión metafórica del esqueleto de la Isla son sus rocas, dispersas por doquier, en pleno desierto o resistiendo, en las costas, eternamente a la mar de donde surgieron. Por eso dice: "¡Este esqueleto de tierra, entrañas rocosas que surgieron del fondo de la mar, ruinas de volcanes; esta rojiza osamenta atormentada de sed!"⁶¹. Y con el mismo apelativo la designa desde la soledad esperanzada de París:

⁶¹ Vid. nota anterior.

... Espero aún, ya que mi fe perdura
 fraguada allí sobre su *roca, roca*;
 el sol eterno con su luz la toca;
 de todo frágil barro la depura...

(s. LXXIII, vrs. 5-8.)

Y cuando también, por último, en Hendaya, ya desesperanzado, piensa que acaso su espera se haga definitiva, evoca a la Isla como un lecho de roca donde ha de reposar eternamente, coincidiendo con la declaración que hace en una carta a Castañeyra: "y mandarí­a que me enterrasen... al lado de esa mar, junto a aquel peñasco a que solía ir a soñar..." (Carta, 29-XII-24). Y en el poema:

Tape su polvo mi abatido pecho
 donde tu mar entró, Fuerteventura;
 con el de *roca* sempiterno lecho
 mi polvo se haga poso de la hondura...

(*Romancero del Destierro*, pág. 11.)

El campo, sembrado de rocas o piedras y restos remotos de lavas volcánicas, le ayuda a fijar la imagen esquelética y árida de la Isla, que a veces aparece ligada—como hemos visto en algún pasaje—a la ascética vida del isleño-majorero:

... arraigado en las *pedras*, gris y enjuto,
 como pasó el abuelo pasa el nieto,
 sin hojas, dando sólo flor y fruto.

(s. XVI, vrs. 12-14.)

Y por último, el elemento más visible de la geofísica isleña, la montaña, le sugiere a Unamuno varios pasajes y visiones. Ya hemos copiado, más arriba, uno de los sonetos más hermosos de la colección, donde nos presenta a la Isla toda como simbolizada en

Ruina de volcán esta *montaña*
 por la sed descarnada y tan desnuda,
 que la desolación contempla muda
 de esta isla sufrida y ermitaña...

(s. XVI, vrs. 1-4.)

Luego, ya en París, vuelven a surgir del recuerdo las montañas desnudas y volcánicas... Y una noche, que vuelve de un paseo por el Bosque de Bolonia, viendo surgir la Luna llena, roja y entre neblina, por el hueco que forma el Arco de la Estrella, se acuerda de las dunas del desierto isleño y elabora la imagen de un poema, producto de dos visiones superpuestas:

En neblina otoñal se anega el Arco
de la Estrella; semeja *enorme duna*
que se horadó para a la roja Luna
submarina del cielo hacer de marco...

(s. LXXVIII, vrs. 1-4.)

Y todavía le sugiere otro soneto, del que se cuida también de darnos puntualmente su génesis: "Lo de la duna me recordó a la Montaña Quemada, montón de cenizas de volcán que hay en Fuerteventura, cerca de La Oliva."

¡Oh, la trágica sed de la *Montaña*
Quemada bajo el sol que se reía!
Ni llorar su dolor ella podía;
cenizas de volcán visten su entraña...

(s. LXXIX, vrs. 1-4.)

β) *La flora y la fauna.*

Para completar las perspectivas de un paisaje hay que acudir, con frecuencia, a los seres animados que la Naturaleza nos ofrece con toda su directa plasticidad. Aunque son pocos los que nuestro escritor puede contemplar en el árido paisaje de Fuerteventura, éstos son muy característicos, y Unamuno los sabe captar con singular penetración y maestría.

La palmera.—Entre la flora fuerteventurosa se destaca naturalmente la palmera, la graciosa y alada palmera de los países desérticos y meridionales, que tantos poetas cantaron desde la más remota antigüedad. Primero la contempla el escritor como un elemento decorativo de un paisaje bíblico, o *evangélico más bien*, que

nos da una lección de noble y resignada pobreza, simbolizada en "aquel camello sacando agua de una noria al pie de una palmera"⁶². Pronto la noble planta le sugiere un poema donde vuelve a redescubrirla, a recrearla; un soneto todo metáfora viviente y orgánica, sin digresiones metafísicas, sin preocupaciones políticas o personales, un soneto que nos muestra un Unamuno puramente lírico, que, sin embargo, lleva el sello característico del autor:

Es una antorcha al aire esta palmera,
verde llama que busca al sol desnudo
para beberle sangre; en cada nudo
de su tronco cuajó una primavera.

Sin bretes ni eslabones, altanera
y erguida, pisa el yermo seco y rudo;
para la miel del cielo es un embudo
la copa de sus venas, sin madera.

No se retuerce ni se quiebra al suelo;
no hay sombra en su follaje, es luz cuajada
que en ofrenda de amor se alarga al cielo;

la sangre de un volcán que, enamorada
del padre Sol, se revistió de anhelo
y se ofrece, columna, a su morada.

(s. LX.)

En el primer cuarteto se fija el poeta en los elementos puramente externos, y ve a su objeto como una *antorcha al aire*, y por el color en *verde llama*. Luego construye las siguientes imágenes sobre unos datos científicos. El poeta sabe que gracias a la energía solar tomada por la clorofila (hemoglobina) se elabora la savia (sangre) que le da ser y vida a la planta. Otro conocimiento es que en cada primavera cuaja un nudo del árbol, por los que se puede contar su edad. En el segundo cuarteto pasa a la imagen tradicional que identifica a la palmera con un esbelto talle de mujer, aquí sobreentendida en *altanera* y *erguida*, que como una mujer andaluza *pisa el yermo seco y rudo*; para luego volver a una traslación formal en que se repite, de otro modo, la imagen del primer cuarteto, en que vemos otra vez bajar la vida del cielo infundida en la savia, sangre de sus venas.

⁶² Vid. art. "Este nuestro clima", de *En el destierro*, pág. 21.

En los tercetos se adelgazan más las imágenes y los conceptos: primero vemos transformado su follaje sin sombra en *luz cuajada que en ofrenda de amor se alarga al cielo*, donde las imágenes anteriores se evaporan en puro sentimiento apasionado, cuyo sentido, en el último terceto, surge directamente del clima desértico y volcánico de la Isla, pues el poeta adivina que aquí la sangre de la palmera no sólo está formada por el sol y el cielo, sino de la entraña de un volcán fuerteventuroso. Por último, es la tierra misma (henos ya ante un sentido casi místico), ardiente, personificada en volcán y en palmera que se eleva hacia el Sol-Dios para ofrecerse toda ella en columna del templo universal, cuya bóveda es el cielo. Pues Unamuno nos ha dicho, en otro lugar, que así como la naturaleza y los árboles pueden semejar templos o casas de una ciudad viviente, las ciudades se aparecen, a veces, también como bosques y naturaleza, como paisaje natural.

La aulaga.—Creemos que esta pequeña mata salvaje de la isla de Fuerteventura, a cuya clasificación botánica renuncia el propio Unamuno diciendo que “es llamada aquí aulaga, aliaga, argoma o tojo, que no es ni la retama ni la escoba”, es quizá la que en portugués llaman *alliaga* (del latín *ulex*), cuyo nombre científico sería la *genista triacanthus* de las leguminosas, o bien, como dice Sabin Berthelot⁶³, una variedad del *Teline canariensis*, la *genista canariensis* de Linneo, con lo que sería aún más certera la adivinación de Unamuno al comparar esta mata con la retama *dei deserti*, la *Ginestra* de Leopardi, como en seguida veremos.

Esta pobre mata nos da un ejemplo de la formidable concentración visionaria y simbolizadora que nuestro escritor vuelca, a veces, en el más insignificante objeto de la naturaleza. Sin embargo, la aulaga no le inspira ningún poema completo, como en el caso de la palmera; mas sí asoma su pobre y descarnada figura, alguna vez, entre algún soneto, como elemento de referencia para completar la visión del paisaje fuerteventuroso:

⁶³ Vid. Barker-Webb et Sabin Berthelot: *Histoire Naturelle des Iles Canariens*. Paris, MDCCCXL.

... La mar piadosa, con su espuma, baña
 las uñas de sus pies, y la esquinuda
 camella rumia allí la *aulaga ruda*...
 (s. XVI, vrs. 5-7.)

o bien es junto a Betancuria, donde contempla

... Desnuda la montaña en que el camello,
 buscando entre las piedras *flor de aulaga*,
 marca en el cielo su abatido cuello...
 (s. XLIV, vrs. 9-11.)

Pero es en un artículo en prosa donde encontramos toda una descriptiva y una estilística, y aún una estética y una metafísica, en torno a la sencilla y triste *aulaga fuerteventurosa*. Ya en su conocida definición de los elementos isleños, inserta en el comentario al soneto XVI, dice: "La *aulaga* es un esqueleto de planta...", con lo que se inicia el proceso que le llevará a convertirla en el símbolo mismo de la Isla.

Sin embargo, el punto de partida a sus meditaciones está en la asociación de la planta a un recuerdo literario ya muy lejano en él. Se trata de uno de los poemas de Leopardi, *La Ginestra*, del cual hizo Unamuno una traducción en 1899. De ellos nos da puntual noticia García Blanco⁶⁴. De esta "Retama" o "ginestra contenta dei deserti" ha de acordarse muchas veces: en sus cartas, antes de ver publicado el poema; en sus *Poesías* (1907), y después en sus artículos, ya evocando las "colinas recortadas" y "resquebrajadas de sed" que rodean a Alcalá de Henares, "donde sólo levantan cabeza el cardo rudo y la retama olorosa y desnuda" (1899); o bien ascendiendo hacia las Hurdes, cuando atraviesa "unas soledades henchidas de luz del cielo", donde vuelve a encontrar, entre la jara, el torbisco y el romero, la retama que cantó Leopardi (1914). Y por último, "cuando hubo de vivir en la isla canaria de Fuerteventura, paraje auténticamente desértico"—comenta García Blanco—, es el momento en que queda grabada, plástica y literariamente, la categoría de esa retama que ahora se ha transformado en

⁶⁴ Vid. op. cit. *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*, pág. 32 y ss.

la "aulaga mayorera". Este es el título del artículo donde quedan fijos sus perennes valores ⁶⁵.

Primero nos anuncia su descubrimiento: "Y en este solemné desierto, en esta soledad sahárica, he encontrado a la retama leopardina "contenta dei deserti"... La de Leopardi erguía sus enjutos tallos en la árida espalda del formidable monte exterminador Vesubio; ésta retuerce sus óseos nervios al pie de las ruinas de volcanes, en mayor desierto en que se extendió sobre los cadáveres de Pompeya y Herculano." Después nos hace una hermosa descripción que hoy podría servir para componer un cuadro expresionista o abstracto: "La aulaga mayorera... tiende su triste verdor pardo, su verdura gris, por entre los pedregales sedientos, y al pie, a las veces, de esos tristes tarajales... La aulaga no tiene hojas; la aulaga desdeña la hojarasca; la aulaga no es más que un esqueleto de planta espinosa [recordemos su comentario al soneto XVI]. Sus desnudos y delgados tallos, armados de espinas, no se adornan más que con unas florecillas amarillas."

Claro es que la aulaga no florece en vano. Tiene una misión que llenar. "La aulaga—según Unamuno—da flores para el camello. Para que el camello se las coma, por supuesto. Y así este sobrio animal se alimenta de flores." Mas nuestro escritor va mucho más lejos. La humilde aulaga llegará a ser síntesis y norma del verdadero estilo, y ello le servirá para exponer toda una teoría estética de la Isla fuerteventurosa dentro del paisaje de Canarias. Desde ahora sabemos que este elemento de la flora isleña es una categoría simbólica de la Isla misma, como el escritor nos manifiesta con toda claridad: "La aulaga es una expresión entrañada y entrañable; la aulaga dice, frente al cielo y a ras de la tierra, ceñidas de mar, la sed de vida, la sed de inmortalidad de las entrañas volcánicas de la Tierra."

Aceptado esto es ya fácil otorgarle, a la esquelética mata del desierto, también un sentido ético, al que van a parar casi siempre las meditaciones unamunianas, que lleva hasta sus últimas consecuencias. No tendría ningún valor la sedienta aulaga si además de representar el puro estilo no nos diera una lección moral de humildad. Cuenta Unamuno-Quijote que cuando "vino a esta isla de

⁶⁵ Vid. este art. en *En el destierro*, pág. 31 y ss.

Fuerteventura... se consolaba en sus inevitables decaimientos de ánimo, cuando le acometía la tentación monástica, contemplando las matas de aulaga". Y que se explica porque "con esta contemplación se limpiaba la hojarasca del alma". Es decir, la mata le sirvió de ejemplo de sencillez, de austeridad, barrendera de las escorias del espíritu. O, lo que es lo mismo, de cilicio material y espiritual a la vez, pues "la aulaga puede servirle al cartujo de cilicio"; pero la aulaga es sobre todo, además de un símbolo de la Isla ascética y esquelética, un cilicio espiritual que depuró de pasiones políticas y humanas el ansia de inmortalidad del desterrado.

La tabaiba.—Junto a la aulaga tenemos otra mata que sirve a Unamuno para completar la simbología vegetal de la Isla desértica y volcánica. Esta es la que da ese "otro verdor amarillento, pálido, el verdor de las tabaibas".

En el *Diccionario* de Viera y Clavijo está clasificada como la "euphorbia silvatica canariensis", arbusto del género de las euforbias de Linneo, destacando las características siguientes: "Críase abundante en nuestras Islas en casi todos los terrenos fronterizos al mar. La madera de su tronco es blanda, fungosa, con la corteza de pardo blanquecino. Arroja tallos ahorquillados... Hojas largas de 3 pulgadas, angostas, casi lineales... Toda esta planta está cargada de un jugo blanco, lechoso, glutinoso, acre, de olor desagradable. El uso más ordinario que se hace de este arbusto es el de quemar leña en los hornos. También con su leche se suelen cauterizar los empeines"⁶⁶.

Unamuno, sin haber leído este libro de Viera, nos hace una descripción tanto o más perfecta que la anterior, presentándola tan directamente, que parece un dibujo de trazos breves y elegantes. Dice: "La tabaiba remeda en pequeño—pues es una mata—al drago... Surgen sus tallos y se ramifican sin brotes ni hojas, y sólo en las extremidades, en las puntas de las últimas ramificaciones, una coronita de quince o veinte hojitas, sencillas, irradiando de un centro, y en medio la flor, una flor amarilla, y luego el fruto." Mas lo que llama la atención de Unamuno es su savia, que, en contraste

⁶⁶ Vid. J. Viera y Clavijo: *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, ed. Las Palmas, 1869, t. II, pág. 268.

con el "fuego rojo" de la sangre del drago (el legendario árbol de Canarias), es "un jugo blanco, lechoso, como el de la lechetrezná, un fuego pegajoso y cáustico", observado con tanta exactitud como el erudito arcediano de Fuerteventura. De este fuego cáustico saca Unamuno el sentido simbólico de la tabaiba; porque así como la aulaga representa la osamenta esquelética de la Isla, la nueva planta nos ofrece el "jugo de los huesos calcinados de la tierra volcánica que surgió del fondo de la mar"; o también, "la leche acre y cáustica de la tabaiba es tuétano de los huesos de esta tierra sedienta"⁶⁷.

Pero esto no basta. Como en el caso de la aulaga, la tabaiba es una mata sin hojarasca, escueta y con estilo, cuyo jugo, extraído de las entrañas sedientas de la Isla, es también depuración o purgante del espíritu. Por eso Unamuno afirma que "hay que alimentar el espíritu con leche de tabaiba", con lo que cobra a nuestros ojos un sentido ético de depuradora de las malas digestiones espirituales producidas por las bajas pasiones y por la tontería humana.

Otras plantas.—Unamuno se fija además en otros elementos de la flora fuerteventurosa, aunque sin aplicarle ningún sentido simbólico, sino como complementos a la decoración del paisaje. Así vemos diversas plantas comunes revistiendo, a trechos, como harapos que dejen descubiertas las desnudeces de los calveros, las tierras óseas y peladas. Este es el verdor que contempla, "esparcido acá y allá, de las higueras y tal cual gabia de alfalfa. O el verde pálido y triste del tarajal..."⁶⁸, al que llama también "especie de tamarindos, que ofrecen al sol y al aire su mezquino y lacio follaje", en lo que coincide con la descripción científica que hace nuestro puntual Viera: "Tarahal (*Tamarix* de Linneo). Nombre que se da vulgarmente en nuestras Canarias al taray de Castilla... Es un arbusto que se levanta en corto tiempo al alto de cuatro o cinco varas, y a veces más. Su corteza es tersa, y de un bello pardo rojizo en los gajos más nuevos de su copa, que igualmente son muy flexibles... Abundan en Canaria y en Fuerteventura, donde, por falta

⁶⁷ Vid. para estas citas el art. "Leche de Tabaiba", de *En el destierro*, página 27 y ss.

⁶⁸ Idem.

de otros árboles de montaña, hicieron mucho uso de él, no sólo los antiguos majorereros, sino también los primeros pobladores que vinieron de Europa. Todavía se oye en dos caletas de aquella Isla los nombres de Gran Tarahal, Tarahalejo y Morro de Tarahal de Sancho”⁶⁹.

Y en otro lugar vuelve a recordar: “¡Las higueras de Fuerteventura, aquellas higueras evangélicas, palestinianas, que sacan jugo de la escueta roca!”, evocadas ya desde el lejano París, y de las que recibió también, como de la aulaga y de la tabaiba, lección de pureza y “evangélica dulzura”, como dice al final de un soneto:

... ¡Cuánta me derretiste inmundada saña
metiendo la evangélica dulzura
de tu higo de secano hasta mi entraña!
(s. LXX, vrs. 12-14.)

De este modo queda completa una rápida visión de la escasa y típica botánica de la Isla, que comienza con la clásica y tradicional silueta de la palmera, continúa con las exóticas matas, la aulaga esquelética y la tabaiba cáustica que simbolizan la estructura y el fuego, la osamenta y el tuétano del cuerpo místico de Fuerteventura, y termina con el verdor de los higuerales, alfalfaes y tarajales, que recubren, a trechos, la tierra desnuda, humilde, que se tiende al sol, dándonos una perenne lección de estilo, de sencillez evangélica, profunda y eterna.

El camello.—De la fauna fuerteventurosa se destaca solamente la figura estrafalaria y esquinuda del camello, que aparece ya como motivo del paisaje, ya como símbolo de algo más profundo. La presencia de este animal en las islas más orientales del Archipiélago canario—Lanzarote y Fuerteventura—, como continuación del desierto sahárigo, motiva, entre los escritores nativos o visitantes de ellas, una literatura y una estética del camello. Ya “Angel Guerra” y Miguel Sarmiento⁷⁰ nos presentan a este extraño, y a veces temible, animal de carga como importante protagonista de sus cuentos y novelas regionales. Así le vemos “... cruzar la Isla, de una

⁶⁹ Vid. op. cit., nota 66, pág. 272.

⁷⁰ Vid. mi *Literatura contemporánea en Canarias*, inédita.

punta a otra, formando caravanas interminables, donde se oye el monótono "tan... tan..." de sus esquilas o el bramido de algún macho bravío rebelde". Otras veces, como en un cuento de Sarmiento titulado "Pino"⁷¹, el camello es el motivo central, sobre el que el hombre vive y muere, pues por último transporta el féretro con el cadáver de su dueño hasta un lejano cementerio. A veces el sufrido animal se revuelve airado, dominante como una terrible divinidad antigua, y aplasta bajo su enorme panza a su ofensor, que muere horriblemente destripado en la noche tranquila, inevitablemente.

"Fray Lesco", en una de sus crónicas, aplica un sentido simbólico al camello, del que dice que el "compás de su andar es también el compás de toda la vida de Lanzarote"⁷². Pero es Agustín Espinosa quien, unos años después de Unamuno, en su *Lancelot*, 28º 7', describe una estética inédita de actor en el camello con arado de Lanzarote⁷³.

El camello visto por Unamuno es, sin embargo, un animal pacífico y resignado, más meditabundo y sonriente que bravío y temible. Así lo confirma el articulista de "El Tribuno" de Las Palmas, pues, hablando de la vida del ilustre desterrado, dice: "Don Miguel siente un especial afecto por el camello. Le parece que en la mirada de los ojos de éste hay más ternura, más amor que en los humanos"⁷⁴. Ya hemos visto cómo muchas excursiones y paseos los hacía en la cima de uno de estos parsimoniosos animales, y ya sabemos cómo una de sus obras de arte *cacotológico* fué un camello hecho con difíciles dobleces de papel.

Pronto vemos cómo Unamuno nos ofrece una imagen plástica y metafórica del camello. Recordemos que en el soneto XVI lo compara con una gigantesca araña:

... La mar piadosa con su espuma baña
las uñas de sus pies, y la esquinuda
camella rumia allí la aulaga ruda,
con cuatro patas colosal araña...

(s. XVI, vrs. 5-8.)

⁷¹ Vid. M. Sarmiento: *Al Largo*. Barcelona (s. a.), pág. 3 y ss.

⁷² Vid. *Crónicas de Fray Lesco*. Las Palmas, 1954.

⁷³ Vid. *Lancelot*, 28º 7'. Madrid, 1929, pág. 29.

⁷⁴ Vid. "El Tribuno", de Las Palmas, art. cit., 4-V-1924.

Pero nuestro escritor busca algo más que hacer una bella imagen con la figura del camello; quiere adivinar tras él un símbolo; por eso, ya en el comentario al soneto citado, dice que “la camella es casi esquelética...”, y a continuación: “... y Fuerteventura es casi un esqueleto de isla”; estableciendo así, junto a la aulaga, dos categorías simbólicas de la Isla, una para la fauna y otra para la flora. En una estampa poética los vemos unidos cuando aparece el camello “buscando entre las piedras flor de aulaga”.

Mas “aquel camello sacando agua de una noria, al pie de una palmera”, entrevisto en el paisaje real de Betancuria, representa ya un principio de meditación ética, una lección de pobreza y de sencillez. Por eso es explicable que, en ese paisaje, con tal enseñanza, sirva de fondo a la consideración sobre un pasaje evangélico, que arranca precisamente del camello como interpretación metafórica de una realidad trascendente. Véase además cómo todo el paisaje fuerteventuroso ha ido adquiriendo estilo y forma acamellada: “Desde que llegué a esta isla de camellos y acamellada—las cumbres de sus montañas semejan corcovas de camellos—y empecé a familiarizarme con el que han dado en llamar los cultistas el navío del desierto, volví a preocuparme de la vieja metáfora de que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja”⁷⁵. Y fué en su visita a Pájara, pueblo extremo de la Isla, donde según nos dice dió “caza a la metáfora”. Y es que, presenciando la reclamación que un buen camellero hacía al Ayudante de Obras Públicas porque su camello “cargado de leña de aulaga” no podía pasar por el ojo de un puente de más de tres metros de altura, “entonces comprendí que en la famosa metáfora debe tratarse de un camello cargado, de un camello con su carga. Y que es más difícil hacerle pasar por el ojo de una aguja de muralla, que hacer entrar a un rico, con su carga, en el reino de los cielos”⁷⁶.

En uno de los sonetos de Fuerteventura este animal llega a ser algo así como una obsesión que suscita, en el poeta, una serie de interrogaciones, que le conducen a confundir su silueta con una

⁷⁵ Vid. art. “El camello y el ojo de la aguja”, de *En el destierro*, pág. 23.

⁷⁶ Vid. ídem, pág. 25.

etérea nube o una bruma que pasa sobre la tierra, concluyendo por dudar "si es la vida el ensueño de una siesta":

¿Es camello la nube o el camello
es una nube, vaporosa gasa,
que a ras de tierra a paso lento pasa
dando al viento su cálido resuello?

Su flotante contorno, ¿es bruma o vello?
¿Celeste espuma su armazón, o masa
de huesos, piel, carne metida y grasa?
¿Puso el aire o la tierra aquí su sello?...

(s. LIV, vrs. 1-8.)

Fuera ya de Fuerteventura, todavía los camellos de la Isla sirven de idea generatriz de algún poema, como el que compone en París e incluye en el *Romancero del destierro*, que comienza:

Miraba a la mar la vaca
y a la vaca la mar;
en la resaca
la mar reía...

Por propia confesión de su autor sabemos que "en realidad me fué sugerido por un recuerdo de Fuerteventura, y fué el haber visto, y más de una vez, a una camella, y no a una vaca, mirando al mar"⁷⁷. Efectivamente, en un artículo publicado con anterioridad vemos a Unamuno de paseo por la península de Jandía y contemplando "la más alta de estas montañas, llamada, con nombre significativo, Orejas de Asno. Orejas de Asno se reía viendo desfilar los camellos a sus pies...". Y luego se pregunta: "Y los camellos, ¿no se ríen también?" A continuación vemos en prosa la misma estampa del camello que antes hemos visto transformada en vaca: "Paróse el camello, levantó la cabeza y miró a la mar, que sonreía. Y me pareció que el camello se reía. Se reía a la risa de la mar"⁷⁸. He aquí, pues, al camello frente a la mar, y a la mar frente al camello, humanizado, sonriéndose, como expresión simbólica de la visión quijotesca-unamuniana de Fuerteventura.

⁷⁷ Vid. notas del *Romancero del destierro*, ed. Buenos Aires, 1928.

⁷⁸ Vid. art. "La risa quijotesca", de *En el destierro*, pág. 49.

La visión de los camellos de Fuerteventura fué una huella que no se borró durante bastante tiempo en su memoria, y en cualquier lugar que viera surgir la imagen del grotesco y paciente animal Unamuno volvía a recordar la Isla. En uno de los artículos recogidos por García Blanco ⁷⁹, de los escritos en París, vemos reflejado este proceso de asociación. Dice: "Ayer vi cerca de la plaza de la Concordia a dos jovencitos que bajaban por la Avenida de los Campos Elíseos montados en un camello, en un lucido y reluciente camello de lujo. Ello no era más que un deporte, pero los ojos se me fueron detrás del grupo, recordando a los camellos de Fuerteventura, no de lujo y deporte, sino de pobreza y trabajo." Después subraya la diferencia con el automóvil, que según la dedicatoria de una foto hecha en Fuerteventura decía: "El auto es una especie de camello rápido, pero menos instructivo".

En un lugar muy secundario, respecto al animal estudiado, aparecen otros elementos de la fauna fuerteventurosa, que Unamuno cita ocasionalmente, aunque siempre con una certera pincelada que los fija con nitidez en el paisaje. Así nos habla de la *ganga*, tomando su descripción científica del ornitólogo D. A. Bannerman, que dice "es la "pterocoles orientalis", especie de perdiz majorera, a la que se le puede cazar cuando va de aguada, pues es un animal muy suspicaz y medroso" ⁸⁰.

En este mismo artículo, saliendo al paso de los que dicen que en Puerto de Cabras no hay animales de su nombre, afirma: "esta misma mañana contemplaba una cuyas henchidas ubres descansaban sobre el pedregal que había estado como lamiendo...". Y por último, también en sus excursiones en bote por la costa, se fija en algunos peces, como las llamadas "cabrillas", que veía pescar "sujetándolas con los dedos por junto a las braquias"; o contempla a los "peces voladores que vuelan algún tiempo en el aire sobre el mar...".

⁷⁹ Vid. art. de *En el destierro*, pág. 53 y ss.

⁸⁰ Vid. art. "A pesca de metáforas", de *En el destierro*, pág. 43.

7) *Los pueblos de la Isla.*

En la visión de Fuerteventura no podía faltar, como elemento del paisaje humanizado, hecho naturaleza, la estampa o el comentario en torno a los pueblos pobres, ruinosos y solitarios de la Isla. Impresión imborrable se llevaría Unamuno de aquellos caseríos, aislados en la soledad del páramo, animados tan sólo por algunas palmeras, algunos higuerales, o bordeados acá y allá de tarajales raquíuticos o alfalfaes sedientos. Aquellas casitas, de una sola planta, blancas, sobre las que sobresalen las tejas de una vieja iglesuca, inmóviles bajo un sol implacable... De todo esto ha de acordarse hasta el final, y en una de sus últimas cartas dirigida a Castañeyra le gustaba repetir, con nostalgia, sus nombres: “; Cuánto me acuerdo de esa bendita isla! ; Cuántas veces pienso que estaría mejor ahí, en Puerto de Cabras, o en La Oliva, o en Pájara, o en la Antigua, o en Betancuria...” (Carta, 22-IV-36).

Sin embargo, aunque dejaron honda huella en su ánimo y en su recuerdo, ninguno de estos pueblos llegó a elevarse a categoría de símbolo fuerteventuroso, si bien acaso lo pretendiera en el soneto dedicado a Betancuria, la antigua capital de la Isla.

En sus artículos aparecen con bastante frecuencia nombres o citas de los pueblos entrevistados rápidamente, nombres eufónicos o exóticos, que a Unamuno, a veces, le gustaba enumerar; como cuando evoca las viejas huestes prehispánicas del norte de la Isla que acudían “desde Tuineje y Tesejeraque, y Tiscamanita, y Ampuyenta, y Chasmotistafe, y Triquibijate...”^{s1}. O bien cuando, guiado por sus veleidades lingüísticas, se preocupa de la toponimia aborigen y cita varios nombres de pueblos que comienzan con la T beber: “Tefía, Tetir, Tiscamanita, Tejuate, Toto, Tostón, Tuineje, etc.”^{s2}.

En otro lugar, hablando del paisaje pobre y evangélico de Fuerteventura, desmiente lo dicho en una copla que oyó en Las Palmas, que pretendía hacer más desolados aún de lo que son los pueblos de la Isla deshabitada y sedienta:

^{s1} Vid. art. “Los Reinos de Fuerteventura”, de *En el destierro*, pág. 17.

^{s2} Vid. art. cit. “Leche de Tabaiba”.

Ni en Puerto Cabras hay cabras,
ni en La Oliva hay un olivo,
ni pájaros en la Pájara,
ni en la Antigua hay nada antiguo.

“Y no es verdad—dice—porque en Puerto Cabras, aquí, hay cabras..., y si en La Oliva no vi un olivo, en Pájara hay pájaros, y hay algo antiguo en la Antigua. ¿Antiguo? ¡Más que antiguo! Porque en la Antigua hay, como en toda la isla, un clima “prehistórico”⁸³. Ya sabemos que lo prehistórico es para Unamuno un valor de permanencia, una historia dentro de la Historia, una intrahistoria de la que está llena la isla de Fuerteventura.

Del pueblecito de Pájara—que citamos con motivo del comentario a cierta metáfora evangélica—vuelve a hablarnos en ese mismo artículo, diciendo que “En Pájara hay una pequeña iglesia, y esta iglesuca de Pájara tiene una portada en que un cantero, que parece haber recibido inspiraciones de los aborígenes de las Indias occidentales, ha trazado unas grecas y unas figuras simbólicas que por su estilo recuerdan los ornamentos incaicos o los aztecas”⁸⁴. Con lo cual señala, aunque sea de pasada y no teniendo en cuenta esa referencia al arte aborígen, lo dicho después muchas veces, la relación del modesto arte popular canario con el americano o colonial.

Más la mejor y más completa visión de un pueblo de Fuerteventura es la de Betancuria, en el hermoso soneto XLIV, donde, en magistral síntesis poética, Unamuno nos ofrece la silueta, sencilla y entrañablemente sentida, de un pueblo mayorero:

Enjalbegada tumba es Betancuria,
donde la vida como acaba empieza,
tránsito lento a que el mortal se aveza
lejos del tiempo y de su cruel injuria.

Se oye en esta barranca la canturía
de la resignación en la pobreza;
la mayorera—blancas tocas—reza
entre ruinas, soledad, penuria...

⁸³ Vid. art. cit. “Este nuestro clima”.

⁸⁴ Vid. art. cit. “El camello y el ojo de la aguja”.

Desnuda la montaña en que el camello,
 buscando entre las piedras flor de aulaga,
 marca en el cielo su abatido cuello;
 mas, de la tierra en la sedienta llaga,
 pone el geráneo, con su flor, el sello
 de la mujer que nuestra pena apaga.

(s. XLIV.)

Con unos cuantos trazos sobrios vemos el pueblecito blanco, abandonado, recostado en un vallecito perdido en el páramo. En una colina próxima un camello rumiando unos rastros secos, y animando a este desolado paisaje las notas sonoras y coloristas de la canturía del rezo y el geráneo rojo entre las ruinas blanqueadas, sobre la tierra sedienta.

Se fija, en primer lugar, en la limpia blancura del pueblo y le define con un solo verso, por medio de una metáfora que recuerda las frases evangélicas: "sepulcros blanqueados". Después siente la solemne paz invariable que cae desde los siglos, que hacen tan monótona la existencia, pues "... la vida como acaba empieza", lo que para Unamuno es lo permanente, lo cotidiano, que nos salva "del tiempo y de su cruel injuria", por lo que desliza subterráneamente la intrahistoria.

El comentario a este soneto nos da preciosos datos sobre su génesis. Por él vemos cómo el poeta al ir aproximándose a la vieja población mayorera se da cuenta dónde está situada: "en el fondo de un estrecho y cerrado valle, casi un barranco, y rodeada de escuetas y peladas montañas". Entonces contempla un paisaje de casitas todas enjalbegadas de blanco, entrevistas entre olivos, almendros y palmeras, de "una austera tristeza y todo ello blanco, muy blanco. Blancas de jabelgue las casitas, blanca la iglesia, en que rezaban unas mayoreras tocadas con sus mantillas blancas". Esto explica "la canturía / de la resignación en la pobreza" del segundo cuarteto.

Ligeramente alterado el orden en el soneto respecto a la crónica de su visita a Betancuria, ahora recrea su vista, acostumbrada ya a lo árido y a lo blanco, y nota sorprendido que "en las casitas había macetas de geráneos, que ponían su canto rojo en el silencio blanco". Nótese el juego sinestésico del significado sustituyente de

sonidos y colores, que corresponde al último terceto, donde el géraño pasa a ser, simbólicamente, “el sello de la mujer”, el emblema que en “la sedienta llaga” de la tierra reseca “nuestra pena apaga”, aliviando así la impresión triste y desolada de aquella ruina blanca. Por último, “al volver nosotros” (Castañeyra, Crawford Fritch y Unamuno) ven, recortándose en el cielo, “el contorno esquinado de un camello, con el cuello abatido al suelo y buscando acaso una esquelética aulaga para la rumia”⁸⁵. Esto es exactamente lo que nos presenta en la imagen del primer terceto. Como se ve, el mismo autor nos ha dado, con su comentario, el secreto de la génesis de su poema, que, dentro de su sencillez, nos muestra, del modo más profundo y bello, no sólo la típica estampa del pueblo majorero, sino que en el poema ha quedado impresa la emoción del espectador, que contemplándolo recrea el efecto que a su sentir despierta.

IV.—EL DESCUBRIMIENTO DE LA MAR.

El mar, más que un elemento o motivo del paisaje—como aún podríamos considerarlo en el primer viaje a Canarias—, a partir del destierro se convierte en un tema vivo en Unamuno, hombre y artista, dejando una huella permanente en su obra hasta el final.

No pretendemos, en este capítulo, estudiar el tema con toda la extensión y hondura que se merece, sino tratar de señalar el sentido y el valor que tiene el descubrimiento de “la mar” de Unamuno en relación con Canarias. De todos modos, el que acometa cualquier estudio del tema del mar en la obra total del gran escritor vasco tiene que contar, como centro y culminación del tema, con el proceso de este descubrimiento fuerteventuroso.

Sin duda, la más profunda adquisición espiritual y literaria que Unamuno hizo en Fuerteventura fué la entrañable comprensión de la mar, que al fin penetró en el hondón de su alma, hermanándose con ella para siempre. Bien dice Miguel Azaola que “El mar es el último elemento de la estética unamuniana que hace su apa-

⁸⁵ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 76.

rición antes de iniciarse la etapa del declive...”⁸⁶. Y el mismo Unamuno no se cansa de confesar, ya en prosa ya en verso, que esta adquisición o este descubrimiento se lo debe a sus días de soledad en Fuerteventura. Así en el comentario al formidable soneto XXXIII (del 25-V-1924) dice: “Es en Fuerteventura donde he llegado a conocer a la mar, donde he llegado a una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina.” Y luego en la carta-prólogo a Castañeyra, hablando de los sonetos que compuso en la Isla, dice que algunos de ellos son hijos “del descubrimiento que hice ahí, en Fuerteventura, donde descubrí la mar”⁸⁷.

A medida que pasa el tiempo, y ya fuera de la Isla, desde París o Hendaya, comprende aún más claramente la hondura y el significado de este descubrimiento. A veces se le presenta, con irremediable nostalgia, la visión lejana de aquel mar fundido, en el ocaso, con el cielo de su Isla; o le parece oír su tenue susurro en la tranquila noche estival, y entonces exclama: “¡Oh! aquellas noches plácidas, junto a la mar compasiva y consoladora, viendo rielar la luna sobre las olas brizantes”⁸⁸. Igual nostalgia se refleja en sus cartas. En una dirigida a Castañeyra, desde París, se pregunta: “¿Cuándo volveré a sentarme en aquella roca junto a aquellas ruinas, a brizarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora?” (Carta, 29-XII-24).

Lo mismo nos dice, de un modo más poético, en uno de los más bellos sonetos escritos en aquella capital, jugando siempre con las figuras paradójicas:

¡Oh, mar salada, celestial dulzura
que embalsamaste mi esperanza loca,
me subes a los ojos y a la boca
cuando revive en mi Fuerteventura!...

(s. LXXIII, vrs. 1-4.)

En el comentario a este mismo soneto reconoce su desconsuelo cuando dice: “Lo que más echo de menos aquí, en París, es la visión de la mar.” A continuación intenta explicar lo que fué para él ese

⁸⁶ Vid. art. *Unamuno, el mar y la música*, en “El Español”, núm. 218.

⁸⁷ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 9.

⁸⁸ Vid. op. cit. *En el destierro*, pág. 55.

descubrimiento de la mar en Canarias: “De la mar que me ha enseñado otra cara de Dios y otra cara de España, de la mar que ha dado nuevas raíces a mi cristianidad y a mi españolidad”⁸⁹. Ya veremos, en el estudio concreto del tema, lo que Unamuno entiende por otra cara de Dios y de España, lo que él llama su nueva experiencia religiosa y patriótica de los días en su isla frente a la mar... Bástenos con saber ahora que esta isla fué la que le ayudó a comprender plenamente el sentido de la mar eterna, y de tal modo que esta visión penetró para siempre en su espíritu, tal como dice en uno de los más bellos poemas del *Romancero del destierro*:

Tape su polvo mi abatido pecho
donde tu mar entró, Fuerteventura...

De “el mar” a “la mar”.

A pesar de todo no puede hablarse—en la obra de Unamuno—de un súbito y milagroso conocimiento de la mar a partir de su segundo viaje a Canarias. Es evidente que la presencia del mar Cantábrico o el Atlántico de las costas portuguesas le ofrecieron tema a sus meditaciones e impresiones antes, incluso, de su primer viaje; pero la mayoría de éstas fueron desfavorables y aún hostiles para llegar a una comprensión del mar.

El mismo Unamuno no acierta a entender claramente su desapego por el mar, en contraposición con su amor por la montaña y la llanura. Intenta, una y otra vez, explicarse esa falta de vocación marina, ese desamor por los temas del mar, que nada le dicen a su espíritu. He aquí un texto muy significativo, que cita también Azaola, y que data de antes de 1909, o sea antes de su viaje a Las Palmas:

“El mar me da sueño, como la música. El mar me anega y diluye la voluntad, me disgrega el alma. El mar me resulta frío y húmedo. (Esto de que el mar sea húmedo es, como veis, un rasgo de cierta recóndita ingeniosidad.) Ni lord Byron ha logrado congraciarme con él. Contemplar el juego de las olas es como contemplar las

⁸⁹ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 118.

espirales del humo del cigarro. Digo, me parece, porque nunca he fumado. ¿Qué nos dice el mar? Lo que queremos que nos diga”⁹⁰.

Continuación y reflejo de este pensamiento preconcebido son los contenidos en los versos pertenecientes a uno de los poemas compuestos en Las Palmas (1910):

... No, tú nada dices, oceano,
soy yo quien interpreta tu cantar,
soy yo quien me hablo,
¡yo sólo mar!

Esto nos prueba que, aunque en estos primeros poemas marinos se acercara con más afán de entendimiento al mar, todavía no suponen un paso definitivo en la comprensión profunda de su significado. Pues estas composiciones que irían ahondando en su alma, están aún llenas de sus prejuicios sobre el mar. Prueba de ello es que después de escritos se pueden encontrar algunos pasajes donde declara su preferencia por el paisaje de montaña. Así en una visita a las rías gallegas en el verano de 1912 dice: “aunque nacido y criado muy cerca del mar y en pueblo adonde llegan la marea y el agua salada, gusto, más que de él, de la montaña y del campo”⁹¹. Y todavía más tarde, en 1914, hablando de su querida—segunda patria—Salamanca, dice que “respecto de la cultura, tiene esta ciudad la desventaja de su lejanía del mar”. Pero a continuación sale al paso de los que piensan que “la civilización no llega sino hasta donde llega la marea”, o los que creen que “sólo tienen sal en el espíritu los que se han criado oliendo la marina”. Aunque reconoce “que el mar ha sido el gran elemento civilizador”, diferencia entre civilización y cultura, y añade: “acaso la vida intelectual de un puerto tenga más de bambolla y apariencia que de realidad íntima”⁹². En todo lo cual se nota una actitud de reserva frente al mar, aunque aquí se unen otras razones estéticas y culturales, y quizá el recuerdo del puerto de Bilbao, con su actividad febril, o acaso el de Las Palmas, que comenzaba a tenerla cuando él lo visitó para dar el premio de los Juegos Florales a su cantor, Morales,

⁹⁰ Vid. *Soliloquios y conversaciones*, ed. Madrid, 1911, pág. 78.

⁹¹ Vid. *Andanzas y Visiones españolas*, ed. C. Austral, 1955, pág. 70.

⁹² Vid. *idem*, pág. 128.

frente al sonoro Atlántico, caracterizado por una retórica opuesta a la estética unamuniana.

Azaola además aduce otra razón, para explicar este largo distanciamiento del mar en Unamuno, diciendo que "en Bilbao es el mar un ente metafísico. Se cree en él; a cada paso se reciben pruebas palpables de su existencia; pero no se le ve. Los bilbaínos son armadores; pero son los pueblos de la costa los que dan a su flota la mayor parte de sus tripulantes; el bilbaíno rara vez es marino; vive del mar, pero no en él"⁹³. Sin embargo, lo que más le desconcierta precisamente a Unamuno es—después de haber entreabierto el misterio de la mar—el no haberlo comprendido antes habiéndose formado y criado en aquella marítima Bilbao, tan cerca de la mar misma, como dice, a raíz de su descubrimiento, en la carta a Castañeyra: "Y eso que nací y me crié muy cerca de ella."

Creemos que, además de la razón corriente—que por otro lado es bastante cierta en general—de que aquello que está más cerca de nosotros lo comprendemos con dificultad por falta de perspectiva, hay otras de orden íntimo, casi metafísico, que afectan al ser mismo de la personalidad de nuestro escritor. Pensamos que acaso Unamuno no encontró el profundo sentido del mar, de la verdadera mar, sino en Canarias, no sólo porque vivió en Bilbao de espaldas a éste, sino porque al contemplarlo se interponía entre su yo y el mar, puro y simple, la vida afanosa y atareada del hombre que vive de él y para él. Sentía vibrar demasiadas tradiciones y aventuras, demasiada historia en los mares que le eran familiares: el Cantábrico con sus audaces marinos, el de las costas portuguesas con sus famosos descubridores o el Mediterráneo lleno de tesoros y de mitos. Y todos ellos henchidos de pequeños sucesos, grotescos o trágicos, o de grandes hazañas; en suma, de mitología histórica.

Unamuno había buscado siempre, en los grandes paisajes, desde la cima de Gredos o en la llanura castellana, lo permanente, lo eterno, lo que comienza más allá de la historia y del hombre y va más allá de ellos. ¿Por qué no había logrado encontrar esto en la inmensidad eterna del mar? Porque algo se había interpuesto a su visión, y sólo cayó, al fin, en la cuenta cuando se enfrentó, sólo, desnudo

⁹³ Vid. art. cit. en "El Español", núm. 218.

y aislado, con la mar infinita que ciñe a Fuerteventura desde el principio del mundo.

Ya en su primer contacto con esta mar, cuando iba redescubriendo la ruta de las viejas Atlántidas, Unamuno percibe—aunque todavía confusamente—el valor ahistórico de la inmensa llanura azul. En uno de sus artículos sobre Canarias nos dice que esa “inmensa sábana líquida... viene trayéndonos, por sus miles de olas, recuerdos de la aurora del mundo, de los siglos antes de que naciera el hombre, recuerdos de antes de que hubiese vida”; y lo mismo nos dice en verso:

... Desde el cielo llegas
palpitante sábana,
cantándonos recuerdos de aquel tiempo
en que no era el hombre.

(Poema del Mar, esf. 8.ª)

Y en otra estrofa de este mismo poema afirma rotundamente su condición de eternidad, que se refleja en su infinita grandeza que siempre permanece igual a sí misma: “Eres tú lo eterno, / tú lo que no cambia...”

Después también, en otro lugar, encontramos la idea del mar como algo permanente, como nos dice en un artículo, que data de 1916, incluido en *Andanzas y visiones españolas*: “Las olas son del mar; pero las olas pasan y el mar queda. El mar es eterno como el sueño de la vida sobre el que pasan los odios, los amores, las esperanzas, y el sueño queda.” En otro artículo, de 1919, gana el mar su plena inmensidad, entrando en competencia con el páramo o la llanura, pues dice: “El mar nos da más la impresión de grandeza que la más formidable catarata. La llanura, como el mar, es estática; la montaña, como la catarata, dinámica”⁹⁴. Obsérvese la impresión de tranquilidad del mar que le ofrece al hombre de montaña, que lo contempla lejos, como una lámina azul que “es espejo / en que el sol se mira” o, en imagen posterior, en prosa, más desarrollada: “espejo de los ojos del Señor”⁹⁵.

⁹⁴ Vid. op. cit. *Andanzas...*, pág. 202.

⁹⁵ Vid. ídem, pág. 188.

Pero, sin duda, sólo es en las memorias del destierro donde vemos unidos plenamente el sentido de lo ahistórico y de la grandiosidad eterna de la mar, equiparada, ya para siempre, a sus paisajes predilectos y personales, sobre todo en un artículo de título muy significativo: “¡Montaña, desierto, mar!”⁹⁶, donde vibra el escritor lleno del recuerdo vivo y luminoso: “¡La mar! Allá en Fuerteventura, en mi entrañada Fuerteventura—pedazo de mi alma eterna ya—, bañaba todos los días mi vista en la visión eterna de la mar, de la mar eterna, de la mar que vió nacer y verá morir la historia, de la mar que guarda la misma sonrisa con que acogió el alba del linaje humano, la misma sonrisa con que contemplará su ocaso.”

Además hay algo que diferencia fundamentalmente las aproximaciones al tema del mar de la primera época a la plena comprensión de la segunda. Y aunque se nota en el cambio del género masculino al femenino, esto tiene gran importancia en Unamuno. Ya hemos visto cómo en el primer contacto con el mar de Canarias todavía está indeciso en señalarle un género determinado. En general—and no siempre—, si se fija en el sentido poderoso, libertador o aleccionador del mar, le atribuye el masculino, como cuando incita a “romper las barreras dando alas al alma”, o lo ve como un esclavo que sueña con su libertad: “también tú, eterno esclavo mar, también tú sueñas”. Y también, más tarde, cuando vemos a Unamuno contemplando las rías gallegas, en 1912, aparece el mar como océano que se abraza estrechamente a la tierra: “Duerme el mar, y acaso sueña, en brazos de la tierra”⁹⁷.

Sin embargo, se encuentran ya, en sus primeros poemas canarios, ejemplos de *la mar* con todos los atributos femeninos de la madre brizadora, cuna de la vida, protectora amorosa de la tierra, igualadora, llena de confianza y de fe, que se ofrece como prenda *de vida sin muerte*. Por esto la invoca plenamente como madre:

... ¡Oh, es eterna tu niñez, oh madre,
virgen madre,
tú guardas el secreto de la vida,
tú sola lo sabes...

⁹⁶ Vid. op. cit. *En el destierro*, págs. 65-69.

⁹⁷ Vid. op. cit. *Andanzas...*, pág. 69.

No obstante, se nota claramente que el poeta aún no ha comprendido el sentido total, materno y trascendente, de *la mar*, como la llaman los que a diario comulgan con ella, los marinos, puesto que no encontramos sino atisbos, impresiones disueltas—aunque precursoras de su posterior visión—, en el panorama contemplado sagazmente, pero todavía no hondamente sentido.

Si seguimos las impresiones de don Miguel a través del mar de su nativa Vizcaya, o del que se adentra en las rías gallegas o se bate en las costas portuguesas, o finalmente, del Mare-nostrum (mar nuestro porque está henchido de nuestras leyendas y de nuestra historia), veremos siempre al mar masculino, el mar contemplado por un hombre del continente o de la montaña, pero no “la mar” ancha, *el recio corazón materno*, entrañable y palpitante, descubierto en Fuerteventura, “donde he llegado a una comunión mística con ella, donde he sorbido su alma y su doctrina”. El mismo nos lo dice conscientemente: “Y le llamo *la mar* y no *el mar* porque los mares son el Mediterráneo, el Adriático, el Rojo, el Indico, el Báltico, etc...”⁹⁸. Es decir los mares son los que han sido bautizados por el hombre, creador de historia, para poder comprenderlos y poseerlos en su totalidad... En cambio, “la mar”, sin principio ni historia, no puede tener nombre, porque es la madre, la cuna de la vida, que pertenece a todos y a nadie, pues tiene su principio en la misma creación del mundo (*Et vocavit Deus aridam, Terram, congregationesque aquarum appellavit Maria*), y limita, más allá del horizonte, con el cielo: “Dixit quoque Deus: Fiat firmamentum in medio aquarum...” (*Génesis*, C. I, v. 6).

Ya visto la importancia que tuvo para Unamuno el descubrimiento de la mar en Fuerteventura y observado el proceso que le lleva desde sus primeras impresiones—casi siempre hostiles—hasta su plena comprensión de la mar como eterna visión, cuna y aliento de la vida y guardadora del secreto divino, nos toca penetrar en el talante expresivo de nuestro escritor a través de los diversos matices temáticos y estilísticos de los textos que nos dejó, artículos y poemas inspirados en esta mar de Canarias. Dejamos para el final el intento de una explicación del significado de ese descubri-

⁹⁸ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 60.

miento y la síntesis de las adquisiciones unamunianas para el tema del mar en nuestra literatura.

El mar de Fuerteventura.

La mar, eterno secreto.—Desde que Unamuno se puso en contacto con la mar en su primer viaje a Canarias, ésta fué un misterioso enigma, un secreto indescifrable, que permanece silencioso y frío ante nuestras angustiosas preguntas. Ya hemos visto que, incluso con anterioridad a este viaje, la mar es un misterio que no nos dice sino lo que queremos que diga. Igualmente en sus primeros poemas juega, dialogando con ella, y llamándola *eterna esfinge de crin de plata*, para descubrir que no tiene ningún secreto que guardar:

... No hay secreto, no hay secreto—cantas—,
todo es como declaro
y es el hombre quien inventa los secretos...

Pero el poeta no se conforma fácilmente con este tremendo silencio, y le interroga una y otra vez; mas el misterio sólo repite el eco de su voz:

... No hay secreto, no hay secreto—me contestas—,
vivo, sólo vivo,
vivo, con mis olas juego.

Mas, al fin, la voz materna le susurra, consoladora, contestando a su soberbio afán de penetrar en el arcano incognoscible:

...—Siempre es así, pobre hombre,
nada te dice nada,
tú te lo dices todo;
¿por qué no callas?...

Con esto entramos en una actitud más comprensiva, más plena, que le acerca a su última concepción de la mar como madre consola-

dora, como arcano divino, que interroga más allá del eterno misterio de la muerte. Y aunque la mar le repite: *duerme, hijo mío, / duerme, que no hay secreto*, el poeta vuelve a insistir:

... Entonces ¿qué es lo que hay, dímelo, madre,
dime qué es lo que dices?;
porque si me lo callas
tendré miedo a morirme...

Todo ello son, sin duda, los antecedentes lejanos de las respuestas que va a encontrar catorce años más tarde frente al mismo mar. Las interrogaciones son las mismas, pero en ellas hay más dulzura, más serenidad, más resignación, como en

¿Qué dices, mar, con tu susurro? ¿Dime!
¿Ríes o lloras? Pasando las cuentas
del eterno rosario me acrecientas
el ansia de soñar que al pecho oprime...

(s. XXIII, vrs. 1-4.)

Incluso siente momentos de tanta plenitud ante la mar, que a veces teme que vaya a develar su eterno secreto, y le pide que no hable, pues ahora sólo desea sumergirse en el ensueño, sin orillas, de sus olas:

... Olas que sois ensueños del Oceano,
y en cuya vista mi morriña anego,
lavad meciendo mi pasión, os ruego,
mas sin abrimme el misterioso arcano...

(s. XXVII, vrs. 5-8.)

Y si alguna vez vuelve a sentir el afán irresistible de penetrar en el misterio, pronto reprime el primer impulso, pues ya conoce de memoria la letra de su cantar eterno:

... ¡Dime qué dices, mar, qué dices, dime!
Pero no me lo digas; tus cantares
son en el coro de los varios mares
una sola voz que cantando gime...

El poeta conoce ya ese cantar eterno que es como un gran gemido unánime redentor de nuestros pesares, apaciguador de nuestras penas, bajo el cual se esconde, inalterable, el secreto incognoscible:

... Ese mero gemido nos redime
de la letra fatal y sus pesares,
bajo el oleaje de nuestros azares
el secreto secreto nos oprime...

Y termina este soneto—contaminado de su circunstancia personal—resignadamente, aunque dándole la categoría de juez supremo, y volviendo al principio de sus meditaciones, renunciando a encontrar en la mar respuesta alguna que no sea el eco de su propia voz:

... La sin-razón de nuestra suerte abona,
calla la culpa y danos el castigo;
la vida al que nació no le perdona;
de esta enorme injusticia sé testigo,
que así mi canto con tu canto entona
y no me digas lo que no te digo.

(s. LII.)

En un soneto, compuesto con fecha anterior a la de éste, notamos un atisbo de solución a esa incógnita que tanto tiempo opri-
mió su alma. Un día, precisamente el 28 de mayo de 1924, contem-
plando “la raya celeste de la mar serena”, ve que “... la línea del
horizonte nos ofrece la imagen relativamente más perfecta de la
línea recta, del nivel, del símbolo de la regla de lo derecho, o sea
del derecho”⁹⁹. Este momento de meditación y entendimiento fren-
te a la mar se convirtió pronto en un bello poema, que comienza:

Raya celeste de la mar serena,
se echa de bruces sobre ti mi mente
y abreva en ti, misteriosa fuente,
el secreto de Dios de que está llena...

(s. XXXV, vrs. 1-4.)

⁹⁹ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 65.

Vemos, pues, al poeta, en un limpio día, volcado, leyendo en la misteriosa fuente divina de la mar, que tan avaramente oculta sus secretos y descubriendo el símbolo de lo recto, de lo justo, la línea horizontal que iguala y nivela todo. También en los primeros poemas (1910) hay una adivinación semejante a ésta cuando nos dice que el mar *todo lo nivela*.

Otra vez el poeta desea interpretar el susurro eterno de la mar que perennemente canta en torno a la Isla sedienta, y cree oír lo que dice. "De la mar que, ciñendo a Fuerteventura, le canta diciéndole: ¡Duerme!, ¡duerme!, ¡duerme!" Igualmente a él le canta la eterna cantinela. "A mí la mar me está diciendo: ¡Sueña!, ¡sueña!, ¡sueña!"¹⁰⁰. Unamuno descubre, al fin, el lenguaje eterno de las olas; no sólo lo que le dice a la Isla, sino a su propia alma: Duerme, duerme, y sueña, sueña. Duerme tu sueño de tierra petrificada, sedienta bajo la mirada de Dios; y sueña tú, el sueño de tu vida, tu sueño de trascuna y de eternidad.

La mar, dentro del alma.—Al transcurrir de los días, poco a poco y con los paseos a la costa a contemplar la mar desde aquel peñasco solitario, de que nos habla en sus cartas, o desde los arenales de Playa Blanca, Unamuno fué empapándose, filtrándose todo, de esa visión peculiar que hace perenne acompañamiento a los que vivimos de su diario contacto. Frente a la mar, con ella o por ella, el poeta sintió variar su especial circunstancia, experimentó diversas sensaciones de paz, de rebeldía, de sosiego, de hastío o de nostalgia. Ya le hemos visto frente a las olas, apaciguado por ellas o añorando las costas de otras tierras lejanas. Ordenemos esas sensaciones experimentadas frente a la mar de Fuerteventura.

En primer lugar la mar mece, con el susurro o el arrullo de las olas, sus ensueños, sus morriñas y sus esperanzas. Es, sin duda, un lenitivo a su inquietud constante, un refugio de paz y de sosiego. Por eso en el soneto XXVII, citado más arriba, al recordar el hogar lejano sólo alivia su nostalgia y apacigua su pasión a la vista de ese mar tendido y sumiso a sus pies:

¹⁰⁰ Vid. art. cit. *La risa quijotesca*, en "Nuevo Mundo". Madrid, 27-VI-1924.

Tranquilos ecos del hogar lejano,
grises recuerdos del fugaz sosiego,
suaves rescoldos de apacible fuego,
cansado ante ellos, tiéblame la mano.

Olas que sois ensueños del Oceano,
y en cuya vista mi morriña anegó,
lavad meciendo mi pasión, os ruego,
mas sin abrirme el misterioso arcano...

(s. XXVII, vrs. 1-8.)

Pero uno de los sentimientos mejor reflejados en los sonetos de Fuerteventura es el hastío, el tedio, que bien pudiera ser producto de aquella modorra o soñarrera canaria que descubrió Unamuno en su primer viaje, y que ahora va, no a definir, sino a experimentar penosamente en su alma.

Suponemos que fué el clima marítimo el origen de este agarramiento o desgana espiritual, que ahora aparece unida, identificada, casi simbolizada, por el "Reflujo" del mar, como el mismo poeta titula los dos sonetos correspondientes a los números XLV y XLVII. Estos poemas podían ser ilustrados plásticamente—respetando las diversas y aún opuestas posiciones estéticas—por el cuadro titulado "La Bajamar" de los poemas pictóricos de Néstor, que Criado de Val identificó con unos versos de Tomás Morales ¹⁰¹:

Horas de aflojamiento en que el vacío
me hincha la mente, presa de galbana;
se muere el porvenir en la desgana
y en la desgana muere el albedrío...

A continuación obsérvese cómo se ha fundido el mar en calma, tan bellamente presentado en estos versos, con la propia situación personal del poeta, cuyo agravio se olvida al tiempo que se duerme el propio pensamiento:

... Duerme la mar y calla, duerme el viento,
duerme en el lento olvido al fin la herida
del agravio y con ella el pensamiento...

(s. XLV, vrs. 9-11.)

¹⁰¹ Vid. M. Criado de Val: *Atlántico. Ensayo de una breve estilística marina*. Madrid, 1944, pág. 148.

Lo que confirma la colaboración de la mar como portadora de sosiego y de calma a la pasión atormentadora que arrastró Unamuno en su destierro, de tal modo que hasta

... siento el susurro del remordimiento
de haber ligado a una misión la vida.

Mas, siguiendo el paralelo marino, atribuye ese aflojamiento o esa renuncia a la lucha, al reflujo de la mar, y por eso en el siguiente soneto, que correspondería a la segunda fase de la marea o sea al aflujo, representaría el momento de plenitud vital y el gusto por la eterna lucha:

... ¡La mar, la mar, la mar! Amar la vida
y amamantarse de la lucha eterna,
sentir el mimo de la sacudida,
cuando murmura sus memorias tierna,
mimo que merma la mortal herida
en que el hartazgo con hastío alterna...
(s. XLVII, vrs. 9-14.)

Otras veces paseó su nostalgia de desterrado frente a las olas que le traían, con su ir y venir, recuerdos de la "férrea Vizcaya", como ya hemos visto, anegándolo de una morriña irremediable. Pero lo definitivo—y lo que nos interesa señalar aquí—es comprobar cómo la mar se le fué haciendo, al fin, el pan espiritual con que comulgaba diariamente su alma, identificándola con sus alegrías o sus pesares; por eso, en uno de los últimos sonetos escritos en Fuerteventura, le dice:

Te has hecho ya, querida mar, costumbre
para mis ojos, pies, pecho y oídos,
cansados de esperar, y tus quejidos
añaden a los míos pesadumbre...
(s. LVIII, vrs. 1-4.)

La mar, visión plástica y subjetiva.—Ya apuntamos coincidencias de valor interpretativo de algunos cuadros de Néstor (expues-

tos por esta época), que Unamuno parece captar, según dice—exagerando acaso—Criado de Val en su sugerente ensayo de “estilística marina”. Expone además, en este libro, las diversas fases de interpretación del Atlántico canario, desde sus grandes poetas y pintores hasta la visión personal de Unamuno.

Primero es la concepción del Atlántico como fuente de mitos y alegorías. Es el momento en que domina la imagen sobre el pensamiento, y la historia cultural sobre otras fuentes de inspiración (Verdaguer, Morales, Néstor). Luego es la visión subjetiva, donde la imagen casi desaparece. Criado compara este momento con un cambio de proyección en el cine, pues ahora el autor “está haciendo que la película se proyecte a través de él mismo, que tome su voz, sus ideas, su acento; que sea un Atlántico unamunescos, árido y paradójico”¹⁰². Después establece “la mutua influencia entre Néstor y los escritores canarios que tratan de su mismo tema atlántico”. Efectivamente, no se pueden negar las relaciones entre la pintura barroco-modernista de Néstor y la sonora y plástica de Tomás Morales, como ya he estudiado, con detalle, en otro lugar¹⁰³.

Más difícil, a primera vista, es admitir que pueda haber influencia de los poemas pictóricos de Néstor en los sonetos de Unamuno; sin embargo, aunque no creemos que nuestro escritor fuera a buscar las fuentes de su inspiración en aquellos cuadros, sino en la misma mar—; qué mejor cuadro?—, contemplada desde su soledad fuerteaventurosa, a través de su propio talante, hay en ellos tal visión de color y plenitud plástica que nos hacen recordar naturalmente algunos momentos de ese día que transcurre en los poemas nestorianos. Ya señalamos las relaciones entre “Pleamar” y los sonetos que llevan el título de “Reflujo”; pero igualmente podíamos relacionar ese cuadro con el soneto LXII, que recuerda también el cuadro titulado “Mediodía”:

Pleamar, bajamar; alza su pecho
y lo abate el Oceano cada día;
hay horas encumbradas de osadía
y horas en que la fe rueda a su lecho...

(s. LXII, vrs. 1-4.)

¹⁰² Vid. op. cit. *Atlántico*, pág. 57.

¹⁰³ Vid. mi obra *Tomás Morales*, 1956, tomo II.

Nosotros encontramos más relación que con las horas plenas del medio día con las del atardecer, “cuando la mar se abraza con el cielo”, y llega la noche rápida y profunda en el litoral atlántico; o como ve bien Criado de Val cuando relaciona los tonos tranquilos y reposados del cuadro titulado “La mar en calma” con el soneto LXIII: “Unamuno expresa la misma sensación de calma, de sueño y de inmovilidad”, hasta el punto que le hace dudar “si tuvo presente o recordaba Unamuno al escribir su soneto el cuadro de Néstor”. Posiblemente—añade con más certeza—no será más que una coincidencia de los dos en una misma impresión:

Horas dormidas de la mar serena;
se cierne el Tiempo en alas de la brisa;
cuaja en el cielo azul una sonrisa
y todo él de eternidad se llena.

Ábrese el Sol su más íntima vena,
corre su sangre sin retén ni sisa,
Naturaleza oficia en muda misa,
que es de la paz sin hombres santa cena...

(s. LXIII, vrs. 1-8.)

La última imagen de este cuarteto se relaciona con el “Atardecer” de Néstor; pero pronto su plasticidad se transforma en imagen visionaria subjetiva, que llega a su culminación en los tercetos, por medio de la comunión íntima del poeta con la Naturaleza, al pasar a imagen del ocaso en luminosa sangre, a ser símbolo de un gran sacrificio. Desde este instante el poeta se eleva a la pura contemplación, y desasido de los atadidos humanos, y de las retóricas y colores, se levanta hacia la fusión del alma con Dios; todo ya muy distante de la plasticidad de la imagen modernista.

...Todo es visión, contemplativo oficio;
nada en el cielo ni en el mar padece;
es sin pena ni goce el sacrificio;
de ensueño el Universo se estremece,
y de la pura idea sobre el quicio
en el alma de Dios mi alma perece.

(s. LXIII, vrs. 9-14.)

El mismo autor nos revela escuetamente, en su comentario, el profundo sentido personal de este soneto, que “refleja un momento de inmersión en la vida más entrañada, más íntima, en medio de la agitación histórica”. Y esta inmersión entrañada no es otra cosa sino la fusión personal, íntima, con las fuerzas más puras y elementales de la naturaleza, que todo gran poeta o artista logra volcar alguna vez en su obra: sean Verdaguer, Néstor, Morales o Unamuno.

La mar, corazón del mundo. — Después de aquel momento de plenitud llegamos a la cúspide de una interpretación simbólica o panteísta de la mar. Interpretación que surge, sin duda, de esa fusión íntima a que el mismo Unamuno hace referencia en sus comentarios. A estos sonetos se refiere L. Felipe Vivanco cuando dice: “A solas en su isla afortunada—en su ruina de volcán—frente a la soledad del mar, lo ha cantado Unamuno místicamente en bastantes sonetos, que forman todos juntos una de las cumbres más excelsas de la poesía española contemporánea. Ha cantado al mar sólo, sin naves ni pescados, ni la más leve alusión a la vida marinera; la sola presencia del mar como criatura de Dios. Lo ha cantado místicamente y lo ha cantado clásicamente también, con acento brotado en el viejo clasicismo griego de la idea de Destino”¹⁰⁴.

Cuando la mar se convierte para Unamuno en costumbre, en soporte de su soledad y meditaciones, cuando al fin se siente unido a ella como elemento sobrenatural, y no por lecturas o impresiones más o menos directas, sino por entendimiento de su propia experiencia personal, de su propia circunstancia íntima, salvada de una grave crisis ante la presencia de esa mar abierta bajo el cielo, entonces ésta se transforma en una verdadera categoría, que le arranca una exclamación casi mística:

Ya como a propia esposa al fin te abrazo,
¡oh mar desnuda, corazón del mundo,
y en tu eterna visión todo me hundo
y en ella esperaré mi último plazo!
De ti mi pensamiento es ya un pedazo

¹⁰⁴ Vid. *Antología poética de Unamuno*, Introducción. Madrid.

en coso estrecho siempre vagabundo,
y a ti he de buscar en lo profundo
de este mundo y del otro vivo lazo...

(s. XXXII, vrs. 1-8.)

¿Qué ha encontrado Unamuno en la mar que su propio pensamiento es ya sólo un trozo de ella, y donde ha entrevisto un camino para la vida ultraterrena? Probablemente lo que venía buscando en el peregrinar vagabundo de sus meditaciones: el inmenso paisaje donde el alma puede sumergirse, anegarse de eternidad, o el espejo infinito donde debía reflejarse su propia inmortalidad. Él mismo nos habla de este sueño, de este peregrinar, por la llanura o el páramo, en busca de la mar, fuente de secreto perdurable de nuestro misterioso destino:

... Soñaba en ti cuando en la adusta tierra
de Castilla vivía la llanura
que se alza al cielo en la remota sierra;
soñaba en ti, la virgen Escritura
no leída jamás, donde se encierra
el sino que secreto siempre dura.

(s. XXXII, vrs. 9-14.)

Con este soneto Unamuno termina conscientemente un largo camino: el que comenzó a hacer quizá antes de su primer viaje a Canarias, a través de los paisajes interiores, en busca de una visión que saciara sus anhelos de infinito y que encerrara, al mismo tiempo, un símbolo vivo de lo eterno. Precisamente al finalizar este poema dice lo que ya hemos repetido más arriba: "Es en Fuerteventura donde he llegado a conocer a la mar, donde he llegado a una comunión mística con ella..."

Criado de Val intenta buscar el origen de algunas de las principales imágenes de este soneto, también repetidas en otros que vamos a comentar en seguida. Se fija sobre todo en la que concibe al mar como "corazón del mundo", que es, según él, un principio de personificación tomado de la obra de Michelet *La Mer* (1861), cuya imagen se prolonga en el soneto que comienza: "Recio materno corazón desnudo" (s. L), o aquel que dice: "Toda eres sangre, mar, sangre sonora" (s. LI), que cree basados en la teoría

semicientífica-poética de Maury, que “comparó las leyes que rigen las mareas y las tormentas con la circulación sanguínea...”. Aparte de que Unamuno pudiera haber conocido esos libros, la concepción del mar como circulación sanguínea de la tierra, considerada ésta como cuerpo vivo, es muy antigua, pues corresponde a una visión panteísta del mundo. En nuestro poeta esta imagen, dentro del sentido poético que le da, no tiene nada de particular que surgiera como prolongación de la imagen—ya comentada—de la tierra como osamenta y a Fuerteventura como esqueleto de isla, donde la mar sería la sangre que da vida y alimento—espiritual—a ese cuerpo como garantía de vida perdurable.

Centro de esa concepción de la mar como meta de sus adquisiciones espirituales y artísticas de Fuerteventura, concentración y reunión de todas las impresiones sentidas frente a la llanura azul inalterable, dejó don Miguel dos sonetos, L y LI de la colección, que forman, en realidad, un solo poema. Comienza pulsando ese enorme latido de la mar, donde cree escuchar la voz del secreto verdadero:

Recio materno corazón desnudo,
mar que nos meces con latido lento,
baña tu azul mi oscuro pensamiento
y cuando me le llenas ya no dudo...

(s. L, vrs. 1-4.)

Efectivamente, después de presentarnos otras bellas imágenes visionarias de la mar, donde se siente respirar plenamente al poeta en medio de las poderosas fuerzas elementales:

... Eres, postrado, del Señor escudo,
nido gigante del gigante viento
que en ti es silencio y es sólo lamento
al chocar con la tierra donde sudo...

(Idem, vrs. 5-8.)

Y volvemos a sentir, en ese enorme latido de la mar, la voz primera que habla del principio del mundo, de la infancia del linaje humano, ofreciéndonos el mismo secreto de la historia que “vió nacer y verá morir” con la misma sonrisa inalterable:

... Insondables ternezas tu latido
 pulso del mundo y de sus penas noria,
 nos dice al corazón en el oído;
 de su augusta niñez guardas memoria
 y tu cantar, preñado del olvido,
 descúbrenos el fondo de la historia.

(Idem, vrs. 9-14.)

Prosiguiendo con el soneto encadenado ideológicamente al anterior—y probablemente compuesto seguidamente—, se pregunta el poeta para qué buscar una interpretación a la canción eterna de la mar si ésta sólo quiere incitarnos al sueño, a vivir el sueño de la vida, y además es siempre la misma que nadie puede alterarla como las pobres ideas que se manifiestan en las letras humanas:

Y si su música a soñar ayuda
 ¿a qué buscarle letra y argumento?
 Como las pobres letras muda el viento,
 pero no el canto cuando el viento muda...

(s. LI, vrs. 1-4.)

Sigue una metáfora clásica, donde se sustituye el eterno susurro de la mar por una enorme cigarra que canta, ebria de luz, su perenne canto de la Naturaleza; mas lo importante es que ese canto da aliento al alma, que se desnuda ante la mar como ante Dios:

... Cigarra colosal, con boca muda,
 cantan sus alas, cantan el contento
 de beber luz y da su canto aliento
 el alma que en sus olas se desnuda...

(Idem, vrs. 5-8.)

Y termina volviendo a su imagen panteísta primera, pero que al final se eleva, cual un cuerpo místico, al símbolo del sacrificio (que ya hemos visto en un soneto anterior) convertido en sangre redentora, que se ofrece en la mesa extendida bajo la bóveda del celeste impíreo, guardando los siglos hasta el presente instante:

... Toda eres sangre, mar, sangre sonora,
no hay en ti carne de los huesos presa,
sangre eres, mar, y sangre redentora,
sangre que es vino en la celeste mesa;
los siglos son en ti una misma hora
y es esta hora de los siglos huesa.

(Idem, vrs. 9-14.)

Pero ya hemos visto cómo el poeta va mucho más lejos. La concepción panteísta no puede saciar el alma esencialmente religiosa de Unamuno, que busca siempre un Dios más personal, más próximo a su ser íntimo. Y esto se nos revela totalmente en los últimos sonetos de la Isla. Repasemos los tercetos del LXIII, donde nos da cuenta de su esencial fusión mística, ya no sólo con la mar, sino con Dios mismo:

... Todo es visión, contemplativo oficio;
nada en el cielo ni en la mar padece;
es sin pena ni goce el sacrificio;
de ensueño el Universo se estremece,
y de la pura idea sobre el quicio
en el alma de Dios mi alma perece.

(s. LXIII, vrs. 9-14.)

Así el sacrificio de la mar, convertida en sangre sonora, se realiza mientras se estremece el ensueño universal de la vida. Entonces el alma liberada, en aquel instante, va a fundirse, no en la inmensidad de la mar, no en la esposa simbólica, sino en el mismo seno de Dios. Por algo dirá en el último soneto escrito en Fuerteventura, haciendo balance de su gran deuda con la Isla:

... cuando llegué a tu roca llegué a puerto
y esperándome allí a la última cita
sobre tu mar vi el cielo todo abierto.

(s. LXV, vrs. 12-14.)

La última lección de la mar.

Criado de Val cree ver oculta tras la actitud de Unamuno frente al mar toda una filosofía marina. Esta se basaría, esencialmente,

en esa simbólica línea del horizonte, descubierta un día como norma niveladora que la naturaleza nos ofrece, y que más arriba vimos como aproximación al problema del secreto insondable de la mar:

Raya celeste de la mar serena,
se echa de bruces sobre ti mi mente
y abreva en ti, misteriosa fuente,
el secreto de Dios de que estás llena...

(s. XXXV, vrs. 1-4.)

Ya hemos señalado también que en las primeras producciones referentes al mar de Canarias apunta soluciones semejantes: "El iba pensando que este mar que lo nivela todo, es escuela de igualdad..." Pues nos dice el comentarista que "sin duda el deseo mayor de toda filosofía es este hallar la norma que sirva de punto seguro de referencia; la línea perfecta que separe el campo positivo del negativo"¹⁰⁵.

Aunque este es un principio fundamental para construir, sobre una base firme, un sistema congruente de meditaciones, no basta por sí mismo para explicar el significado de esos descubrimientos o de esa filosofía. No creo que pueda hablarse, quizá, tampoco de "filosofía marina", sino, en todo caso, de una actitud nueva de meditación frente al mar o, si se prefiere, de un descubrimiento íntimo del mar, que participa lo mismo de la biografía que de la estética unamunesca.

Las verdaderas adquisiciones de este descubrimiento son otras y afectan a los tres pilares fundamentales del pensar de Unamuno: "yo", Dios y la patria, que adquieren, a través de la visión marina, un sentido nuevo, y por lo tanto un sentido filosófico, estético y poético originales.

¿Qué significado tiene el mar descubierto en Fuerteventura? ¿Qué significa este descubrimiento en la vida y la obra de Unamuno? Trataremos de dar una contestación en los siguientes apartados.

El "yo" y la mar.—En primer lugar—como hemos demostrado—, la mar toma, al fin, un verdadero sentido personal, una vi-

¹⁰⁵ Vid. op. cit. *Atlántico*, pág. 250.

vencia plena en Unamuno. Es decir, afecta a su yo íntimo de una manera positiva y concluyente, no de un modo pasajero, o como un capricho, como piensan algunos. Unamuno oye, por fin, la voz de la mar como un susurro que le habla calladamente al alma, adormeciendo sus pasiones, llenándole de sosiego, y después, como un canto sublime que le lleva a las altas cimas de la contemplación poética.

El mismo escritor nos dice cómo ese canto perenne, convertido en oración sublime, le da fe y aliento a su alma, preparándola como a grano fructífero, que sembrado a todos los vientos ha de repartir su semilla por el mundo.

... Es tu oración sin fin canto sublime;
me traes, trayendo fe, las horas lentas
que me trillan el alma y luego avientas
mi grano con tu brisa que redime...

(s. XXIII, vrs. 5-8.)

Y volviendo a partir del soneto donde expone su descubrimiento de la mar como norma y nivel de lo justo, que en Dios mismo tiene su origen, nos encontramos con la más exacta revelación del triunfo de la mar sobre la tormenta espiritual del poeta justamente agraviado:

... Cuando a mi juicio en su raíz agita
el vil agravio que me graba el pecho
acudo a ti como a divina cita
y encuentro en ti para mis ansias lecho...

(s. XXXV, vrs. 9-12.)

Ya vimos también cómo a fuerza de bañar sus ojos en la diaria contemplación de la mar, se va introduciendo en su intimidad, en su vida, hasta hablarle como sólo le ha hablado a su propia esposa¹⁰⁶: "Te has hecho ya, querida mar, costumbre" (s. LVIII, vr. 1).

Todo esto hará que Unamuno encuentre en la mar fuerteventurosa un punto de apoyo a sus eternas preocupaciones, a sus perennes congojas, poniéndola por testigo y guardadora de los eternos

¹⁰⁶ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, s. XXVI, pág. 51.

secretos del sueño perdurable garantizadora del sueño de la historia, pensamiento de Dios. Por eso no nos extraña que, en sus invocaciones, una a la mar a su destino propio, a la cual desea estar contemplando más allá de la muerte, inmerso en su grandeza, acaso como reflejo y guardadora de su propia inmortalidad:

... "¡Mar!" es el sino que sella mi suerte;
 mar, que entre luces te escondes y celas:
 nunca en el cielo deje yo de verte.

(s. XLVIII, vrs. 12-14.)

Dios y la mar. — Unamuno confiesa, en diversos lugares de su libro *De Fuerteventura a París*, que buena parte de los sonetos compuestos en aquella Isla son "hijos de experiencia religiosa—alguien diría mística—" (pág. 9). Y más adelante, en la carta-prólogo dirigida a J. Casou, amplía su descubrimiento al sentido patriótico, y añade: "Aquí, en París, donde no hay montaña, ni páramo, ni mar, he madurado la experiencia religiosa y patriótica de Fuerteventura" (pág. 109). Y después, más bella y metafóricamente, nos habla de que la visión del mar que echa de menos en París es "la mar que me ha enseñado otra cara de Dios y otra cara de España, de la mar que ha dado nuevas raíces a mi cristianidad y a mi españolidad" (Del comentario al s. LXXIII). En cuya frase está la clave del significado que la mar tuvo para Unamuno; no por sí misma, sino como plataforma o camino por donde el alma, liberada de toda pasión, de toda escoria, puede elevarse, ya transfigurada, hacia una nueva comprensión de Dios o del sentido de la Historia, de la Patria como sustento de esa Historia en cuanto sueño de Dios.

El proceso de ese camino hasta la cima radiante de la contemplación divina se puede seguir a través de algunos sonetos. El primer presentimiento del papel que va a jugar la mar en el descubrimiento de Fuerteventura surge ya en el soneto XVIII, cuando el poeta, echando mano de una de sus imágenes favoritas, que otras veces ha utilizado para el páramo castellano—en la rugosa palma de su mano—que se levanta hacia Dios, sobre la que el poeta sueña la vida, nos anuncia lo que llamará la otra cara de Dios:

Este cielo una palma de tu mano,
 Señor, que me protege de la muerte,
 del alma, y la otra palma este de Fuerte-
 ventura sosegado y fiel oceano...

(s. XVIII, vrs. 1-4.)

Luego deriva hacia una concepción panteísta de la Naturaleza, que arranca de su actitud ante el mar como fuerza poderosa desencadenada antes de la Historia. En uno de los sonetos vemos a la noche y a la mar, simbolizando la unidad amorosa del universo:

... La mar ciñe a la noche en su regazo
 y la noche a la mar;...

Pero el alma misma se siente arrastrada en la vorágine de ese amor universal:

... pasión de mero amor y el alma siente
 que noche y mar la enredan en su lazo...

Y sumergida en ese éxtasis amoroso se remonta a sus mismos orígenes que alcanzan a Dios mismo:

... Y se baña en la oscura lejanía
 de su germen eterno, de su origen,
 cuando con ella Dios amanecía...

(s. XXXIV.)

El soneto siguiente—que ya nos ha descubierto el secreto de la norma niveladora—también nos enseña lo que desde un tiempo lejano ya el poeta presentía: la mar como arca plena de insondables misterios. Ahora sorprendemos al alma saciando en ella esa sed constante y la vemos cómo

... se echa de bruces sobre ti mi mente
 y abreva en ti, misteriosa fuente,
 el secreto de Dios de que está llena...

(s. XXXV, vrs. 3-5.)

Poco a poco la visión de la mar y la de un Ser supremo y divino se funden, se entrelazan y prestan sus atributos, pero sin confun-

dirse en un grosero panteísmo. Así vemos en el soneto dedicado al "Pleamar"—comentado como ilustración metafísica de un cuadro de Néstor—cómo la mar crece hasta alcanzar el cielo:

... Ya en la corona del Señor se posa...
(s. LXII, vr. 9.)

En el siguiente soneto, que comienza también con una sugestión plástica, termina en un "momento de inmersión en la vida más entrañada", como dice Unamuno, pues nos lleva desde la meditación de unas "Horas dormidas de la mar serena" hasta la contemplación sublime, donde

... de ensueño el Universo se estremece,
y de la pura idea sobre el quicio
en el alma de Dios mi alma perece.
(s. LXIII, vrs. 12-14.)

Más allá no puede llegar la sugestión del mar, puesto que ha conseguido el máximo que un poeta o un santo puede esperar: elevarse por encima de las cosas terrenas y sumergirse en el alma universal—convertida su alma en platónica idea—para ir a fundirse o a perecer "en el alma de Dios"...

Después no encontraremos, en los sonetos escritos en París, sino una honda confirmación de la plenitud alcanzada frente a la mar de la Isla atlántica. Los poemas que vuelven a tocar el mismo tema identifican el cielo y el mar, unidos en el recuerdo, y ambos elementos aparecen velados por una tremenda nostalgia bajo el cielo gris de su destierro parisién, sobre todo porque la voz de Dios parece, desde allí, irremediablemente ausente:

Caído desde el cielo aquí me aburro
—y cielo era la mar, junto al desierto—
con este marco el cielo es cielo muerto,
no oigo de Dios el inmortal susurro...
(s. LXX, vrs. 1-4.)

Finalmente, en otro soneto donde revive con peculiar fuerza la Isla toda de Fuerteventura, siente

¡Oh, mar salada, celestial dulzura.
que embalsamaste mi esperanza loca...
(s. LXXIII, vrs. 1-2.)

Y recuerda la sagrada lección de la libertad que hace tiempo había cantado la mar: *¡Soñar la libertad!*, que vuelve a revivir el inefable instante en que el alma, confundida en el horizonte infinito, en la línea que se hacen unos el cielo y el mar, siente la mano de Dios que viene a posarse sobre su mente y sobre su corazón, redimiéndole de la pasión y de la soledad:

... Colmo de libertad, frente al Oceano,
donde la mar y el cielo se hacen uno
sobre mi frente Dios posó la mano...
(s. LXXIII, vrs. 9-11.)

España y la mar.—El libro de los sonetos, como casi todos los artículos referentes al destierro, están llenos de preocupación nacional, derivada de la situación de la España contemporánea al poeta. De ellos podemos sacar toda una apasionada doctrina patriótica unamunesca. Ya hemos visto que fué la visión de la mar fuerteaventurosa la que le enseñó a conocer "otra cara de España". Desde el primer soneto dedicado a este tema se propone sacar de su espíritu "para su España celestial y pura" una nueva riqueza, una nueva visión inmortal¹⁰⁷.

Después, a través del sentimiento de lejanía, percibe el mar que se interpone entre la tragedia de la patria y su propia soledad, el aislamiento:

Tú, mar que ocultas a mis vivos ojos
la tierra envilecida por la envidia...
(s. IX, vrs. 1-2.)

Pero, un poco más tarde, ese mismo mar ha comenzado a susurrarle al oído una canción que aumenta "el ansia de soñar que el pecho oprime", una canción que trae el infinito silencio de la patria lejana y humillada:

¹⁰⁷ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 23.

... Es tu silencio España, escarnecida...
 páramos de mi España, mar de piedra
 que sufre y calla y al callar olvida.

Es tu silencio, que aquí, libre, medra
 y me dice: "Conságrame tu vida..."

.....
 (s. XXIII, vrs. 9-13.)

Con esto se ha enriquecido ya su espíritu, la visión de la eterna España que sufre en silencio, y que a través de las olas le pide dedique su vida a soñarla libre y poderosa. Claro está que el tema de España y su sentimiento enriquecido y dilatado por ella tiene su más honda relación con la Isla—al fin trozo ardiente de la misma patria—, como se adivina cuando dice desde París, donde se acentúa la desesperación de salvar a la nación:

... Eres mi luna ya, Fuerteventura,
 gigante espejo del gigante ocaso
 del sol de España en su postrer postura...

(s. LXVII, vrs. 9-11.)

Ahora es también cuando recuerda con más fuerza a la mar que lavó su pasión de "inmunda saña / metiendo la evangélica dulzura" en su espíritu, para dejarle solo y limpio frente a la historia, el ensueño de su España:

... ¡Cuántas tardes la amargura
 del hondón de la historia de mi España
 me endulzaste en tu mar, Fuerteventura!...

(s. LXX, vrs. 9-11.)

Montaña, desierto, mar.— En resumen, la mar descubierta y sentida por Unamuno en Fuerteventura la podemos dividir en dos planos visionarios: uno puramente personal, humano, que afecta a su circunstancia individual. En esta visión el mar simboliza la norma, el nivel, la base de la justicia que le enseña una entrañable serenidad, una lección de paz a su espíritu atormentado e infestado por las escorias de las pasiones políticas.

Y un segundo plano trascendente, que afecta no sólo a su yo,

sino a su total visión de las más altas metas de su pensamiento y de su obra. En esta visión el cielo y el mar se funden en un símbolo garantizador de su inmortal sueño, y el canto eterno de la mar se hace camino seguro hacia la unión, a través del alma universal, con el espíritu de Dios. Otro camino es el que atraviesa la historia patria, donde la mar es el espejo del sueño de Dios, y afirma el yo personal realizándose, haciéndose historia.

Prueba última del rango literario y estético que adquiere la mar es su entrada, como tercer elemento, en la trilogía simbólica del paisaje unamuniano: la montaña, el desierto, la mar.

En Fuerteventura se acuerda de que, en tierras adentro, ya soñaba con la mar presentida, como dice en uno de los sonetos más reveladores de su descubrimiento:

... Soñaba en ti cuando en la adusta tierra
de Castilla vivía la llanura
que se alza al cielo en la remota sierra...
(s. XXXII, vrs. 9-11.)

Su destierro en París se hace más penoso porque le faltan los elementos donde descansa su inspiración estética, su amor a España y su elevación casi mística. La vida se le hace difícilmente soportable: "Aquí, en París, donde no hay montaña, ni páramo, ni mar..." Pero es en un artículo donde expone todo el significado de esa trilogía del paisaje, donde ha sorbido su esencial doctrina estética; que él titula así: "¡Montaña, desierto, mar!"¹⁰⁸. La Montaña es Gredos: "¡Visión eterna la de Gredos!—nos dice—, porque está fuera del tiempo, fuera del pasado y del futuro, en el presente inmóvil, en la eternidad viva." El páramo o el desierto es el que "desde aquel alto mismo de la carretera de Zamora, al otro lado, la visión, eterna también, de la calva llanura de la Armuña". Y por último la mar: "Y contemplando el páramo palentino oía el rumor de la voz secular, eterna más bien, de su hijo Jorge Manrique..." Nuestras vidas son los ríos que "van a dar en la mar...". "... El páramo le descubría a la mar: El páramo es como la mar", que es

¹⁰⁸ Vid. art. en "Nuevo Mundo", 2-X-24, y en *En el destierro*, pág. 65 y ss.

una réplica a lo que más arriba dijimos del páramo como presentimiento de la mar.

Y esa mar es la de Fuerteventura: donde “bañaba todos los días mi vista en la visión eterna de la mar, de la mar eterna, de la mar que vió nacer y verá morir la Historia...”. Helos unidos, pues, ahí para siempre, en su memoria, en su nostalgia y en su obra: Gredos, la montaña; el páramo palentino, el desierto; ¡la mar!..., “porque cada uno de ellos son, ante el hombre, testimonios de lo que comenzó antes de la historia, y de lo que permanecerá después de la historia hasta la vuelta al seno infinito de Dios”. Por eso dijimos al principio que el gran descubrimiento de la mar en Unamuno fué haberle encontrado este simbólico sentido de testigo de la eternidad. Y tan es así que un vehemente deseo de sus últimos años es “¡Ser enterrado en lo alto de Gredos! ¡O en medio del páramo!, ¡o de la mar!” Pero no en un sitio cualquiera, sino en “¡Sierra de Avila! ¡Páramo de Palencia! ¡Mar de Fuerteventura!”

Después, cuando espera, frente a la tierra vasca, el momento de la liberación o de la muerte, un día, contemplando *el golfo bendito* de su Vizcaya, se lamenta de lo tarde que llegó a entender el susurro de la mar como misteriosa voz de Dios y de eternidad; de esa mar que aprendió a conocer en Fuerteventura, entrando, desde entonces, en su alma y en su poesía, como camino seguro de eternidad divina:

... ¡Qué tarde nos amigamos—madre Mar, hondón del alma,
qué tarde me ha rebrotado—tu cantar en las entrañas!
¡Ay madre, aquel que tú sabes—cabe a tu pecho me aguarda!
(*Cancionero*, núm. 189, 31-V-1928.)

V.—APÉNDICE BIOGRÁFICO.

Los últimos días en la Isla.

Por los comentarios a los sonetos de Fuerteventura sabemos que el día 25 de junio “llegaron por segunda vez a Puerto Cabras M. H. Dumay, director de “Le Quotidien”, su mujer y un hermano de ésta, un ruso”. Este señor Dumay, que desde el principio del

destierro había ofrecido a Unamuno las páginas de su periódico “para que se defendiera de las imputaciones de la Dictadura”, había organizado este largo viaje en “el barco “L’Aiglon” (un bergantín-goleta que “había tardado más de un mes de Marsella a Mogador”) acaso movido más por la resonancia propagandista que tendría esta fuga sin peligros, que por un afecto desinteresado al pensador español.

Pero aún, en vez de partir en seguida, “L’Aiglon”, después de estar dos días en Fuerteventura, salió el 27 para Las Palmas, donde sus tripulantes iban a ultimar los preparativos con el hijo mayor de Unamuno, que allí esperaría. Nos dice el desterrado que “empezaron unos días de agitación, de ansiedad... en que la vena poética estaba seca o congelada”¹⁰⁹. Sin embargo, todavía escribe dos sonetos antes de salir de la Isla: uno fechado el 28 de junio, y al que hemos hecho referencia como uno de sus grandes momentos de inspiración:

Horas dormidas de la mar serena:
se cierne el Tiempo en alas de la brisa;
cuaja en el cielo azul una sonrisa
y todo él de eternidad se llena...

(s. LXIII, vrs. 1-4.)

Que, como hemos dicho, según el comentario del poeta, “refleja un momento de inmersión en la vida más entrañada, más íntima, en medio de la agitación histórica”, esta historia de cuyo vorágine se había salvado gracias al aislamiento y al mar de su quijotesca ínsula canaria. El otro soneto, fechado el 29 del mismo mes, es ya una visión nostálgica y presentida del trono donde Dios preside a España, la sierra de Gredos:

No, ni es Gredos aquella cordillera;
son nubes del confín, nubes de paso
que de oro viste el sol desde el ocaso;
sobre la mar, no roca: bruma huera...

(s. LXIV, vrs. 1-4.)

¹⁰⁹ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 100.

Después de este poema sí que no volverá a escribir nada, durante más de veinte días, hasta que se encuentre a bordo del barco que le conduciría a Francia. ¿Cómo transcurrirían, para nuestro escritor, estos días vacíos e inactivos, que él considera como la culminación de la "más fuerte de sus aventuras quijotesas"? Repetidas veces nos promete, en cartas, en comentarios y artículos, que algún día ha de contarnos "el relato objetivo de la cautividad y de la liberación"¹¹⁰. Ignoramos si se ha encontrado otro diario, sin ser éste de los comentarios al libro de Fuerteventura o los artículos, que relate con más detalle estos acontecimientos. Lo cierto es que nunca se decidió a dar publicidad, en forma de libro, a las impresiones de esa cautividad. ¿Será debido a que realmente des-
cuidó el hacerlo o es que comprendió, con el transcurso del tiempo, que esa aventura era algo insignificante y circunstancial comparada con la riqueza espiritual y artística que había sacado de la pobre y desértica Isla? Nos inclinamos a esta última hipótesis, ya que a medida que pasa el tiempo y contempla su estancia en Fuerteventura desde otra perspectiva, ésta crece a sus ojos con toda la fuerza de un símbolo vivo imponiéndose a toda otra meditación y proyectos.

Por eso, preocupado por la deuda de gratitud que tiene con Fuerteventura, en una carta a Castañeyra se pregunta qué ha de hacer para pagarla, y dice: "Lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspiro a que sea una de las más duraderas entre las mías no es bastante" (Carta, 29-XII-24).

Los acontecimientos se precipitan. El mismo protagonista nos lo cuenta telegráficamente, como si hiciera anotaciones en un diario provisional: "El día 1 de julio supe que mi hijo mayor, con su mujer, habían llegado a Las Palmas, donde se vieron con los de "L'Aiglon" que venían a libertarnos"¹¹¹.

He aquí cómo consigna la fuga: "El día 9 nos evadimos y el 11 llegamos a Las Palmas, donde me reuní con mis hijos." Este último día coincide con la publicación de un Decreto del Gobierno concediendo amnistía, con gran amplitud, a presos y desterrados políticos, que sin especificarlo comprendía a don Miguel de Unamu-

¹¹⁰ Idem, *ibidem*.

¹¹¹ Idem, págs. 102-103.

no. ¿Qué hizo éste en la ya conocida ciudad canaria durante los diez días que permaneció en ella? En los periódicos no se da más que la noticia escueta: "Ayer llegaron a esta ciudad, procedentes de Fuerteventura, los señores don Miguel de Unamuno y don Rodrigo Soriano. Sean bien venidos y reciban nuestro respetuoso y cordial saludo"¹¹². Lo que prueba que a su llegada no hubo ningún misterio ni ocultamiento, y que los desterrados evadidos de una Isla española, dejaron de serlo en otra Isla española, donde gozaron de libertad absoluta, hasta que embarcaron el día 21 en el "... "Zeelandia", barco de las líneas holandesas", con rumbo a Cherburgo.

Durante la travesía—otra vez sobre el ancho Océano—se acuerda de una carta que su amigo, Mr. J. E. Crawford Fritch, el compañero de los soledosos días de la Isla, le ha escrito desde Antibes. Uno de los párrafos, traducidos por Unamuno para su libro, dice así: "¡Fuerteventura! ¿Estoy casi nostálgico de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! Para mí Fuerteventura fué todo un oasis, un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificadoras y salí refrescado y corroborado para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización"¹¹³. Estas palabras le parecen tan ejemplificadoras de su propio sentir que se pregunta: "¿Qué he de añadir a esto?"

Sin embargo, ellas le sugieren, en parte, uno de los sonetos más profundamente sentidos, resumen de todo lo que el mar y la Isla fueron para él. Este poema, que transcribimos a continuación, fué escrito "a bordo del "Zeelandia" rumbo a Lisboa", alejándose para siempre de la quijotesca Isla afortunada:

Raíces como tú en el Oceano
echó mi alma ya, Fuerteventura;
de la cruel historia la amargura
me quitó cual si fuese con la mano.

Toqué a su toque el insondable arcano
que es la fuente de nuestra desventura
y en sus olas la mágica escritura
descifré del más alto Soberano.

¹¹² Vid. "El Tribuno", de Las Palmas, 12-VII-1924.

¹¹³ Vid. op. cit. *De Fuerteventura...*, pág. 105. De esta carta hizo otra traducción para su artículo publicado en "Caras y Caretas", IX-1924.

Un oasis me fuiste, isla bendita;
 la civilización es un desierto
 donde la fe con la verdad se irrita;
 cuando llegué a tu roca llegué a puerto
 y esperándose allí a la última cita
 sobre tu mar vi el cielo todo abierto.

(s. LXV.)

Más tarde, leyendo el *Diario de viaje de un filósofo*, de Keyserling, recuerda los días de aburrimiento y hastío pasados a bordo: "No fué muy largo el que hice desde Las Palmas de Gran Canaria a Cherburgo en un vapor holandés, pero no me olvidaré fácilmente de aquellos mortales días, del hastío de la navegación. No hubo tiempo de que nos igualara y banalizara a los pasajeros; mas por mi parte sentíame allí mucho más confinado, mucho más preso que en la isla de Fuerteventura, más que en un islote"¹¹⁴.

En su viaje, el "Zeelandia" tocó en el puerto de Lisboa y subieron a bordo periodistas y conocidos a interrogar al gran hombre, para acapararlo y esgrimirlo como estandarte de propaganda de partidos de izquierda o de derecha, cosa tan contraria al verdadero carácter de Unamuno. Así el diario obrero de la capital portuguesa, "La Batalla", publicó, "además de las declaraciones verbales" del exilado, "una cuartilla autógrafa" que dicho periódico inserta en primera plana y que dice así: "Siento en el alma no poder detenerme ahora en este Portugal que me es tan querido, donde viví y soñé horas tan intensas, para ponerme en contacto con su pueblo, con el pueblo obrero sobre todo; son los obreros los que han de hacer, no ya la unión ibérica o peninsular, sino la unión universal basada en la libertad y en la justicia"¹¹⁵.

Y otra vez rumbo definitivo hacia el extranjero, donde, a pesar de todos los optimismos, presiente que ha de serle el destierro más duro que nunca. París será, para él, exilado, una amplia jaula gris por donde puede ir y venir a su antojo, y en Hendaya, su última y más larga etapa, padecerá el suplicio de Tántalo, pues teniendo

¹¹⁴ Vid. art. *Leyendo a Keyserling*, "Caras y Caretas", 1925, reproducido en *En el destierro*, pág. 93 y ss.

¹¹⁵ Vid. reproducción en "El Tribuno", de Las Palmas, 21-VIII-1924.

tan próxima el agua vivificadora de su propia tierra, no puede alcanzarla nunca. En el último soneto, escrito ya "frente a las costas de Francia" (26-VII-24), hay todo un presentimiento de lo que le aguarda en aquella nación acogedora, pero lejana espiritualmente de su hogar y de su patria:

... Voy al destierro del desierto oscuro,
lejos de tu mirada redentora
que es hogar de mi hogar sereno y puro,
voy a esperar de mi destino la hora;
voy acaso a morir al pie del muro
que ciñe al campo que mi patria implora.

(s. LXVI, vrs. 9-14.)